

2011-01-01

Hombre Cero

Julio César Pérez Méndez

University of Texas at El Paso, jcperezmendez@miners.utep.edu

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.utep.edu/open_etd



Part of the [Latin American Literature Commons](#), and the [Other French and Francophone Language and Literature Commons](#)

Recommended Citation

Pérez Méndez, Julio César, "Hombre Cero" (2011). *Open Access Theses & Dissertations*. 2369.
https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/2369

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

HOMBRE CERO

Julio César Pérez Méndez
Department of Creative Writing

APPROVED:

Luis Arturo Ramos, MA, Committe Chair

José De Piérola, Ph.D.

Pedro Pérez Del Solar, Ph.D.

Benjamin C. Flores, Ph.D.
Interim Dean of the Graduate School

Copyright ©

by

Julio César Pérez Méndez

2012

A Marco Aurelio Pérez Bustillo y Amalia Isabel Pérez Martínez

HOMBRE CERO

by

JULIO CÉSAR PÉREZ MÉNDEZ

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2012

Agradecimientos

Hombre Cero, mi primera novela, se maduró el mismo año en que nació Marco César, mi primer hijo. A él, a mi esposa Kendy Johana, y a mis familiares en Colombia, les agradezco por su amor, paciencia y sacrificios.

Mención especial merece Johnny Payne, por su sinceridad sin atenuantes, y por creer en mí y hacer este viaje más placentero, entretenido y, sobre todo, vanguardista.

Expreso también mi gratitud a Luis Arturo Ramos, por su espléndido humor negro, su afilado lápiz y su ojo de diablo, y a la artista plástica Sara Elisa Rodríguez. Así mismo a Pedro Pérez Del Solar, José De Piérola y María Zamparelli, por sus aportes técnicos y literarios; a mi entrañable amigo Omar Corral, por su vasta cultura literaria, musical y cinematográfica; a Ben Saenz, Lex Williford, Oscar Godoy, Rubén Varona y Francisco Tedeschi, a los participantes en el taller de novela Ciudad Seva y a los organizadores del I Concurso Interuniversitario de Novela Corta, 2011.

Tabla de Contenido

| | |
|-------------------------|-----|
| Agradecimientos | v |
| Tabla de Contenido..... | vi |
| Prefacio..... | 1 |
| Capítulo 1..... | 43 |
| Capítulo 2..... | 50 |
| Capítulo 3..... | 56 |
| Capítulo 4..... | 62 |
| Capítulo 5..... | 69 |
| Capítulo 6..... | 77 |
| Capítulo 7..... | 84 |
| Capítulo 8..... | 90 |
| Capítulo 9..... | 97 |
| Capítulo 10 | 102 |
| Capítulo 11..... | 108 |
| Capítulo 12..... | 115 |
| Capítulo 13..... | 124 |
| Capítulo 14..... | 131 |
| Capítulo 15..... | 138 |
| Capítulo 16..... | 146 |
| Capítulo 17..... | 152 |
| Capítulo 18..... | 160 |
| Capítulo 19..... | 165 |
| Capítulo 20..... | 172 |
| Capítulo 21..... | 180 |
| Capítulo 22..... | 187 |
| | |
| Vita..... | 193 |

1.PROCESO

La escritura de Hombre Cero se llevó a cabo en tres fases:

Visualización: alrededor de cien páginas escritas por placer. Surgieron los perfiles de los principales personajes principales, el narrador en primera persona, el registro oral y escrito de la novela, el escenario principal y algunos secundarios, la incorporación de la violencia y al arte contemporáneo. La novela se armaba como una suerte de caja china.

Disección: tras analizar el material escrito se encontraron algunas recurrencias temáticas. Con base en estas se identificó un concepto de diseño y se elaboró el primer borrador. La novela adquirió densidad y algo de profundidad. Se definieron los personajes principales y secundarios, así como los nexos entre ambos grupos, se precisaron escenarios y se afinó el tono narrativo. De acuerdo a la idea central identificada, algunos segmentos de la primera fase se ampliaron y otros se eliminaron. Se eliminó la idea de plantear una novela dentro de otra novela.

Revisión: esta etapa incluyó la precisión de elementos encadenantes, y consideraciones gramaticales y estilísticas. El principio de la novela fue la parte más complicada de definir, por cuanto siempre se tuvo claro que debía cumplir tres funciones: enganchar al lector a la narración, anunciar el tema de la novela y perfilar escenario y al menos uno de los personajes principales. Algo similar pasó con el final, aunque el principal reto en este fue identificar el simbolismo (en una novela hecha a base de símbolos y representaciones) con el cual cerraría la narración.

2. CONCEPTO DE DISEÑO

El término **concepto de diseño**, extrapolado del diseño industrial y arquitectónico, se entiende como el eje que articula la composición en forma y fondo del artefacto narrativo. Una aproximación al término permite considerarlo como una suerte de sospecha poética que, entre varios efectos, le permite al escritor: “cierto grado de comprensión de lo que ocurrirá en términos de significado (y también de estructura y detalles) para obtener una organización y una orquestación del producto”.¹

Al diseccionar el material, varios de los siguientes términos resonaban permanentemente:

Actuación

Identidad

Imagen

Mutación

Sobrenombre

teatralidad

Máscara

Dualidad

Falsedad

El paso a seguir fue indagar sobre ellos, especialmente desde el arte y la filosofía. Edgar Morin, por ejemplo, plantea que el hombre se compone de una dialéctica que involucra

¹ http://www.arrakis.es/~wenceslao/CursoWeb/2/proceso_creativo.html

sabiduría y demencia, lo cual conlleva, tanto a la capacidad para crear como para destruir. Según Morin, Platón ya había observado que *Dike*, la ley sabia, es hija de *Urbis*, la desmesura.²

Por su parte, Octavio paz afirma que el amor y la política son los dos extremos de las relaciones humanas. Es decir, los nexos públicos y los privados, la plaza y la alcoba, el grupo y la pareja. En consonancia con lo expuesto, Paz afirma que la gran pregunta que se hacen los enamorados y en la cual se condensa el misterio erótico es: ¿quién eres?³

Lecturas como las anteriores me llevaron a considerar que *Hombre Cero* sería una novela con rasgos trágicos y cómicos, sustentada, tanto en sus pilares fundamentales como en detalles constructivos, en discursos sobre la representación y la identidad.

2.1 Trasposición del concepto

Más que una narración fundada en causas y consecuencias, en hilos narrativos consecutivos, *Hombre Cero* está configurada como red de situaciones que se comunican en pequeña y gran escala. Sencillamente, la novela acude a uno de los principios estéticos más antiguos: **variedad en la unidad y unidad en la variedad**. Veamos un ejemplo gráfico, relacionado a su vez con el concepto:



El concepto se transpone también en casos como los siguientes:

² Morin, Édgar. Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. Santillana Ediciones. UNESCO: París, 1999.

³ Paz, Octavio. La llama doble. Amor y erotismo. Edit. Seix Barral. Barcelona, 1993.

Farsa:

- Un país cuyos líderes usan nombres rimbombantes (El Ubérrimo), y en el que las estatuas de los padres de la patria terminan pintadas de colores y rodeadas de poemas estúpidos.
- Una pareja que sostiene una relación no por vía del amor sino de un contrato.
- Instalaciones artísticas copiadas y ridiculizadas.

Dualidad:

- El real o aparente desdoblamiento de Frida.
- La denominación del protagonista como Rob y Fab.
- El doble tono: oral y escrito.
- El carácter andrógino de Eve.

Teatralidad:

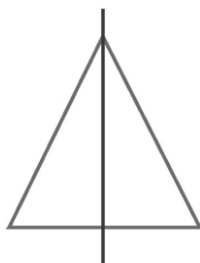
- La cara de payaso de Frida.
- El protagonista es descrito con base en los rasgos de alguien más.
- El cariz teatral de algunas escenas.
- Los ambientes ceremoniales o carnavalescos.

Identidad:

- El narrador en primera persona.
- Las alusiones a películas como Vértigo y El club de la pelea.
- Las menciones a los cambios urbanos y arquitectónicos de Curramba.

El concepto es útil también para articular componentes esenciales o complementarios. Por ejemplo, en cuanto a lo primero, a diferencia de las novelas que pretenden crear una ilusión de realidad, en Hombre Cero, desde el principio, se le deja claro al lector que está frente

a un artificio. En cuanto a la segundo, el sistema para enumerar los capítulos no sólo suscita extrañamiento ya que tradicionalmente se emplean títulos, números arábigos o romanos, sino que el último —el 22— sirve para representar la subdivisión en la identidad del protagonista (Rob, Fab, Cobra)⁴.



2.2 Género

Ahora bien, en *Hombre Cero*, en concordancia con los planteamientos de Luis Arturo Ramos sobre la novela corta, las tres instancias de contenido (trama, personaje, ambiente) se entrelazan (...) y cada una nutre a las otras. De igual modo, en ella encontramos algunos rasgos típicos del sub-género: un relato vertebrado sobre una sola línea argumental, no obligado a

⁴ Si el número veintidós en arábigo es identidad y equilibrio, en maya además, en términos gráficos expresa escisión.

una continuidad de orden causal; se detiene en la construcción de atmósfera, aunque no lo hace de manera tan enfática comparado con la construcción del o de los protagonistas; digresiones son premeditadas y con función específica.⁵

2.3 Narrador

El narrador en primera persona resultó el más apropiado en relación con el concepto de diseño. El yo refleja la unidad y por ende la identidad, su discurso plantea un contraste entre realidad y percepción de esa realidad.

Un yo que, en palabras de Henry James, está siempre enfrentado a la otredad, y por lo tanto, se presenta auto-dividido, escindido, desgarrado, rozando en algún caso la esquizofrenia. Una categoría que Erich Fromm ha tipificado como “aquél que es libre únicamente en el sentido de que ha conseguido quedarse solo, aislado, y que por eso se siente abrumado por una difusa inquietud y un insoportable sentimiento de dudas contradictorias. Este tipo de narrador: tiñe la realidad a la que recrea, según su perspectiva o desdoblando su identidad, para ajustar sus fragmentos a esa realidad; o sea a través del recurso de fabricarse otras identidades, inventándose seudónimos, mintiéndose a sí mismo, imaginando otros seres a través de los cuales se pueda escapar de la realidad”.⁶

2.4 Escenario

No se quiere ocultar del todo el lugar, sino recordarle al lector que se trata de una copia de ese lugar. El lugar arquitectónico cuenta una historia estética, y especialmente, una historia humana: la arquitectura refleja el tránsito del hombre, sus logros y sus degradaciones. Curramba es una alter-city de Barranquilla, como Cangreja City es de Cartagena. El país nunca

⁵ Ramos, Luis Arturo. Notas largas para novelas cortas.

⁶ Aínsa, Fernando. Del yo al nosotros: el desdoblamiento de la identidad en la obra de Juan Carlos Onetti. Alpha 20. 2004.

se menciona, puede ser Colombia o cualquier otro lugar, eso sí: uno caracterizado por las concomitancias de lo carnavalesco. Algunas determinantes urbanas y arquitectónicas empleadas en la novela son: El Embudo (Hito), La Zona Cachacal (Distrito), El Muelle de Puerto Cumbiamba (Nodo), Avenida Jaime Bateman (Recorridos o senderos).

Barranquilla Qrramba

2.5 Perfil personajes principales

Frida está inspirada en Frida Kahlo. Artista y militante de izquierda que siempre estuvo inconforme con su apariencia y muchas veces manifestó estar en descontento con su identidad.⁷

En la edad media, los bufones y los payasos eran los personajes característicos de la cultura cómica. Ellos, de acuerdo a Mijaíl Bajtín, eran los vehículos permanentes y consagrados del principio carnavalesco de la vida cotidiana (aquello que se desarrollaba fuera del carnaval). Lo más llamativo de este oficio, tal como ocurre con Frida, era que ellos debían ejercerlo en todo momento. En consecuencia, el rol que representaban (El payaso Triboulet, por ejemplo, actuaba en la corte de Francisco I y figura también en la novela de Rabelais), anulaba e invisibilizaba su verdadera personalidad: eran actores en cualquier circunstancia. Según Bajtín, ellos encarnaban una forma especial de la vida y el arte (en una esfera intermedia), ni personajes excéntricos o estúpidos, ni actores cómicos.⁸

De Rob nunca sabemos su verdadero nombre ni su pasado, él es un producto despersonalizado que depende de una nominación falsa: la de *Milli Vanilli*, un dúo americano

⁷“Mi amiga imaginaria me esperaba siempre (...), era alegre, se reía mucho, sin sonidos, era ágil y bailaba como si no tuviera peso alguno. Yo la seguía en todos sus movimientos y le cantaba, mientras ella bailaba mis problemas secretos”. Fuente: Kahlo, Frida. El diario de Frida Kahlo: un íntimo autorretrato. Editorial Debate. Madrid, 2002.

⁸ Mijail Bajtín. La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais. Alianza Editorial. Madrid, 2003.

que engañó a la discografía mundial, pues sus solistas no eran los verdaderos dueños de la voces.



9

2.6 Vocación teatral

A diferencia de las novelas en las que se intenta crear una ilusión de realidad, en *Hombre Cero* se apunta todo el tiempo a darle un carácter caricaturesco y teatral a la realidad. Es posible afirmar que: es una novela con vocación teatral, o que es una caricatura narrada. “El teatro concentra en el escenario la paradoja de la representación. Representar es sustituir a un ausente, darle presencia y confirmar la ausencia”.¹⁰ Además, *Hombre Cero* cuestiona acerca de qué es lo auténtico en el mundo, de cuáles son los valores reales y de cuáles no tienen fundamento y por lo tanto son falsos y carecen de autenticidad. En este sentido, la escuela literaria que le sirve de marco es la del Valle-Inclán y el esperpento.

⁹ Imagen objetivo utilizada para construir el personaje de Frida.

¹⁰ Enaudeau, Corinne. *La Paradoja de la representación*. Op. Cit.

Hombre Cero enfatiza en el absurdo y lo grotesco, rasgos inseparables de la sátira. Los personajes son miserables, figuras venidas a menos que resultan marginales dentro de la sociedad, sea por sus rasgos físicos, sea por su conducta, o por su rango social.

Una de las estrategias utilizadas es la del **extrañamiento**. Esta tiene sentido, en tanto una de las líneas de exploración es la de la alteridad. Emanuel Levinas la define como el descubrimiento que el yo hace del otro, o también: la capacidad de vernos reflejados en el otro. Levinas lo dijo en el siglo XX, pero mucho antes de él, en la cosmovisión maya ya se hablaba del *In-Lakesh*: yo soy otro tú, tú eres otro yo.

La intención es presentar al lector: “la imagen deformada y los rasgos ridículos de la figura humana (...), para sugerir de modo lúdico una desviación radical e inquietante de las cosas que nos son familiares”. (...) La mezcla de lo horripilante y lo perversamente cómico nos inquieta porque la situación se hace radicalmente distinta de aquello a que estamos acostumbrados: la alienación o la forma en que ésta nos atormenta tiene poco de lo simplemente cómico, satírico o trágico; estamos ante algo inquietante y diferente: no sólo ante el absurdo sino ante un tratamiento peculiar y extraño de éste”.¹¹

Para acentuar el extrañamiento uno de los recursos empleados es el **juego de contrastes**, el cual consiste en acercar situaciones que en la realidad no se juntan o, al menos, no se juntarían con frecuencia. Esto contribuye a subrayar convencionalismos, y además, a suscitar inestabilidad.

En cuanto a la intencionalidad crítica, concuerdo con valle-Inclán en que: “el puro artificio grotesco, por interesante y divertido que sea, no puede por sí sólo crear gran literatura y menos aún un drama conmovedor. Por lo tanto, para generar valor y profundidad: lo grotesco

¹¹ Cardona, Rodolfo y Zahareas, Anthony N. Visión del Esperpento. Teoría y práctica en los esperpentos de Valle-Inclán. Editorial Castalia. Madrid, 1970.

debe también tener raíces no sólo en conceptos metafísicos y existenciales, sino asimismo, en el terreno histórico de la experiencia cotidiana y de la circunstancia nacional”.¹²

¹² Cardona, Rodolfo y Zahareas, Anthony N. Op. Cit.

3. EL ROL DE LA VIOLENCIA

La violencia en Colombia, como la energía, sólo se transforma, jamás desaparece. No es casual que sea uno de los principales combustibles de nuestra literatura. La relación entre ambas se ha desarrollado desde una óptica que enfatizaba en la sangre y los intestinos expuestos, hasta otra en la cual se le da prioridad al drama que el cadáver provoca.

Una de las preguntas fundacionales de la novela fue: ¿Cómo ofrecer una visión novedosa de los fenómenos violentos? Porque, al fin y al cabo, aún cuando la espina dorsal del relato es una historia de amor (o desamor), en realidad ese es más bien el pretexto para hablar de una problemática más cruda.

El énfasis de *Hombre Cero* está puesto en las reacciones de la gente frente a los fenómenos violentos, haciendo hincapié en la indiferencia. El discurso sobre la muerte aparece desde el primer capítulo, a través de la copia de la obra *Helena*, de Marco Evaristi. Frente a la inminencia de la muerte identificamos tres tipos de reacción: los voyeurs a los que sólo les interesa el morbo, los hipócritas que contemplan la potencial desgracia, pero no hacen nada para impedirla, y quienes deciden tomar por su cuenta la vida ajena (la de los peces en la *Helena* real, la de las ranas en la *Helena* copiada). Reacciones que se comunican con situaciones posteriores: la protesta estudiantil (que en apariencia surge por el asesinato de los indigentes) termina en una verbena carnavalera; el periódico local se concentra en criticar la instalación donde se deja morir de hambre a un perro callejero, pero ignora la masacre.

Los momentos violentos se trasponen de manera poética. Es así como del recuerdo de la masacre de El Salado solo quedan visiones, silencios y espectros, y de Frida, tras desaparecer, una fotografía en la cual ella está encapuchada. En la novela, los cadáveres se ven a través de cuentos, imágenes de revista o televisivas.

Los tres momentos axiales de la violencia son:

3.1 Los Falsos positivos

Aunque desde hacía décadas se hablaba en Colombia de los falsos positivos, fue en el gobierno de Álvaro Uribe donde esta categoría criminal adquirió mayor relevancia. Un positivo en términos marciales es toda baja de la que sea objeto el enemigo. Ya que el gobierno de Uribe declaró una guerra frontal a las FARC, militares y policías aprovecharon el incremento de las acciones armadas para asesinar personas (especialmente jóvenes desempleados o subempleados, indigentes, etc.) para presentarlos como guerrilleros muertos en combate. De ese modo recibían recompensas en dinero o periodos extra de vacaciones. El número de víctimas oscila en 3.000.



Fotografía: Sin memoria me moría (Guache) ¹³

¹³ <http://www.flickr.com/photos/49786437@Noo/4698429900>
Acción performática: Corporación Colombiana de Teatro. No dispare, no soy Falso Positivo.

3.2 La masacre de El Salado

Ocurrió en el año 2.000. Un comando paramilitar entró, al parecer con el apoyo de políticos y el ejército, a la población de El Salado, norte del departamento de Bolívar, y asesinó a más de medio centenar de personas, en medio de música y bailes típicos de la zona¹⁴.



3.3 Los indigentes de la Universidad Libre

En Abril de 1992 se descubrió que más de una docena de indigentes fueron asesinados en Barranquilla para vender sus cadáveres a la Morgue de la Universidad Libre. En el crimen participaron varios trabajadores de la Universidad: desde el síndico que llevaba la contaduría hasta un grupo de celadores¹⁵.

¹⁴ La acción criminal consistió en torturas, degollamientos y decapitaciones de un número aún sin determinar de campesinos indefensos, entre ellos una niña de seis años y una mujer de 65; en un principio se habló de entre 38 y 60 personas asesinadas, pero en junio de 2008 la Fiscalía determinó que fueron más de 100, asegurando que podía haber sido la matanza más grande de los paramilitares en toda su historia. Fuente: El Tiempo. 23 Junio 2008.

¹⁵ En un país que ha sido sacudido por masacres, bombas, asesinatos y terrorismo, donde la violencia parecía haber tocado fondo, la forma fría, premeditada y brutal de estos crímenes ha causado conmoción nacional. La muerte a garrote de por los menos 50 indigentes a manos de empleados de una universidad, quienes recibían pagos, como hasta ahora se desprende de las investigaciones, por parte de un miembro de la administración de la universidad, no tiene antecedentes en la historia del país. Y mucho menos cuando los cuerpos eran utilizados



Aunque los tres casos anteriores ocurrieron en tiempos distintos de la historia del país, en Hombre Cero parecen desarrollarse casi en forma simultánea. Es así, en primer lugar, porque como se ha mencionado anteriormente, no se pretende transponer literalmente la realidad; en segundo, cada uno sirve para ejemplificar la violencia generada por distintos sectores sociales: los Falsos Positivos fueron perpetrados por fuerzas estatales, la masacre de El Salado por paramilitares, y el asesinato de los indigentes por civiles.

3.4 La desaparición forzada y el arte contemporáneo

La desaparición forzada es una de las situaciones dramáticas que enfatiza la novela. Frida desaparece, y de ella, que era una mujer sumida en apariencias (artísticas, sociales, políticas) solo queda una fotografía, una representación que, al guardar consigo parte de su

paradójicamente para que los estudiantes de medicina aprendieran a salvar vidas. Por eso, lo ocurrido en Barranquilla ha sido comparado con el exterminio de judíos en los campos de concentración nazis. La pesadilla de horror apenas comenzaba cuando las autoridades vincularon a 14 empleados de la Universidad Libre de Barranquilla de ser los responsables de una diabólica red de tráfico de cadáveres y de órganos humanos. El síndicogerente de la Universidad Libre, Eugenio Castro Ariza, era quien entregaba el dinero para comprar los cadáveres. Santander Sabalza Estrada, encargado del anfiteatro, era quien descuartizaba los cuerpos. El grupo de vigilantes tenía a su cargo seleccionar a las víctimas, ejecutarlas y buscar a los compradores de órganos. Fuente: Revista Semana. 6 Abril 1992.

existencia, le sirve a Rob como un fetiche a través del cual se comunica con Frida. Para los protagonistas no hay conclusión posible. Ambos son seres inacabados, incompletos, amputados¹⁶.

A fin de realzar este criterio, se incorpora la figura del cenotafio. En La paradoja de la representación, Corine Enaudeau señala, citando a Jean-Pierre Vernant, cuatro elementos de la *psykhé* homérica, que pertenecen a la categoría del doble: la imagen del sueño, la sombra, la aparición sobrenatural, y el *kolossós*.¹⁷ Este último se entiende como la piedra erigida en el suelo o colocada en la tumba vacía que figura al cadáver ausente. El cenotafio, por definición, es un monumento funerario en el que no hay cadáver, por tanto, ejemplifica otra de las consecuencias de la violencia en Colombia: la incompletud del ciclo mortuario. Los seres humanos necesitan cumplir ciclos, elaborar ceremonias, vivir ritos. Cuando estos ciclos se rompen, y es la incertidumbre la que controla el día a día, entonces se puede afirmar que hay una muerte en vida.

Artistas como Doris Salcedo y Oscar Muñoz han ahondado en este fenómeno. En una entrevista a un periódico colombiano, Salcedo afirma:

¿Pondrá a pensar a la gente sobre este país de entierros y exhumaciones?

Es peor, si ya tuviéramos el entierro estaríamos muy bien. Es el país de la muerte no enterrada, de la tumba no marcada, si ya hubiéramos llegado al ritual funerario sería un avance¹⁸.

¹⁶ “La representación participa de la muerte. La pasión de los fotógrafos por reflejar la vida es ridícula y vana. La fotografía es (...) la figuración del rostro inmóvil y maquillado bajo el cual vemos a los muertos. (...) No es tanto una copia como una emanación de lo real: una especie de pequeño simulacro, de eídolon emitido por el objeto, que de buena gana yo denominaría el spectrum de la Fotografía —escribe Barthes—, porque esta palabra conserva a través de su raíz una relación con el «espectáculo», y añade ese algo un poco terrible que hay en toda fotografía: el retorno del muerto(...) La muerte tiene que ver con esto, con que el espectro, la escena resurgida, es intocable, no tiene futuro, y de allí su patetismo y su melancolía. Lo que la Fotografía reproduce al infinito únicamente ha tenido lugar una sola vez: la Fotografía repite mecánicamente lo que nunca más podrá repetirse existencialmente”. Fuente: Corine Enaudeau. La paradoja de la representación.

¹⁷ Enaudeau, Corinne. La Paradoja de la representación. www.philosophia.cl/Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.

¹⁸ Padilla, Nelson Freddy. El arte es el contrapeso de la barbarie. Entrevista a Doris Salcedo. El Espectador, Mayo 8 de 2010.

Muñoz, por su parte, trabaja en sus propuestas audiovisuales el tema de la desmemoria o el pronto olvido. Una de sus series es la de una mano que trata de pintar con agua un rostro en una pared. Lo termina y luego intenta otro, y cuando éste acaba el anterior ya se ha evaporado. Otra de sus series es una en la cual esboza con tinta un rostro sobre la superficie de un lavamanos, abre la pluma y el agua poco a poco va desapareciendo el dibujo.



Narciso (Óscar Muñoz)

Fuente: <http://www.youtube.com/watch?v=Lp8ZNG7MQ3A>

4. INSTALACIONES

4.1 Instalaciones bajo techo

Helena (Marco Evaristti), La imposibilidad física de la muerte (Damien Hirst), Eres lo que lees (Habacuc) incluyen seres vivos y le plantean al espectador una reflexión acerca de cómo enfrentarse a la muerte. No obstante, dichas instalaciones son caricaturizadas (peces que cambian por ranas, tiburones por bagres...) a fin de socavar el carácter elitista de estas creaciones.

4.2 Instalaciones en espacios abiertos

Las obras que abren y cierran la narración, tiene una connotación diferente, más simbólica si se quiere: El empaquetamiento del Embudo por parte de Javacheff y el desnudo masivo por parte de Tunik son expresiones públicas, masivas. La primera anuncia el tema del extrañamiento, que se repite en distintos momentos de la narración: cuando el protagonista conoce a Haru, cuando Frida se encapucha mientras se lleva a cabo la asonada estudiantil y al final de la narración cuando a él sólo le queda la fotografía de Frida. El Desnudo Masivo, por su parte, ejemplifica tanto la necesidad de liberación del individuo, como la pugna por resolver la incertidumbre (los celos del protagonista lo llevan a ver cosas que no son) y la identidad.

Ambos casos, tanto las instalaciones bajo techo como las abiertas, hallan un punto de encuentro en la pregunta: ¿Cómo nos enfrentamos a aquello que es diferente a nosotros, a lo desconocido, a lo que nos cuesta interpretar?



Helena (Marco Evaristti)



La imposibilidad física de la muerte en la mente de algo vivo (Damien Hirst)



Eres lo que lees (Habacuc)

5. INFLUENCIA, IDENTIDAD Y ARTEFACTO NARRATIVO

También, cuando apenas doy los primeros pasos en la escritura, pienso que me resulta más apropiado hablar de identificaciones antes que de influencias. Los temas, técnicas y estrategias narrativas de algunos escritores, arquitectos, escultores, músicos... se encuentran con mis experiencias personales para conformar un sistema binario (o una simbiosis) que va dando pistas y luces sobre la configuración del artefacto narrativo. Un sistema en el que participan tanto el dialogo como la confrontación.

Además, considero que cada novela debe ser un artefacto, esto es: una pieza que responde a unos mecanismos individuales. Así las cosas, es pertinente mencionar que para la elaboración de *Hombre Cero* me identifiqué con dos escritores: Paul Auster y Ricardo Menéndez Salmón. Del primero, me fueron muy útiles novelas como *La noche del oráculo* y *Ciudad de Cristal*. En ambas se genera una reflexión sobre la identidad a través de estrategias como la metaficción y la intertextualidad. De igual modo la trama y los personajes están ligados con la ciudad.

De Menéndez Salmón me sirvieron también sus aproximaciones a la identidad y sus reflexiones sobre el nominalismo y sobre los nexos entre realidad, interpretación y representación. No obstante lo más útil de Salmón fue su maestría con el lenguaje y el sustrato filosófico de su prosa.¹⁹

¹⁹ De Auster vale la pena leer, en *Ciudad de Cristal*, su apunte sobre el narrador de *El Quijote*. De Menéndez Salmón su cuento: *Los caballos azules*.

BIBLIOGRAFÍA

Aínsa, Fernando. Del yo al nosotros: el desdoblamiento de la personalidad en la obra de Juan Carlos Onetti. Alpha 20. 2004.

Álvarez Sánchez, Carlos. Sondeo en “Luces de Bohemia”, primer esperpento de Valle-Inclán. Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1976.

Auster, Paúl. Ciudad de Cristal. Editorial Anagrama, 1997.

_____. La noche del oráculo. Editorial Anagrama, 2004.

Bajtín, Mijail. La cultura popular en la Edad Media y El Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais. Alianza Editorial S.A. Madrid, 1987.

Barthes, Roland. La cámara lúcida. Notas sobre la fotografía. Editorial Paidós. Barcelona, 2009.

Basanta, Angel. La novela de Baroja. El esperpento de Valle-Inclán. Cuadernos de estudio. Editorial Cincel S.A. Madrid, 1980.

Bazin, André. Ontología de la imagen fotográfica.

Cardona, Rodolfo y Zahareas, Anthony N. Visión del Esperpento. Teoría y práctica en los esperpentos de Valle-Inclán. Editorial Castalia. Madrid, 1970.

Del Valle-Inclán, Ramón. Luces de Bohemia. Editorial Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1973.

Díaz-Plaja, Guillermo Las estéticas de Valle-Inclán. Editorial Gredos S.A. Madrid, 1965.

Enaudeau, Corinne. La paradoja de la representación. Edición electrónica de: www.philosophia.cl/Escuela de filosofía Universidad ARCIS.

García Saavedra, María Soledad. Lo fotográfico. Por una interpretación de los desplazamientos. Profesor guía: Jaime Cordero. Tesis para optar al grado de Licenciatura en teoría e historia del arte. Facultad de arte. Universidad de Chile.

González Torres, David. La literatura es mestiza; puede mezclar fantasía y filosofía. Entrevista a Ricardo Menéndez Salmón por. Enero, 2008.

Kahlo, Frida. El diario de Frida Kahlo: un íntimo autorretrato. Editorial Debate, Madrid, 2002.

Mainer, José-Carlos. Historia y crítica literatura española. Francisco Rico. Modernismo y 68. Editorial crítica, S.A. Barcelona, 1980.

Menéndez Salmón, Ricardo. Los caballos azules. Ediciones Alfabia. Madrid, 2005.

Morin, Édgar. Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. Santillana Ediciones. UNESCO: París, 1999.

Olga Beilin, Katarzyna. Conversaciones literarias con novelistas contemporáneos. Athenaeum Press Ltd. Gran Bretaña, 2004.

Ramos, Luis Arturo. Notas largas para novelas cortas.
<http://www.lanovelacorta.com/nlpnclar.php>

Ranciere, Jacques. El viraje ético de la estética y la política. Ediciones Palinodia. Santiago de Chile, 2005.

Sontag, Susan. Sobre la fotografía. Editorial Alfaguara. México, 2006.

Vignati, María Jimena Representaciones del cuerpo en la literatura. Universidad de Buenos Aires.

Hombre Cero

*Hemos venido para festejar.
La fiesta de dos cuerpos y una sombra.*

(Jorge Riechmann)

Por imperfecta que sea, la copia sigue siendo, sin embargo, el único acceso al modelo. Sin duda, el peligro consiste en que la representación quiera pasar por la presencia, el signo por la cosa misma. También es posible que la repetición del modelo, su duplicación en las copias, no sea un accidente, sino algo propio de la naturaleza de la idea, de su verdad.

(Corinne Enaudeau)

*Y al terminar de leer la novela sintió que acababa de salir de un circo.
Entonces supo cuan atroz había sido aquello.*

(Tadzo Iweala)

Lo conocí en Playanegra, poco antes de la destrucción total del muelle. Mi único aporte fue mezclar lo que me contó, con algunas partes extraídas de las versiones escritas en los cuadernos que me dejó. Por lo tanto, él es el verdadero autor de esta novela: un residuo de esa otra ficción que, sospecho, fue su vida real.



Tras casi veinte años de vivir en ruinas como el muelle de Playanegra, de ser más sombra que cuerpo, de reescribir y contar cientos de veces el mismo relato, ya no estoy seguro si Haru y Frida eran dos mujeres distintas. Lo que sí tengo claro, mi amigo, y este es un dato insignificante en apariencia, es que Frida me llamaba Rob. Según ella, el color aguamarina de mis ojos, la delgadez y el cabello largo y repartido en trencillas le recordaban a Rob Pilatus, uno de los cantantes impostores del dúo *Milli Vanilli*.

Por la época en que la conocí yo repetía por tercera ocasión una materia del séptimo semestre de arquitectura, y en una de mis escasas asistencias a la universidad me topé con un debate estudiantil en la cafetería central:

—i...y ya que gracias al Ubérrimo cambiaron muchas cosas del país, tenemos que elegirlo como presidente por quinta vez! —vociferaba un muchacho pelirrojo con camiseta del JODE, los Jóvenes del Opus Dei.

—¡Así es! —replicó con sorna una chica morena con gorra de la UEPA, la Unión de Estudiantes Patrióticos—. ¡En estos años sus dos hijos cambiaron de niños de papi y mami a multimillonarios de toma y dame, los paramilitares cambiaron a “Bandas Criminales Emergentes”...

—Y el voto para posibilitar su reelección, el Ubérrimo lo cambió por un combo de embajadas, contratos billonarios y media docena de notarías a una congresista peli-pintada que se desnuda en revistas de farándula! —replicó alguien más.

Cuando el debate terminó, los miembros de la UEPA acordaron realizar dos días después —el viernes— una jornada de protesta contra el gobierno. Por supuesto, ni siquiera consideré participar. Fíjate, por extraño que parezca, aunque casi todo lo que ocurrió en mi vida antes de aquel debate lo desapareció mi memoria, tengo claro que la política, como la mayor parte de lo que ocurría o dejaba de ocurrir a mi alrededor, me importaba tanto como saber la marca de calzoncillos del Papa.

¡Ay, mi amigo, jamás imaginé lo que estaba por venir! Verás, gracias a una de esas inesperadas jugarretas del azar, esa misma tarde me enteré que un artista había preparado unas albóndigas con grasa de su propio cuerpo, comió algunas y las restantes las vendió en latas de conserva con la etiqueta: “cómemme, soy arte”.

—Carajo, ese sí es un auténtico revolucionario —me dije, y de repente comenzó a recorrerme una insólita actitud de iniciativa. Pronto herví de inspiración, y sin mayores consideraciones resolví copiar la obra para presentarla en la jornada de protesta.

El tiempo era corto, mi inventiva nula y mi grasa insuficiente, así que busqué otra creación menos compleja del mismo artista, y escogí una en la que utilizaba cinco peces vivos. Al no contar con dinero suficiente para comprar pececillos ornamentales decidí reemplazarlos por ranas, y tras una noche de cacería en un platanal ya guardaba cinco en una caja. También necesitaba banquillos y licuadoras y aunque los que conseguí estaban maltrechos, antes de amilanarme concluí que esos rasgos le darían cierta dosis de originalidad a mi réplica.

Pues bien, el viernes llegué serio a la universidad, algo ceñudo, pero mi máscara de seguridad se deshizo cuando se acercaron los primeros curiosos. Te digo, mi amigo, algo helado y móvil se me revolvió en la base del esternón. Como si morbo y expectativa danzaran en mi pecho al compás de vibrantes percusiones cardíacas.

Subí una licuadora en cada uno de los cinco banquillos, los distribuí en un espacio de metro y medio, vacié agua hasta un poco más abajo de la mitad de los vasos de las licuadoras y eché una rana en cada uno. De inmediato giraron, subieron, bajaron y rozaron con sus patas los filos y las puntas de las cuchillas metálicas. El sol de la media mañana centelleó en el agua revuelta, y entre las ramas de los robles y cocoteros alrededor de la plazoleta se filtró la brisa del mar cercano. Las manos me sudaban cuando enchufé las licuadoras y mi respiración se tornó pedregosa al situar frente a los banquillos un cartel alargado cuyas letras azules gritaban:

¡HEY, TE INVITO A ENCENDERLAS!

Los minutos pasaron, mi amigo. Quienes discurseaban sobre la tarima cercana, declamaban versos de José Martí o entonaban canciones de Mercedes Sosa comenzaron a perder público, mientras a mí venían trabajadores, profesores y estudiantes; entre los cuales identifiqué a algunos señalados de ser guerrilleros o paramilitares, y a otros que, se decía, eran infiltrados de la policía y el ejército.

Los cuchicheos florecieron sin demora:

—¡Ay de aquel que se le ocurra licuarlas!

—¿A qué desgraciado se le dio por algo así?

—¿Alguien será capaz de licuarlas?

—Es una propuesta muy creativa y original.

—¡Ay, me muero de ganas porque haya alguien capaz de licuarlas!

Los sindicalistas no tardaron en opinar:

—Estamos frente a una metáfora muy profunda, compañeros. Las licuadoras son el gobierno del Ubérrimo y las ranas el pueblo, compañeros.

—Un momento, compañeros, precisemos: iesta obra de arte es un franco homenaje a las potenciales víctimas de la violencia!

—Es correcto. ¡Aquí hay un crítica certera al terror que los sindicalistas hemos padecido durante este gobierno, compañeros!

Los murmullos y las risas crecieron, las imprecaciones subieron de tono, y muy pronto zumbaron varias amenazas de muerte.

La euforia me colmaba cuando noté a una mujer abriéndose paso a través del gentío. Su cuerpo era rechoncho y su actitud inquisidora. Llevaba un vestido enterizo en fucsia y naranja, que conjugaba con el púrpura de su cabello corto y alborotado. La había visto de lejos en un

par de ocasiones. Los estudiantes hablaban de ella no sólo por su condición de maestra recién contratada, sino porque la piel de su rostro era de un tono similar a la nata que cubre la leche; a sus labios los circundaba un lamparón del color de la remolacha; la nariz parecía una ciruela, y a sus ojillos grises y vivarachos los rodeaban manchas verdosas con bordes irregulares cual mazos de perejil. Pero aún con esos rasgos, lo que más me impresionó fue su mirada. Una que todavía recuerdo con nitidez y me recorre de vez en cuando, y que traslucía la misma aflicción, mi amigo, de quien jamás ha visto el mar o, por el contrario, se ha pasado toda una vida frente a él.

La mujer se detuvo frente a los banquillos y preguntó con ironía:

—¿A quién se le ocurrió esto?

Yo me le acerqué orondo y la gente estalló en murmullos. Ella me miró de arriba a abajo, después miró las licuadoras, se presentó con el nombre de Frida, y preguntó con malicia:

—¿Sabes que pasó en Copenhague, en el juicio al muchacho que licuó los peces de la obra original?

La algarabía del público cesó y sin adornos le respondí:

—Ni idea.

—Uno de los testigos era miembro de la empresa fabricante de las licuadoras utilizadas por el autor —dijo.

—¿Y? —pregunté y crucé los dedos dentro de los bolsillos del jean.

Ella se volvió para mirar las ranas. Parecían gozosas al batir sus patitas azul-verdoso y a veces acercaban al vidrio sus ojos anaranjados.

—El tipo afirmó que con absoluta seguridad los peces murieron una vez las cuchillas entraron en funcionamiento.

— ¡No te lo puedo creer! —repliqué con sorna y la gente silbó.

Ella permaneció impasible y contestó:

—Ese argumento le sirvió al juez para concluir que al morir en forma instantánea los animalitos no fueron tratados con crueldad, por lo cual podía considerarse recibieron un trato humano.

—Un juez muy inteligente —afirmé.

—¿Y qué pasaría si alguien aquí enciende las licuadoras y liquida las ranas? —preguntó, con una ceja levantada.

—Quién sabe. En este país acostumbramos matar moscas a cañonazos —respondí, me acerqué a ella y continué hablándole en voz baja—. Para serte franco, yo sólo quería divertirme, incomodar un poco a todos estos “revolucionarios”. Nada más.

—¿Y no has pensado en el debate ético que la obra propone, en enfrentar al espectador a decidir entre vida y muerte? —preguntó con cierta complicidad.

—Pues eso será en Dinamarca, Suiza, qué sé yo. Los habitantes de este país, aunque aparenten lo contrario, siempre escogerán a la muerte —dije. Ella se retiró un poco, miró al público con deleite, a las licuadoras con deseo, y se acercó de nuevo a mí con labios entreabiertos y párpados caídos cubiertos de verde perejil. Repicaron los timbres de mis nervios, creí que había llegado el amor, un espasmo diarreico o la maldita primavera, y lo que surgió fue el relámpago de su regordeta mano izquierda exprimiéndome las bolas largamente, fuertemente; hasta que caí de rodillas al piso, dolorido por el seco fulgor que me martillaba los testículos y avergonzado por sentir machacada mi virilidad.

Ella se agachó, puso su redonda narizota frente a mis ojos y dijo:

—Los morbosos *voyeurs* vinieron a mirar y esperan que ocurra lo peor; los moralistas inútiles citan la Biblia, el Corán o los salmos sagrados de *Green Peace*, mas no hacen un carajo por sacar a las ranas de las licuadoras. Los sádicos imbéciles son el tercer grupo. Ese es el que más me interesa.

Los espectadores reían y aplaudían a sus anchas, y yo, con la vergüenza transformándose en mareo, alcancé a ver a Frida caminando hacia los banquillos. Y en una regresión que inició en la licuadora número cinco, luego la cuatro, la tres, la dos, la uno, fue presionando los botones de encendido hasta tatuarme en la memoria la imagen de las ranitas transformadas en una vorágine sanguinolenta, cuyos residuos marrones chispeaban bajo el sol, circundaban las cuchillas y se asentaban lenta y delicadamente en el fondo de las licuadoras.



Continúo, mi amigo. Tras el suceso de las ranas, Frida y yo hicimos buenas migas y desde entonces inventó cualquier pretexto para pasar tiempo conmigo. Como las pocas responsabilidades que yo tenía me importaban un pito, aceptaba sus invitaciones y escuchaba sus cuentos durante horas. Así supe que había cursado en Ciudad de México un doctorado en desequilibrios artísticos, hizo parte del movimiento estudiantil del 99 y viajó por medio mundo trabajando como fotógrafa.

Una mañana me convidó a almorzar a su apartamento. Se veía algo ansiosa, intranquila. Pensé rechazar la invitación; sin embargo, a última hora acepté. ¿Por qué?, te preguntarás; y yo te responderé con total franqueza: algo en ella me causaba interés. Pero eso sí, uno cercano al morbo que experimentamos al sabernos cerca de un objeto exótico o misterioso.

Fuimos en el coche de ella hasta la Zona Cachacal, el barrio donde vivía. Excusa si interrumpo por unos segundos el relato. Es necesario que sepas algunos datos de ese lugar.

La Zona fue poblada por inmigrantes europeos que arribaron a la ciudad a principios del siglo XX. Décadas más tarde, al mejorar su condición económica y ante la inminente construcción del puerto sobre el río Sucio, se marcharon en forma paulatina. El puerto atrajo camiones y camioneros, en su mayoría cachacos: gente de los andes del país. Tras ellos llegaron hoteles, restaurantes, bares, puteaderos y expendios de droga. El barrio acabó convertido en uno de esos guetos plagados de indigentes, drogadictos, asesinos o enfermos terminales, en el cual era posible dormir sobre una alfombra persa robada en el norte de la ciudad o al lado de un cadáver que nadie se interesó en sepultar.

Okey, sigo con el relato. Frida metió su coche por uno de los callejones.

—Pensar que este fue el reino de los millonarios de Curramba —dijo.

—Pues a rey muerto rey puesto —respondí, y señalé a su izquierda. Un demente de caminar erguido y cara mugrosa, cubierto con una capa hecha de retazos y coronado con una bacinilla sin fondo le hizo señas con un cetro de palo. Frida detuvo el coche. Él se acercó a

nosotros y nos extendió un plato con monedas. Frida echó un billete en el plato. El demente tocó la frente de Frida con su cetro y siguió caminando con el cuello estirado.

El apartamento de Frida quedaba en un edificio en el que asomaba la ruina. Decían que lo había construido uno de los cientos de narcotraficantes que florecen silvestres en el país. En medio de chirridos y traqueteos, las puertas del ascensor se abrieron en el piso 59. Caminamos por un pasillo en tinieblas, oloroso a baúl recién abierto. Entramos al apartamento. Sobre una mesita, Frida puso un libro, una libreta, fotocopias y otros implementos de trabajo. Colgó su mochila en un porta-sombreros y yo me despatarré en un sofá. Me ofreció cerveza, avisó que había más en el refrigerador y entró en su habitación. Frente a ésta había otra cuya puerta era de color azul.

Libros y discos compactos colmaban cada palmo de la sala y una barra-comedor la separaba de la cocina. Cada objeto visto era más insólito que el anterior, pero no fue la cantidad sino su milimétrico orden lo que me incomodó. De todos ellos, me impresionó por lo grotesca una figura antropomorfa con el letrero Cultura Alzate escrito en la base; y por insignificante, el título de un afiche de ambiente entre onírico y tropical en el que resaltaba una mujer morena y semidesnuda: ¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿Adónde vamos?

La cerveza me causó pesadez en los párpados y ardor en los ojos. Desde los pisos bajos subían efluvios de marihuana, se filtraban por las rendijas de la única ventana de la sala, provocaban variaciones en la iluminación y conferían al recinto la misma palidez con que inician los eclipses de sol.

Casi al acabarme la tercera cerveza noté que Frida salía de la habitación de puerta azul. Cerró y verificó el seguro. No me di cuenta en qué momento se había cambiado de alcoba. Resplandecía el tono cobrizo de sus piernas embutidas en un *short* amarillo que dejaba al aire la parte baja de unas nalgas repletas de celulitis. Su abdomen, cruzado por estrías, desbordaba la pretina del *short* y sus pezones trazaban filigranas bajo la franela de la camiseta. Tenía el

cabello teñido de violeta claro, casi malva; y por sus proporciones y rasgos, mi amigo, y quizás por un sentimiento de compasión, pensé en ella como el dibujo trazado por la temblorosa mano de un niño huérfano.

Sintonizó una emisora de música tropical y se fue a la cocina a preparar un ceviche. Yo me acerqué para ayudarle a picar la cebolla y, mientras ella desconchaba los camarones, me habló de su trabajo como fotógrafa de celebraciones extrañas alrededor del mundo.

—De todas a las que asistí, una de las más peligrosas que recuerdo fue una fiesta musulmana de la India en la que arrojaban bebés sobre unas sábanas —dijo.

—¿Y dónde estaba el peligro? —pregunté, lloroso por la cebolla.

—Las criaturas eran arrojadas desde una altura cercana a los veinte metros.

Me habló de otros eventos rarísimos, pero al parecer la paciencia —o más bien el estómago— se le llenó con el Campeonato Mundial de Ostras de la Montaña.

—Ese es en Throckmorton, Texas —concluyó.

Al dirigirse a la nevera me rozó las piernas con las nalgas.

—Pues las ostras son exquisitas —afirmé.

—Sí, pero las famosas Ostras de la Montaña del tal campeonato eran, en realidad, testículos de toro.

Frida regresó, y con fingida indiferencia, como apoyándose en su mención a los gringos, comentó:

—¿Tú sabes que en Washington la única posición legal para hacer el amor es cara a cara?

—Dicen que los gringos son puritanos e hipócritas —respondí.

—No —replicó—, son de avanzada. Recuerda que la prohibición incrementa el placer.

—¿Me pregunto cómo harán Obama y su mujer?

—Tu color de piel es igual al de Obama —afirmó sonriente.

—He oído que junto a Fela Kuti y Nelson Mandela, Obama es uno de los hombres más ilustres que ha parido África —respondí con aparente solemnidad, y ella rió a carcajadas.

—Me desagradan los yanquis, pero ojalá en éste país o en México existiera un hombre o mujer que inspirara tanto como él —afirmó pensativa.

—¿Qué tal el Ubérrimo? —dije yo.

—¡Por Dios, Rob! ¿Es inspirador porque le ha hecho creer a la gente que es el Mesías? —replicó.

—Desde que él comenzó a gobernar, La Fuerza Armada Revolucionaria ha perdido más de 7000 combatientes.

—Para inspirar se necesita mucho más que saber contar los cadáveres del enemigo. Nos han engatusado con el cuento que a LAFAR la derrotarán militarmente y con ese artificio la gente se ha desentendido de las masacres, de los desaparecidos...

—Para muchos, esas cosas no importan mientras ocurran a otros. Son realidades de periódico, radio o televisión —afirmé. Ella no respondió.

Comimos, la ayudé a lavar los utensilios de cocina y al terminar nos recostamos en el sofá a ver *Vértigo*. Cuando el protagonista encuentra en la calle a la mujer que amaba y a la cual creía muerta, Frida se me acercó y me recorrió los bordes de las orejas con sus labios. En principio ni rechacé ni acepté sus caricias. Permanecí inerte, como un sapo a la espera de una libélula. Ella continuó y la carne se me llenó de una cálida picazón, como si por dentro me creciera una selva de luces de bengala. Mi amigo, yo me armé de valor, me fijé en el afiche con título insignificante, cerré los ojos y, para soportar el beso de Frida, me imaginé besando a la mujer semidesnuda del afiche sobre la arena de una isla desierta. No sé en qué momento le rozaba con la mano derecha un esponjoso seno izquierdo y estrechaba uno de sus pezones entre mi índice y el pulgar. Yo traté de retirar la escasa vestimenta que cubría a la morena de

mi imaginación, cuando de repente dejó de besarme y al abrir los ojos encontré frente a mí la nerviosa satisfacción de Frida y su rotunda cara de payaso.

Yo respiré profundo, con *Mussolini* desinflándose tras la bragueta del jean, y le pregunté a Frida con mirada y manos que qué diablos pasaba.

—Terminemos de ver la película —respondió, entre coqueta y recelosa.

Apenas acabó la cinta, ella se levantó del sofá.

—Tardo un poco —dijo, y se encerró en su alcoba. Yo aproveché para fisgonear los papeles que había dejado sobre la mesita. Allí estaba un ensayo sobre *Vértigo*. En el borde de una de las hojas hallé una nota manuscrita: “la película habla de la obsesión, la parálisis física y psicológica, y la frágil naturaleza del amor”.

Al poco rato, Frida salió de su alcoba, vestida en forma elegante, perfumada, con una mirada alegre y los colores de su cara resplandecientes.

—Voy a una diligencia —dijo, y tras despedirse con un beso francés me dejó la llave plateada de su apartamento en la mano derecha, una carta en la izquierda, en el centro un corazón desarmándose, mientras la nota sobre *Vértigo* resonaba en mi memoria como una suerte de augurio o canto ceremonial.



Pues bien, mi amigo, a mitad de la carta Frida me proponía ser su pareja. Lo primero que se me ocurrió al leer la oferta fue rememorar varias escenas típicas entre enamorados (abrazados en el cine, retozando en un parque, de la mano en un circo), y al suponer vivirlas junto a una mujer como ella fue inevitable reírme con sarcasmo. Sin embargo, al leer el párrafo que seguía, mi decisión comenzó a tambalear: de aceptar la propuesta, ella me presentaría una mujer con la que yo podría llevar una relación paralela, aunque, aclaraba, estaría obligado a cumplir al dedillo algunas condiciones.

La tarde del día siguiente, subyugado por la curiosidad y, sobre todo, por la lascivia salí con tiempo para llegar puntual a una cita que minutos después demostraría ser a ciegas, sin lugar a dudas.

Por esos días se había anunciado que Christo Javacheff empaquetaría El Embudo. Al edificio lo llamaban así por su forma de pirámide invertida, fue sede del primer hotel cinco estrellas de Curramba, permaneció cerrado un par de años tras la crisis económica, después fue lazareto y luego manicomio. Ya como cárcel departamental alcanzó macabro renombre por los cientos de torturas y desapariciones que provocaron el ejército y las Fuerzas de Inteligencia del país, antes, durante y después de la infructuosa guerra por la independencia del Caribe que lideró el Ejército Popular Separatista. La acción de Javacheff era la antesala de la próxima reinauguración del Embudo como Centro Cultural.

Llegué a la plaza Pepe Antequera y estaba atestada de espectadores. Me acerqué al busto del Ñato Turbay, el lugar preciso de la cita. La esbelta base donde reposaba el ex-presidente olía a cagarrutas y orines. El bronce traía un parche de pirata sobre el ojo izquierdo, labios carmesí y aretes anaranjados. Una placa simulada en cartón colgaba del cuello y en ella se leían unos versos firmados por su viuda y poeta:

*Te veo hermoso
Grande, inteligente
Te veo luchador
Por tu patria
Por tu gente*

Yo miraba en derredor para descubrir a la persona con la cual había de encontrarme, mas resultaba imposible ante el olear del tumulto y el escándalo de feria nueva. Alguien sobre una tarima enfrente del Embudo leía un emotivo discurso sobre la reconciliación y la memoria, en compañía de políticos y periodistas. Decenas de palomas liberadas remontaron vuelo y miríadas de burbujas flotaron por doquier y reflejaron por un instante los estertores del sol. Muchas estallaron con el tronar de los aplausos cuando rayos ámbar, esmeralda y azafrán iluminaron las telas y cuerdas que cubrían por completo el edificio. Quedé arrobado por el portento y aún más por comprobar cómo el happening de Javacheff —la acción de ocultar y provocar extrañamiento, de cubrir de anonimato lo que siempre ha sido público— le daba un sentido distinto al anciano y empaquetado Embudo.

Entonces sentí algo puyándose con insistencia en la espalda. Giré y la nuca se me erizó al ver frente a mí una niña de piel negra y cabellos revueltos. Me dijo algo con dedos y rostro, en el lenguaje de los sordomudos, y casi no me fijé en qué momento me entregó un trozo de seda y un papel. En éste, un planito, varias flechas y distintas anotaciones precisaban cómo llegar hasta el sitio definitivo de mi cita.

Una vez dentro del Embudo, escondido tras una columna vi pasar un par de vigilantes. Cuando doblaron una esquina, subí por unas escaleras de caracol. El maderamen emitía débiles crujidos. Llegué a una terraza. Caminé por ella, pegado a la pared. Al fondo estaba colgaba una pintura de cuerpo completo del dios Jano, el de las dos caras. Revisé de nuevo el plano, levanté el cuadro y detrás de él vi como la luz se retorció y desvanecía en las tinieblas de

un estrecho túnel. Dando pasos de ciego, temeroso, lo atravesé y llegué al lugar indicado en la nota: nicho 9 del salón de lectura de la nueva biblioteca.

Me senté en una silla que era muy pequeña para mis largas piernas. La palidez de la luz entraba desde las ventanillas en lo alto de los muros y yo me desesperaba al sentir diluirse las costuras entre tiempo y espacio, por el temor a ser descubierto y por el penetrante olor a tinta y hojas nuevas que rezumaba el ambiente. Me encorvé para acodarme en el mesón del escritorio y mi ánimo se fue debilitando como las infinitas hileras de anaqueles curvados por el peso de los libros.

De repente me alertó la lenta reciedumbre de unos pasos sobre el mármol y el inestable chorro de luz de una linterna. Cuando los apagó la lejanía, dibujé con los ojos la blandura de otras pisadas cercanas, el peso de unas carnes acomodándose y mi corazón se estrechó a causa de una respiración que intentaba parecer serena desde el otro lado del tabique de madera que nos separaba.

Con el ridículo pendiendo sobre mí, decidí hablar sin saber a quién.

—Hola, ¿cómo debo llamarte? —pregunté, inmerso en una tranquilidad inquietante que contrastaba con el hervor de la plaza unos minutos atrás.

—Digamos que me llamo Susuki Haruka —respondió, con una voz similar a la resonancia que surge al hablarle a un pozo profundo.

—El nombre Suzuki es muy popular. Hay muchos carros de esa marca —le dije, y contuve la risa.

—Ese es mi apellido. Mi nombre es Haruka.

—Los chinos son chéveres —dije para enmendar mi embarrada, y fue peor.

—No soy china, nací en Nagasaki, Japón. Por favor, habla más bajo.

—Perdón, ¿puedo llamarte Haru? —pregunté quedo. Tras un prolongado silencio, respondió:

—“¿Qué hay en un nombre? Aquello que llamamos Rosa igual dulce fragancia tendría con otro nombre”. No hay problema, llámame Haru.

Para impresionarla, recité una bobada que sabía de memoria:

—Según Aristócles Podros de Atenas los nombres debían reflejar la esencia de los seres. Tal vez por eso al tener espaldas amplísimas se hizo llamar Platón.

La escuché reír con la misma suavidad de un reflejo deslizándose sobre el vidrio.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —preguntó.

La nota indicaba que yo debía fingir ser otro.

—Me llamo Fab —respondí.

—¿Acaso por Fabiani, el protagonista del cuento Los caballos azules? —preguntó ella.

—No, no me creas tan Carlos Fuentes. Lo escogí por Fab Morvan, uno de los *Milli Vanilli* —indiqué.

—¿Y a qué te dedicas?

Sin pensarlo mucho respondí. Tal vez por la reciente mención del autor de Aura.

—Soy escritor.

—Shshshs —advirtió ella.

Yo sentí que algo repartido en muchos pedazos, como una turbamulta de ratas gordas corriendo sobre cartones, se aproximaba con sigilo. No obstante, en un sitio como El Embudo no era la mirada de los vivos de lo que uno más habría tenido que preocuparse, sino de la curiosidad de los espectros. Aquella absurda cita que oscilaba entre pendejada, sueño erótico y acto de ilusionismo captaba mi atención.

—¿Sigues ahí? —pregunté inquieto, y el polvillo en los haces de luz se enturbió. Me sentí observado desde algún escondrijo. Esperé. Al rato, ella respondió con una pregunta.

—¿Estás listo?

Mi confusión aumentó y a medida que el recinto se extraviaba en la noche y la quietud evidenciaba ruidos indescifrables, yo creí cercano un cosquilleo parecido al de conchas de ostras estremecidas por la espuma del mar. Seguí las indicaciones en el papel y sin más preámbulos me desnudé, oyendo el deslizarse de las ropas de Haru. Cogí el pedazo de seda que me había dado la niña y al abrirlo relumbró en la escasa luz. Me enrollé la cara con él y me sacudió el efluvio de un aliento a mandarina que crecía a medida que algo frágil me rodeaba el cuerpo. Ella me apretó contra sí; y yo, tras recordar el gigantesco paquete en que Javacheff había transformado El Embudo, como por instinto abrí los labios para darle vida a un viejo y eternizado instante: el beso, intenso como una aguja helada hundiéndose en el ombligo, que en el cuadro Los Amantes se dieran un hombre y una mujer con los rostros ocultos tras telas blancas.

La respiración me faltaba, las sienes me ardían, la tela se me hundía en la boca y el roce con los labios me provocó cosquillas. Desesperé ante el apremiante deseo de mi lengua por romper aquella barrera de hilos y encontrar otra lengua blanda y jugosa. Fue deliciosa esa lenta y diáfana tortura.

—Haruka significa fragancia distante —susurró, poco antes de esfumarse; y al retirarme la seda miríadas de cosiampiros de flama azul emergían desde los rincones, circulaban entre sillas, escritorios y anaqueles, e iluminaban con sus intermitencias cuanto había a mi alrededor. Entonces, mi amigo, en vez de otorgarles un significado amoroso a esos pequeños escarabajos que se alimentan de la tinta impresa en los libros hasta dejarlos en blanco, sin memoria; los imaginé como diminutos faros que trataban de orientar el camino de regreso de las almas anónimas y sin tumba que, se decía, habitaban en El Embudo.



La cita a ciegas con Haru fue tan definitiva que me convenció de aceptar la propuesta de Frida. Eso sí, mi amigo, una vez le confirmé mi interés, ella precisó varios detalles de lo que sería nuestra relación (o nuestro convenio, como varias veces lo denominó):

- ✓ Mi rol consistiría en aparentar ser su novio en público; mientras, en privado, sólo le brindaría compañía si yo lo deseaba.
- ✓ Estaría obligado a responder a sus requerimientos sexuales cuando ella lo estimara necesario.
- ✓ A cambio de todo, ella me pagaría por mis servicios y, por supuesto, tal como había dicho antes, yo podría sostener una relación con Haru, a quien sólo vería cuando me buscara.

Por último, Frida hizo hincapié en que:

- ✓ Cualquier cosa parecida al amor no tenía cabida entre nosotros.

También mencionó algunos derroteros básicos. Uno de ellos no sólo era sensato sino estimulante:

- ✓ En caso de enamorarme de Haru la relación con Frida se acabaría de inmediato.

El otro era, en cierto modo, algo demandante y aburridor:

- ✓ Tendría que llevar registro escrito de cada uno de mis encuentros con la japonesa.

¿Cómo la ves, mi amigo? ni en la más arrebatada de mis quimeras imaginé que alguna vez sería parte de tan peculiar triángulo amoroso.

Pues bien, pasó el tiempo y por los constantes paros y protestas en la universidad el semestre se extendía. Con Haru todo iba de perlas. Nos habíamos visto en la casa de espejos que trajo la conocida Feria de Magos y Saltimbanquis de Rumania; y también en la capilla de

los mártires, esa que queda en el barrio La Siempreviva, en el Sur de Curramba, y cuyas decoraciones están hechas con los huesos de los fallecidos en varias guerras del país.

Frida se tiñó el cabello de verde primavera y un mechón en naranja intenso resaltaba en él. El fervor y la claridad de sus participaciones en debates académicos y políticos, y lo mordaz de sus criterios sobre arte y cultura aumentaron el halo de rebelde que la precedía. También eran fama el rigor de su docencia, lo sublime de sus convicciones y el acero del carácter. En contraste, en su vida privada iba de la depresión a la euforia, de la locuacidad a la mudez, de la calma a la cólera, de la presencia asfixiante a las desapariciones sin razones ni rastros.

Estaba más gordita —gordísima, para ser preciso— y los colores en el rostro se le habían intensificado. Esas cosas no me importaban en absoluto. Okey, lo acepto, me importaban un poco. Te seré sincero: me importaban bastante. Es obvio, cualquiera habría preferido a Kim Kardashian o Paris Hilton. Bruta o inteligente, era lo de menos; si todo el mundo se derrite ante la belleza de la Victoria de Samotracia, ¿para qué darle importancia a su falta de cabeza?, pensaba yo.

Pero fíjate, a pesar de todo, poco a poco me di cuenta de que mi relación con Frida traía consigo varias consecuencias favorables. Y una de ellas fue el advenimiento de un nuevo placer: yo, mi amigo, era un tipo anodino, simple hasta la inexistencia, del cual, a lo sumo, la gente apenas recordaba su larga cabellera. Pero una vez anduve con Frida de un lado para otro —o detrás suyo, más bien—; gracias a la celebridad que ella cultivaba yo logré volverme visible.

—¡Qué personalidad tiene!

—¡Qué tierno debe ser!

—¡Cuál será el secreto de ese tipo!

—¿Y cómo se llama?

—Pues eso qué importa, es el-no-vio-de-Fri-da y punto.

Escuchaba o imaginaba que opinaban detrás de mí. Sí, mi amigo, las sobras de luz que Frida dejaba a su paso nutrían mi instinto parasitario y al saberme en la lengua y la memoria de los demás, me sentí nuevo, algo poderoso, interesante... Debo confesártelo, cuando algunos hombres comenzamos a saborear el néctar de la notoriedad, nos resulta tan placentero y subyugante que no nos importa someternos al escarnio del ridículo.

Mientras tanto, en el país reinaba la felicidad y el umbral de los nuevos tiempos ya despuntaba en el horizonte —no importaba que este estuviera bañado en sangre—: el ejército de la patria, comandado por el Ubérrimo, había liquidado en suelo extranjero a Raúl Reyes, el segundo hombre de LAFAR. Días más tarde, a Iván Ríos —otro jefe guerrillero— lo asesinaría un subalterno, quien se presentó en una base militar con la mano palpitante de su víctima como prueba para reclamar el millón de dólares que el gobierno ofrecía en recompensa. El culmen de esos golpes se alcanzó con la confirmación de la muerte natural de Tirofijo, líder histórico de LAFAR; y la liberación, mediante un laborioso engaño, de 11 soldados y policías, tres gringos y la famosa Ingrid De Arco, quienes sumaban entre sí un siglo y 30 años de secuestro. El Ubérrimo ganaba la guerra, día a día se incrementaban las bajas guerrilleras y muchos en el país querían agradecerle otorgándole un quinto mandato. Reinaba buen viento y buena mar.

Por esa fecha, Frida me propuso montar otra réplica.

—*La imposibilidad física de la muerte en la mente de algo vivo* me parece una buena opción —sostuvo ella después de considerar juntas varias alternativas. Consistía en un inmenso tanque de vidrio lleno de formaldehído, dentro del cual reposaba un tiburón disecado, con las fauces abiertas.

El título me gustó, pues me recordó la vivencia en El Embudo con los cosíampiros de flama azul; sin embargo, luego de pensarlo un poco, manifesté renuente:

—Fri, va a ser complicado conseguir el tiburón.

—No hay problema si los reemplazamos por otro animal. Lo importante es justificar apropiadamente el cambio —manifestó. Yo no le entendí.

Lo mejorcito que encontramos fue un bagre como de 20 kilos y, en vista de no hallar quien lo disecara, Frida recurrió a Eve, un maestro de la U y viejo amigo de ella, a quien yo conocía de oídas.

Los tres nos encontramos en El Chef Guevara, un restaurantito bohemio ubicado cerca a la universidad.

Lo primero que hizo Eve fue prender un cigarro de marihuana y ofrecernos. Frida le dio una calada, yo rechacé la oferta y ambos me miraron con un dejo de asombro. De ahí en adelante, el ambiente se tornó aburridor. Eve, aparte de arrogante era andrógino. Cabello oscuro, casi al rape, nariz y labios delicados y pelillos gruesos asomándole en la barba. Vestía camisilla por dentro y camisa a cuadros por fuera, recogida a mitad de sus gruesos antebrazos.

—No le veo sentido a copiar una obra ajena —afirmó tajante. La voz de una chillona aspereza.

—Copiar implicaría ocultar o robar la autoría. La réplica es diferente, con ella no sólo fustigas el carácter individualista de la creación sino que, aunque suene paradójico, cuestionas la originalidad, la cual algunos entienden como inherente a la burguesía —respondió Frida con vehemencia. Unas gotitas le surcaban el bozo.

—Sobre todo cuando el verdadero autor utilizó un monstruoso tiburón del pacífico sur y ustedes van a emplear un tierno bagre del río San Jorge —sentenció Eve; las piernas cruzadas, la mandíbula recta a punto de desencajarse por las risotadas.

—Si uno de los sentidos es cuestionar la originalidad; la ridiculización, en este caso, es parte de la estrategia —señaló Frida, y en su ancha sonrisa noté un rictus de victoria.

—*iBullshit!* Esos son sofismas para enredar estudiantes universitarios —remató Eve. Sus luminosos ojos negros me miraron de reojo.

Frida me agarró la mano. Eve tomó un trago y pareció esbozar un gesto de extrañeza.

—Ya que tu espíritu atrabiliario está insatisfecho, te diré que las replicas también plantean una severa crítica a la sequía de actividades artísticas en la universidad y a la escasez de escenarios y apoyo para la creación —dijo Frida con tono de voz cada vez más alto.

—Si quieres hacer algo subversivo entonces agarra un fusil y descerraja un tiro en el cuello del tirano. Dime, ¿de verdad alguna vez te has preguntado con sinceridad qué estás dispuesta a hacer frente a la barbarie, frente a toda la porquería que abunda en este país? Aparte, criticas la originalidad y al tiempo tratas de convencerme de la originalidad de tus réplicas. ¿A dónde fue la ardorosa activista de la UNAM? —aseveró Eve. Sus manos nudosas sostenían con delicadeza el vaso de whisky.

—En fin, copia o no, el arte debe ser la acusación permanente —concluyó Frida, algo golpeada, tal vez por el tono soberbio y seguro de Eve.

—Esas son palabras de un imbécil comerciante. Según Botero, el arte puede mantener viva una idea que no se debe olvidar. Nunca he entendido por qué los artistas asumen el papel de salvadores, de héroes. Como si un dios del Olimpo los hubiera ungido en portadores de la verdad y la justicia. ¿Por qué todo el mundo habla y habla de recordar, cuando, en realidad, lo que muchas víctimas quieren es olvidar? Borrar. Borrar y que no exista nada en el puto mundo que les recuerde el dolor que guardan. Como si la lenta agonía en Auschwitz, el sufrimiento en Hiroshima no fueran poderosos por sí mismos y todavía necesitaran un lienzo o un escenario —remató Eve.

—El burro hablando de orejas. Yo por lo menos vivo en la Zona Cachacal. Y el comprometido líder social de la comunidad gay de Curramba en un condominio frente al mar y, de paso, es dueño de varias cabañas de recreo. Es socialista de lunes a viernes y burguesito los fines de semana —replicó Frida.

—Excúsame si soy grosero —dijo Eve en tono calmado. La mano sobre el antebrazo de Frida— ¿Acaso por marica y socialista siempre me va a tocar cagar en bacinilla?

El verde alrededor de los ojos de Frida había empalidecido hasta rozar el amarillo. Lo cubrían infinidad de gotitas.

—Al fin, ¿sabes quién puede disecar el animal? —pregunté con fingida altanería.

—Pues sí. Tengo unos amigos, pero... —respondió Eve con sorna.

—¿Pero qué? —interrogó Frida intentando parecer calmada.

Eve nos miró socarrón, tomó el último sorbo de whisky, y respondió.

—Pensándolo bien, no creo poder recomendarles a nadie —miró desafiante el reloj dorado que traía en la muñeca derecha y, una vez se levantó, dijo—: en el mercado del Centro pagan bien la libra de bagre. Allá tengo varios conocidos.

Nos fuimos en el coche de Frida rumbo a la Zona Cachacal. Después de un rato de silencio, le dije a Frida:

—Ese Eve es un soberano pendejo.

—Quién sabe —respondió ella—. Dicen que en una ocasión un oficial del ejército alemán entró al apartamento de Picasso, en París, y al ver una foto del Guernica le preguntó: ¿Usted es el autor de esto?; y Picasso le respondió: No, ustedes son los autores.

Ella siguió con la vista fija en la carretera. Los pliegues se pronunciaron en su ceño. Yo asentí a pesar de no haber comprendido nada. Frida, a lo mejor, se dio cuenta de mi ignorancia porque me dijo:

—A veces confundimos la apariencia de lo que vemos con su verdad.

Yo seguí sin entender, además toda esa palabrería que cruzaron Eve y Frida me pareció sacada de un recetario. Lo que sí me causó gozo fue recordar la defensa de las réplicas. Jamás

pensé, mi amigo, que una cosa planeada para paliar el aburrimiento o joder la vida a los demás, tuviera algún tipo de valor. Sobre todo artístico.



Esa noche dormí en el apartamento de Frida, en el sofá de la sala. Al día siguiente, al despertar, me asomé a su habitación y ella no estaba. Caminé a la cocina y encontré una carta sobre el mesón. Era de Haru e iba dirigida a mí. Hacía días no recibía noticias tuyas. Con la carta venía también un disco compacto.

Leí varias veces el manuscrito. Pronuncié varias veces cada frase. Sólo moviendo los labios, sin emitir sonido alguno, mientras mis recuerdos se rodeaban con el aroma de su lejana fragancia.

Adorado Fab:

Construir un encuentro es propiciar un olvido. Esta vez te propongo encontrarnos a través de otro escenario: el de la escritura.

Te hablaré de un cómic honesto. Con él nunca me sentí estúpida pues el protagonista no tenía una segunda personalidad oculta tras lentes, antifaces o ridículas máscaras. Tampoco iba en pos del trillado propósito “hay que salvar el mundo.”

El gobierno de turno canceló la serie por sus supuestos excesos de sexo y violencia (en ese tiempo el estándar televisivo lo marcaba el Topo Gigio). Yo sufrí al saber que no conocería su desenlace. Años después, durante la típica crisis de identidad de la adolescencia, descubrí el poderoso mensaje que encerraba el cómic: el tipo se llamaba Cobra, harto de los peligros de ser un pirata espacial, enemigo de la temible mafia de la vía láctea, cambió de rostro, de cabello, de piel y borró de su mente cualquier rastro de su vida. Pasó a llamarse Johnson y consiguió trabajo como empleado de oficina.

Pasó varios años en ese rol, representando, sin saber, una vida que no le correspondía, y, un fin de semana, para paliar el aburrimiento, pagó por entrar a una máquina “capaz de materializar los deseos del subconsciente”. Johnson pidió un harem y comandar su propia nave espacial. En efecto, durante varias horas fue un piloto de cabellos largos y sonrisa

cínica. Lo rodeaban voluptuosas mujeres, pasó un sinfín de riesgosas aventuras y eliminaba a sus oponentes con la psicoarma. Un artefacto que ocultaba en el brazo izquierdo, “convertía la energía mental en ondas caloríficas de gran potencia” y al ser accionada con el pensamiento jamás fallaba su blanco.

Johnson salió del aparato de los deseos y fue a apostar a la ruleta. Ganó, y al defenderse del ataque de un par de maleantes, los liquidó sin querer, con un disparo que salió de repente de su brazo izquierdo, de la psicoarma.

De esa manera descubrió que lo de la máquina no había sido un simple sueño, sino que en realidad había revivido su antigua existencia como Cobra, el pirata espacial.

Comprendió entonces que por más cambios de nombre, trabajo, rostro, cabello o piel, el implacable destino iría siempre pegado a sus orejas, y por más peligros que ello entrañara jamás dejaría de ser quien era.

En el CD adjunto aparecen los 32 episodios. Sin embargo, no he querido verlos a fin de mantener latente la incertidumbre de saber si Cobra —un galán entre lujurioso y despreocupado, vestido en colores púrpura y telas ajustadas— llegaría a hacerle el amor a su escudera, Lady Armoroid —una robot de medidas perfectas y abundantes senos que, cuando humana, fue una princesa de nombre Esmeralda: el amor imposible de Cobra durante su primera existencia como pirata espacial.

A veces la vida puede explotarnos en la cara con una simple epifanía o con la más trivial de las revelaciones. Hay dudas que siempre deberían mantenerse... secretos que jamás se deberían desvelar.

Vi todos los capítulos y los complementé con información de internet. No sólo supe cómo acabó la serie, sino que escribí un relato breve en el cual Haru (como Lady Armoroid) y

yo (como Cobra) protagonizábamos el capítulo titulado: Epitafio en el mar profundo. De ese escrito, irrisorio por lo primario, sólo conservo el final.

■
■
■

...ahora hay otra mujer, igual o más hermosa que la del yate. Tengo el brazo izquierdo herido con una flecha. Está inutilizado: la psicoarma también. La mujer me cura. Casi me obliga a levantarme de la cama y me pide que la abrace. La beso y siento su cuerpo delgado pegado al mío. Me dice que he caído en la trampa, pues la curación es un veneno. Hundo un botón y escapa volando en una cama que es una pequeña nave espacial. El faro asciende y yo alcanzo a oírla diciendo que al llegar a los diez mil metros el faro explotará. Yo sigo mareado, medio sordo, atontado. El faro revienta. El vacío me traga, me hala hacia la garganta de la muerte. Entonces apareces, brillante y metálica como siempre. A salvarme. De nuevo volvemos a estar juntos. Cobra, el Quijote, y su escudera Lady Armoroid.

Piloteo la nave. Te cuento esta última aventura. Hasta ahora me doy cuenta de que tu rostro se vuelve hierático y triste cuando menciono los detalles eróticos vividos con otras mujeres. No sé si sospechas que, aunque algunos son reales, otros son invenciones con las que sólo busco llamar tu atención.

■
■
■

Me costó trabajo al comienzo, pero a medida que fui escribiendo, me entusiasmó probar en la práctica y no como un remedo, ese rol que me correspondía desempeñar al estar con Haru. Ese tan distinto a mi otro yo, el yo más o menos real y que en parte tampoco me correspondía del todo: Rob, el novio de Frida.

Te digo, mi amigo, comenzaba a darme cuenta de que Haru parecía ser la trasposición anatómica del amor ideal. Y ya que te hablo de trasposición, debo decirte que durante ese proceso de escribir me di cuenta de una de esas contradicciones en las que incurren algunos narradores: por un lado, pretenden que sus cuentos o novelas sean piezas similares a “la realidad”; pero por otro, utilizan mecanismos de enlace entre los principales momentos de la narración, a todas luces ajenos a la vida real. Si tú escribieras mi historia con Frida, mi amigo: ¿justificarías al dedillo los motivos que tuvo ella para fijarse en mí?, ¿o las razones por las cuales accedió a que yo tuviera una relación paralela con Haru? Siempre, mi amigo, la gente que iba por ahí tratando de hallarle una razón a todo me pareció tanto aburrida como

sospechosa. Como si el misterio y el abono más importante del universo no fuera el azar, como si la vida fuera una telenovela, un cuento o una película en la que cada cosa sigue a la otra y cada pequeña parte está relacionada con el todo, como si los verdaderos rectores de todo a nuestro alrededor no fueran la incoherencia y el absurdo.

Frida y yo retomamos lo del bagre. Al no conseguir taxidermista bueno y barato, propuse averiguar con la Silla Coja y Clocló, dos indigentes de la Cachacal, amigos de Frida. La Silla reunía casi todo aquello por lo cual se discrimina a un ser humano: homosexual, feo, pobre, drogadicto, cojo, ladrón; pero, según Frida, era “la mujer” más interesante que había conocido. Barba de varios días, vestidos escotados para mostrar parte de unas tetas fabricadas con papel periódico, nunca le faltaban bolsos chinos ni collares, que robaba o cambiaba por cualquier cosa en los ventorrillos del Centro. Clocló, por su parte, era como decía la Silla: la ternura bañada en bazuco, patraseao, marihuana o alcohol metílico. Decían que había sido niño genio y ambientalista de extrema, y que tras naufragar en estudios sobre fractales y en la comprobación del efecto mariposa se adentró en los mares de la cocaína y jamás volvió a encontrar sus costas. Bizco y medio barbudo, vestía pantalonetas cortas, sandalias, camisetas ceñidas y siempre andaba con un matamoscas en el cinto. Ambos se ganaban la vida reciclando por los alrededores de la universidad. La primera vez que los vi, caminaban agarrados de la mano y creí que eran amantes. Frida me aclaró que sí eran pareja, pero una en la que Clocló asumía el papel de hijo bobo y la Silla Coja el de mamá concupiscente.

La noche que fuimos a buscarlos salían de una tienda. Peleaban.

—Perdiste toda la plata. Te la jugaste en maquinitas —increpaba la Silla a Clocló.

—Mentirosa, Sillita mentirosa. Clocló sí gastó. Apenas limosnas, no plata de vidrios ni cartones —respondió Clocló con pícara vergüenza.

—¡Irresponsable!, debiste gastarlo mejor en la ruleta o en una botellita de ron blanco —gruñó la Silla.

Cada vez que me veían llegar a la Cachacal, me recibían con jolgorio. Yo los toleraba sólo de dientes para afuera. Nunca fui capaz de confesárselo a Frida. Pensaba que se ofendería. Yo les llevaba frutas, panes o les daba unas monedas. Así lograba que Frida tuviera “cierta imagen” de mí y también desembarazarme de ellos en forma rápida.

Esa tarde, a Clocló se le dio por insistir que en Curramba también había un par de Torres Gemelas.

—Míralas, mírelas, míralas arquitecto, mírelas —decía, y señalaba las dos torres de la catedral de San Cosme y San Damián apuntando a una luna blanca y reseca que anunciaba la llegada de la noche.

—No lo jodas —lo increpó la Silla y, al tiempo, me dio un beso en la mejilla con sus labios rodeados de pelos. Yo me cocinaba en asco, pero sonreía hipócrita.

Tal como en otras ocasiones, Clocló se enojó:

—¡Silla mala, no besar al arquitecto! No besar. Él es de señorita. Señorita Frida!

Y antes de dejarme, la Silla me abrazó con más ímpetu, Clocló se fue rabioso a una esquina y yo deseé un baño para quitarme la mugre de encima. Frida se fue a consolarlo y yo hablé con la Silla. Le expliqué con detalle el favor que necesitábamos; y ella, chisposa como siempre, nos llevó al Hospital Central, a unas diez cuerdas de la Cachacal, para hablar con uno de los trabajadores de la Morgue.

El tipo se hurgaba los dientes recostado en una puerta. Parecía un ratón mojado.

—Vea jefe eso está como difícil —dijo. Sus ojillos aviesos revoloteaban, y su mirada saltaba sin descanso de sus manos arrugadas a los extremos del callejón donde nos recibió y de ahí al rostro de Frida—. ¡Ojo!, aquí están llegando, palabras más palabras menos, entre trece y diecinueve clientes diarios, difuntos, cadáveres, digo. Esto pasa *full*, ve —de repente bajó la voz

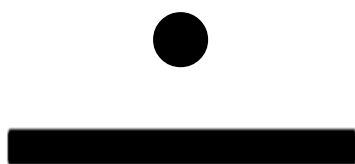
y miró a los lados—. Mucho sindicalista, mucho paramilitar, mucho guerrillo, mucho narco, mucho politicucho, mucho vago. Esto está muy descompuesto. Yo no sé cómo ustedes andan por aquí, como si nada. Ustedes se ven como gente seria, pero van con este roba bolsos y con éste reseco cazabichos —Clocló puso posición de karateca— ¡Ojo!, cualquier día de estos les dan bala, los mandan al barrio de los acostados, a ellos y a ustedes. Perdonen los señores, pero ¿ustedes no me estarán poniendo una conchita, no serán sapos del gobierno? El plomo, el plomo se mueve más que un bailarín de salsa. Yo quisiera colaborarles, yo les podría arreglar el bagrecito, pero les digo que el formaldehído está escaso. Aquí llega mucho difunto, todos los santos días. Y el formol no alcanza. Y si se consigue el precio está por las nubes. Esto está bravo. Ustedes dirán.

El tipo pretendía cobrarnos un precio estratosférico. Regresamos al apartamento con el rabo entre las patas. Sin embargo, no puedo negarte que me satisfacía compartir aquellas aventuras —o desventuras— junto a Frida. A pesar de todo, me sentía muy bien a su lado.

En la madrugada me desperté al oír varios golpes secos. Frida no estaba junto a mí. Alguien tocaba en la puerta principal del apartamento. Por un momento me desesperé. Me levanté y al salir del cuarto casi choco con Frida, que salía precipitada de la habitación frente a la suya, la de la puerta azul. Me tranquilicé un poco. Oímos un lloriqueo. Fui a la entrada del apartamento y abrí. Era la Silla. Buscaba a Frida para que lo ayudara con Clocló. Los tres bajamos a la calle. Clocló enarbolaba su matamoscas, manoteaba con él y corría de un lado a otro como si las burlas de los miserables que lo veían fueran perros rabiosos a punto de agarrarle la pantorrilla. Según él, de no acabar con la mariposa anaranjada que veía en su delirio, el aleteo provocaría un huracán que desaparecería la totalidad de las islas del Caribe.

En ese momento, mi amigo, pensé que Clocló era un pobre idiota más. Una suerte de retrasado que no le era necesario al mundo. Y te seré franco, si llegué a sentir esa náusea de

humanidad, tal vez no fue tanto por él mismo, sino porque de muchos modos, yo me veía reflejado en él.



Desistimos de montar la réplica del tiburón y el fin de semana Frida me convidó a ver una película en su apartamento. Nos sentamos en el sofá. El protagonista de El club de la pelea se trompeaba con su alter-ego y Frida estiraba y recogía un mechoncito de su cabello, negro y con un mechón púrpura. Halaba con la vista una lejanía que se estrellaba contra los vidrios de la ventana como pájaro desorientado. Se distraía con nada, se levantaba resollando a causa de la gordura, caminaba un poco y luego se hundía en el sofá hasta que los resortes eran incapaces de quejarse.

Al final de la cinta, cuando se derrumbaban uno tras otro varios rascacielos, cometí un desliz. Una imprudencia, nimia en apariencia.

—¡Uaaaaaaoooo —dije, y golpeé con el talón las baldosas del apartamento de Frida—, qué tal que éste edificio se deshiciera tal como esos, Haru!

Haru, dije. Haru. Y aunque las letras de ese nombre aletearon en la sala por una fracción de segundo, su resonancia fue suficiente para estremecer a Frida.

Ella dejó de estirarse el cabello, trató de levantarse del sofá y el blanco de la cara se tornó rosáceo. Apenas se paró fue a la cocina, se sirvió tequila, y se sentó frente a la barra comedor, de espaldas a mí. El silencio entre ambos fue el mismo que ronda en un circo cuando un acróbata camina en la cuerda floja.

—¿Cómo así que Haru? —inquirió con tono gélido y sin variar su posición. Ahora, ¿no sabía Frida lo de esa relación, no fue a instancias suyas que conocí a Haru? Estuve tentado a restregárselo en la cara, pero no me atreví. Sin embargo, me disculpé porque, a fin de cuentas, llamar a alguien por un nombre ajeno es de mal gusto.

—Explícame, Rob —dijo con una pasmosa suavidad. Bebía el tequila como si fuera agua.

Fui hasta ella y, al saberme cerca, golpeó el vaso sobre la barra, cogió la botella, bajó de la silla, me evitó y se dirigió hacia la cerámica de la Cultura Alzate. Me habló, sin dejar de beber y jugar con la estatuilla:

—Dime por qué diablos la mencionaste. Dímelo, Rob.

Las venas en las sienes se tornaron violeta y parecía que una hilera de escarabajos se deslizaba a través de ellas. La amargura se le ramificaba en la frente, las mejillas y la barba, y se le concentró tanto en ojos, nariz y boca, que los convirtió de un momento a otro en una maraña atiborrada de colores.

Yo no tenía palabras, mi amigo; o sí las tenía, pero era incapaz de confesarlas. Además, mi lengua era una esponja embutida en la garganta y mi conciencia un carbón encendido.

—¿Estás viendo éste muñeco? ¿De verdad crees que pertenece a una cultura precolombina? Pues no. Es falso, un objeto tan mentiroso como tú. Con copias como ésta, un campesino de apellido Alzate engañó a unos brillantes arqueólogos internacionales, ávidos de retener y descifrar los misterios del trópico —sentenció irónica. Volvió la cerámica a su sitio, puso el tequila a un lado y de súbito comenzó a desnudarse.

Al terminar me dio la espalda y caminó hacia la alcoba de puerta azul, abriendo y cerrando los innumerables huequillos en nalgas y piernas. Dio un portazo y yo pegué la cara a la puerta y de nuevo le ofrecí excusas. Desde adentro, me gritó entre lágrimas:

—Recuérdalo. Te advertí en la carta que ella debía ser una puerta. Una para entrar de vez en cuando y salir siempre.

—Es absurdo todo esto. Si lo que te importa saber es si tengo un interés sincero en ella, la respuesta es no.

El ruidillo de una máquina surgía de la alcoba.

—Te dejé claro que no debías amarla —me recordó.

“¿Cómo? El acuerdo consistía en que si algo así ocurría, simplemente mi relación con Frida terminaba. No que no debía enamorarme”, pensé.

—Por favor, sal, no confundas las cosas. Sólo mencioné un nombre —le dije.

¡Ay, mi amigo! Yo hablaba y hablaba, pero sentía que cada palabra pronunciada era más falsa e insulsa que la anterior.

Me recosté en el sofá con el cráneo a punto de regurgitar el cerebro, cuando Frida salió de la habitación con un diminuto interior y un sostén de encajes, ambos negros. Cada pieza amenazaba con reventar a causa del torrente de carne y grasa. Traía el rostro cubierto por un maquillaje rosado pálido. Aún así, los pronunciados colores del fondo se entreveían bajo la pátina. Además de haber utilizado delineador para subrayar sus ojos y fingirlos rasgados, traía una peluca de cabellos cortos, negros y lisos, y la boca tachonada de rojo escarlata. Una impostura de Haru con una espléndida narizota. Un grotesco monigote salido de un cerebro perverso. Si alguno hubiera querido describirla o utilizarla como personaje de una novela jamás habría logrado hacerla verosímil.

—¡Ahora sí te enloqueciste! —vociferé, entre remordido y abochornado.

Ahí ardió Troya.

—¿Loca?! Loca estoy por ofrecerte este *performance*, esta obrita de teatro. Así que relájate y disfruta, porque apenas termine le vas a hacer el amor a tu Haru —y se señalaba el pecho con el índice. Encendió la música, fue por la botella de tequila y como poseída por el mal de San Vito empezó a bailar, llorar y beber, con un ritmo que hacía olvidar sus casi 120 kilos.

La peluca se le corrió, le cubrió parte del rostro y bajo ella se vislumbró una cabeza rapada a la brava. Bebía, lloraba y bailaba. Lloraba, bailaba y bebía.

—¿La pasan muy bien cuando están juntos?, ¿te gustan sus besos?, ¿te hace cosas ricas? —gritaba y bailaba al tiempo.

—Vamos, ven. Tú vas a ser el protagonista de esta obrita de teatro. Aquí tienes a la japonesa, mírame, yo también soy japonesa, soy una *geisha*, mira, una *geisha* —decía, remedando la voz de Haru.

—¿Cómo te llamas cuando estás con ella?, ¿cómo te dice?: Hola Fab querido, hola Cobra, mi nombre es Haruka, te cortaré en rodajas y te comeré como un sushi —vociferaba, y bailaba aún cuando la música había cesado.

Me levanté del sofá y estuve tentado a darle un par de cachetadas para aplacarla. Ella contrajo el rostro, reventó la botella contra el suelo, abrió los brazos y la creí rendida. Me acerqué, la abracé y entonces me rastrilló la espalda con las uñas. La solté y pisé un vidrio al tratar de desembarazarme. Al levantar la pierna me lanzó de nuevo al sofá y entre carcajadas me disparó cuanto libro encontró. Yo apenas podía protegerme con los brazos. Cuando reaccioné, ya ella estaba encaramada sobre mi pelvis. Se movía en círculos o hacia adelante y hacia atrás y me pedía que le hiciera el amor. Aunque sus manos gordas presionaban sin éxito, pues yo alcancé a apretarle las muñecas, me sentía como Jonás a punto de ser engullido por la ballena o como un indefenso Robin en manos del Guasón.

—¡Vamos, bésame pequeño Fab, bésame escritorzuelo! —gritaba sin tregua— ¡Reviéntame con tu psicoarma, Súper Agente Cobra! ¡Dime quién eres, dime quien eres Fab!

Y sí, mi amigo, le seguí el juego y le respondí lo que ella quería escuchar.

—Soy Fab —dije yo. Con todo el peso de su cuerpo bamboleándose encima de mí.

—¡No, dime que eres Fab Morvan! —gritó ella.

—¡Soy Fab Morvan! —respondí.

—Ahora dime que eres Cobra, el pirata espacial.

—¡Soy Cobra, pirata espacial! —repetí. Y mientras me imaginaba con el cabello rubio, un ajustado traje rojo y una oxidada nave espacial, de repente aflojé la presión en sus muñecas y sufrí una erección al notar que aquel sometimiento me elevaba; me recorría y me elevaba; me recorría y me limpiaba como a las arterias de un adicto rebosante de heroína. Entonces grité con más fuerza:

—¡Soy Fab Morvan, escritor!

— ¿Quién? —gritó ella.

—!Soy Cobra, pirata espacial!

— ¿Quién? —volvió a gritar.

—!Soy escritor, soy Cobra!

—¡Quién más?

—!Soy Fab, el pirata espacial!

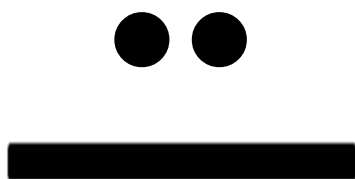
Y a mitad del último grito me pareció que una bandada de canarios me revoloteaba en los testículos y entonces me golpeó una suerte de orgasmo seco. Algo que percibí tan subyugante y temible como masturbarse enterrado vivo.

Al liberarme del conjuro noté que seguía atenazado. Aunque era poca la presión, le hiqué los dedos hasta maltratarla y, cuando soltó un lamento, con el apoyo del cuerpo la empujé hacia un lado. Cayó al piso, se enderezó como pudo y se arrastró hasta alcanzar el pico roto de la botella. Al llegar al otro extremo de la sala tiró del afiche el que resaltaba la mujer morena y semidesnuda. Giró con él, siguió de rodillas y, desleída como un espantapájaros bajo un aguacero, recorrió con el pico de botella el vidrio que cubría el afiche, siguiendo el perfil de las figuras impresas en él.

—Depresión y euforia, Rob... Gauguin pintó este cuadro... saltando de depresión a euforia... antes de empezar a pintar... prometió suicidarse apenas lo terminara... sin amigos... arruinado... su hija más querida había muerto... y él se pudría en vida... en el culo del mundo... al acabarlo se bebió una dosis de arsénico... pero, hasta la muerte... hasta la muerte lo despreció... la dosis fue tan grande que la vomitó completa —dijo ella entre mocos y sollozos.

La amargura le brotó en lágrimas. Intenté levantarme y ella se puso el pico de botella sobre la muñeca izquierda. Me prohibió acercármele. Dos ríos de espeso rímel negro le surgían de los lagrimales, cruzaban sobre su falso rostro, sorteaban el rojo de los labios y estallaban contra el vidrio sobre el afiche. En ese instante comenzó a repetir en voz alta muchas de las

vivencias entre Haru y yo, incluyendo mi carta de respuesta sobre Cobra. También, narró letra a letra un relato que escribí, o para ser preciso, escribió Fab, el otro que yo a veces intentaba ser:



“Yo visité El Salado a los nueve años. Era un caserío bullicioso y ardiente. En cada casa vivía un músico, un decimero o un cuentero; y si no, al menos un radio de pilas conjuraba el silencio. Las noches, por su parte, se rendían a la placidez, y la principal diversión de los vecinos era sentarse en las terrazas de los ranchos a jugar barajas, dominó o parqués a la luz de una lámpara de cera de abeja. Entre partida y partida, los más ancianos narraban historias que, incluso repetidas noche a noche, siempre iluminaban los ojos con nuevas imágenes.

Una mañana de enero, yo jugaba trompo con un chico al que llamaban Tuto y los dos vimos a una multitud correr hacia el cruce de caminos frente al cementerio. En el suelo yacía un hombre desnudo y maniatado. Los curiosos conjeturaban no sólo acerca del tipo de armas con las cuales lo hirieron, sino acerca del bando al que pertenecía. Lo cubrieron con ramas de matarratón y, al rato, tal vez por tanto mirar los ojos sin párpados de aquel hombre o por aspirar demasiado el olor de las hojas que apenas lo tapaban, el mundo fue un pitido amarillo y frío, y cuando desperté el Tuto se reía de mí y su mamá me abanicaba con un cartón.

Mucho tiempo después supe que aquellos restos maniatados habían servido para enviar una primera y desatendida advertencia que, años más tarde, derivó en una masacre de cinco días tras la cual el cementerio no alcanzó para la cantidad de sepulturas.

Esa noche no dormí. En parte por lo macabro del recuerdo y en parte por haber oído de boca de los ancianos el cuento de *La niña*.

Haru y yo llegamos a El Carmen de Bolívar y no tardamos en encontrar al viejo Pascal. Tenía 90 años sobre el rostro, un cuerpo de cuarentón y conducía su *Jeep Willys* como adolescente. Mientras volvíamos polvo el sinuoso camino de herradura que de El Carmen conducía a El Salado, le pregunté dubitativo:

— ¿Crees que podamos verla?

—Quién sabe, joven. Allá casi nadie ha querido regresar. Si la niña está, va a ser lo único vivo que vean, aparte de los animales —respondió Pascal con gesto adusto.

—Ese caserío debe ser como un fantasma —indicó Haru.

—Peor, señorita. Es como un espejismo —replicó Pascal.

Haru no respondió. Nadie habló el resto del viaje. Pascal, sin esforzarse mucho, apenas dijo algo a poco de llegar, después de sacarse la gorra:

—Los tipos nos obligaron, al filo del machete, a cantar y tocar tres días seguidos. A Trino, uno de los tamboreros, se le reventaron las yemas de los dedos y se le desencajaron los hombros. Para castigarlo, los tipos lo llevaron hasta la canchita de cemento. Allí cortaron la cabeza del hijo mayor de Trino y la ubicaron en el punto blanco del penalti. Al hijo menor lo pusieron en el arco y le advirtieron:

—Si tapas el gol, tú te salvas y tu viejo muere; si no, el muerto vas a ser tú.

Fui de los pocos que logró sobrevivir. Me largué de El Salado y más nunca he entrado —nos dijo con tono sereno. Luego le pidió a Haru que le recordara su nombre y, una vez ella respondió, él se puso la gorra.

—A veces la gente se parece a sus nombres, otras no. Le digo con respeto, niña, ese nombre no parece el suyo, pero suena bonito. Si algún día vuelvo a tocar le compongo una canción —dijo Pascal.

Haru le agradeció sin ocultar su incomodidad y Pascal se quedó al lado de una especie de tótem esculpido en madera que marcaba el acceso al arruinado caserío.

Haru y yo comenzamos a recorrerlo juntos. A medida que avanzábamos, a su mirada la fue tensando la melancolía. Las calles llenas de maleza, los pepinillos secos en su enredadera, los techos de palma podridos en el suelo, la boñiga hecha polvo... parecían incumbirle de algún modo. Caminamos mucho. Descubrimos uno de los pozos públicos y al retirarle las hierbas un revoltijo de salamandras fosforescentes huyó de nosotros.

Descansamos al pie del laguito formado por una cascada. Estaba en lo que antes fue un patio grandísimo. Haru trató de enseñarme a identificar cada uno de los distintos sonidos que el agua producía en su recorrido: cuando sus filamentos y burbujas lamían el aire oloroso a orégano, al deslizarse sobre el limo azulado que cubría la rugosidad de las piedras del fondo, al socavar las orillas apretadas de arena y barro con trazas violeta, mientras circundaba los tallos amarillos de las begonias sin dueño...

—El día que vi al muerto, un grupo fue a ver a la niña. No sé si nunca fui con ellos o si fue que de tanto desear acompañarlos llegué a creer que sí ocurrió —le dije a Haru, entre ansioso y afligido.

—Esas cosas pasan. El tiempo sólo deja dudas. Habitamos en un ilusorio limbo del que sólo se desgajan recuerdos; y los recuerdos no son más que eternas ficciones. Somos lo que a cada instante vamos dejando de ser —respondió Haru, como pensando en un lugar que para mí habría sido imposible alcanzar.

Ella se abrazó a mí cuando escuchamos un silbido ronco.

—Debe ser el viento —dijo. Pero yo sabía que era la música de una chuana. Esas flautas indias con cabeza de cera y cuerpo de cardón.

Estaba oscuro cuando llegamos al cementerio. Nos sentamos cerca de la entrada, sobre un promontorio de hierbas y tierra, bajo las ramas moribundas de un caracolí. Nos rodeaba un frío puntiagudo, el escozor de las estrellas, y quizás cierta vergüenza por sentir que desempolvábamos un viejo secreto. Creo no exagerar si digo que nunca me sentí tan ligado a alguien como esa noche lo estuve con Haru. Éramos apenas ella y yo en medio del silencio, abrumados por la soledad y el olvido, reducidos por un rescaldo amargo que a ambos se nos filtraba por los ojos. Permanecimos unidos, ella con los cabellos sueltos y yo con la mano en su vientre.

La noche se deslizó entre las ramas del caracolí y el ritmo pegajoso con el que arreaba las estrellas por poco arrastra nuestra vigilia. Alrededor de las once y media, cuando ya casi desistíamos de seguir esperando y acompañados de nuevo por el lamento de la chuana, apareció la niña. Haru se despabiló. La niña caminaba con tranquilidad a través de las tumbas derruidas del cementerio, sobre las viejas dunas que cubrían la muerte y a través de los matorrales que pugnaban por ocultarla para siempre. Estaba descalza e iba vestida con un traje blanco de lazo y encaje. Era india, con cabellos lacios hasta el hombro, piel trigueña y mate. Llevaba en sus manos un ramo de veraneras, en su sonrisa la señal de un dolor antiguo y transmitía un aroma indescifrable: Haru evocó un jardín de camelias húmedas; yo rememoré el sabor del ajonjolí tostado...

Antes de volver a El Salado concebía a la niña como una de aquellas apariciones que merodeaban en los caminos de las zonas rurales del norte del país y hoy día ya se han extinguido. Esa noche, al verla navegar en la penumbra, descubrí que lo terrible de ella era el misterio de su realidad: una vitalidad extranjera en un reino gobernado por la muerte.

Pasó frente a nosotros, y vimos a sus intensos ojos de melaza completar la luz que le faltaba a la luna. Entonces Haru se unió aún más a mi cuerpo, encogió un poco las piernas y pronunció unas palabras que nunca olvido:

—Si fuéramos personajes de un cuento o una novela, ésta niña nos estaría imaginando.

Haru y yo coincidimos en que antes de causarnos miedo o repugnancia, fue ternura lo que su paso sembró dentro de ambos.

Una mujercita hermosa y silente, como de unos cinco años, a la que vimos alejarse por uno de los estrechos caminos de la encrucijada frente al cementerio, hundiendo sus pies desnudos en la arena oscura, hasta el siguiente veinte de enero, del próximo año bisiesto”.

Frida terminó de hablar, de narrar lo que yo, lo que Fab había escrito. Estaba algo ronca. La peluca negra en el suelo, uno de los senos colgando fuera del sostén. La piel babosa. El rostro como un borrón. Un insoportable olor a queso.

—Júrame. Júrame que no te estás enamorando de ella —insistió.

Yo volví a responderle que eso no era ni sería posible. Frida hizo rodar el pico de botella sobre el piso y preguntó:

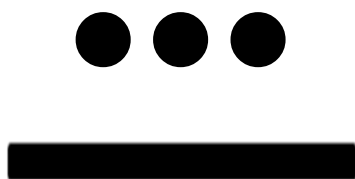
—¿Dime, cuándo estuvieron en ese pueblo?

Quedé alelado. Un hecho figurado, del cual apenas sólo una parte era verdad, parecía haberse vuelto real.

—Eso nunca ocurrió, te lo juro. Eso fue sólo algo que inventé, que escribí, después de haber estado en El Embudo, en una exposición de homenaje por los once años de la masacre de El Salado. Sí, Haru me acompañó, es cierto —le dije con desgano, con los ojos cerrados.

—No te creo, no te creo nada. Soy una gorda miserable. Un mamarracho estrambótico. Un payaso sin gracia. Jamás me vas a perdonar —gemía, sancochada en su desgracia.

En eso oí unos golpes agitados en la puerta del apartamento. Ayudé a Frida a levantarse. La vi entrar a su alcoba, maltrecha y desencajada. Tuve unas fuertes ganas de abrazarla, pero me contuve.



La Silla Coja era quien tocaba. Demacrada, casi sin poder articular palabra, vestía sostén y una minifalda con estrellas plateadas. La invité a entrar y le ofrecí agua. Acabó de beber y me miró con recelo, tal vez al notar el desorden en mis ropas y en el apartamento.

—Es Clocló... está en problemas —me dijo en tono de súplica.

Le avisé a Frida y me adelanté con la Silla. Una vez abajo, me estremeció ver a Clocló detrás de una de las gárgolas esquineras de la catedral de San Cosme y San Damián. Estaba encaramado el punto en que una de las esbeltas torres se transforma en una pirámide, que se estira hasta que su cúspide se trunca y pasa a ser un campanario sobre el cual descansa otra torre mediana, que acaba en una cruz de concreto tan alta como un hombre.

Había un tumulto pendiente, y algunos comentaban:

—¡Carajo, el Clocló no quiso esperar los carnavales!

—Que corran las apuestas. Cae o no cae esa papayita: 10, 9, 8...

—¿Y ahora con quién se quedará la “viuda” Coja?

Lo llamé varias veces por su nombre y le grité que bajara. Él tomó un trago y al ver seca la botella la arrojó al vacío. Tras quebrarse en una columna, las esquirlas formaron una lluviecilla de vidrios que irisó por un instante la tarde. Miró hacia abajo, y con manos y pies empezó a subir por las salientes de una de las aristas de la pirámide hasta alcanzar el campanario.

Frida apareció. Los ojos llenos de hilillos de sangre. La cara lívida; y una nariz en la que vi el reflejo de mi cuerpo, disminuido y distorsionado. Me indicó con una negación de cabeza que no continuara llamando a Clocló.

—Ya llamé a los bomberos —dijo. En su aliento el tufo del tequila estaba intacto. Se llevó las manos a la boca, formó un cono y le gritó a Clocló, con la lengua medio enredada, que esperara.

—No soy culpa. Culpa de quien vendió vestido de Hombre Araña. Culpa no mía —exclamó él desde lo alto y comenzó en vano a disparar telarañas a diestra y siniestra, tal como el verdadero *Spiderman*. En su caso, sabíamos, no para recorrer la ciudad pegado a las paredes de los rascacielos, sino para atrapar a la imaginaria mariposa anaranjada que le rozaba la cabeza con las alas.

—Mariposa, bruja, no se deja, viene el huracán, no hay telaraña, no hay, no hay —berreó, y el alarido de los espectadores puso a aullar a los perros en varias cuerdas a la redonda. Clocló rió a carcajadas, quizás al notar su propio susto o el de los que estaban abajo. Subió desde el campanario hasta la torre más pequeña, de ahí a la cruz y se abrazó a ella.

La Silla Coja, ya más calmada, nos contó:

—Desde la mañana, Clo insistía en que hoy era día de las brujitas. Clo quería disfrazarse. Le dije que para eso faltaban varios meses. Pasó el medio día y lo encontré cubierto con trapos rojos y azules y un gorro con los mismos colores. Él me dijo que era el Hombre Araña y que iba a subir las torres gemelas para cazar a la mariposa. Yo no le puse atención. Lo volví a ver hace un rato, cuando me avisaron que estaba encaramado en la catedral.

¡Ay, mi amigo! Me prometí ser sincero y lo cumpliré: la verdad me causó mucha amargura el ver a Clocló allá arriba. Verás, ¿no era mejor que se cayera de una vez por todas?, ¿que pasara a mejor vida un chiflado que apenas le importaba a otro chiflado casi en las mismas condiciones que él? Sí, eso pensaba, pero terminé actuando como si pensara lo contrario. Y no fue por altruismo, por solidaridad ni por ninguna de esas bobadas. Creo que en parte me atreví porque si intentaba rescatar a Clocló, cualquiera fuera el resultado, ganaría unos puntos con Frida y nos reconciliaríamos más pronto; y en menor medida, para ser franco, porque algo en él me producía compasión.

—¡No sale nada, no sale telaraña, no pegan las manos, no pegan en muros, no pegan, no pegan, mira, mire! —Y Clocló ponía y quitaba el dorso de la mano del horizontal de la cruz. No

sé en qué momento ya estaba yo subiendo por las caretas metálicas que protegían las largas ventanas de la base de la catedral.

Sudoroso y descamisado coroné la primera. Ahí me quité las sandalias, pero fue peor, los hierros en que me apoyaba estaban delgados y carcomidos. Sucio y adolorido, coroné la segunda. Con dificultad alcancé la columnilla de una baranda, como a veinte metros del suelo. Me colgué a ella, me mecí a lado y lado y mientras de reojo noté el vaivén del tumulto sobre calles y andenes, alcancé a meter la punta del pie derecho entre dos de los fierros. Con los músculos estirados logré superar esa primera baranda y alcancé la base de la torre. Reposé un instante y la recorrí con la vista desde abajo hacia arriba, hasta encontrar las siluetas de las gárgolas perfilándose en el cielo.

—No me bajo. No bajo hasta que salga telaraña —seguía gritando Clocló, y sus palabras se perdían a veces a causa de la borrachera y otras por fuerza de la brisa. Por mi parte, yo, la versión currambera del Súper Agente Cobra, temblaba.

Me enfrentaba a dos elevadas ventanas ojivales. Fui escalando por las salientes y las entrantes. Aproveché las filigranas de las protecciones metálicas. “Si Clocló había podido llegar hasta lo más alto, yo también podría”, pensé. Me detuve un momento y alcancé a ver a la Silla Coja. Minúscula, escondía la cara en el pecho de Frida. Había llegado más gente. Continué mi camino. Me sentía soberbio, poderoso. Clocló comenzó a cantar una canción:

*Cuando ustedes me estén despidiendo
con el último adiós de este mundo*

*no me lloren que nadie es eterno
nadie vuelve del sueño profundo*

Canté con él. El polvo en los intersticios de los muros me obligó a estornudar y dificultó el ascenso. Me detuve bajo un bordillo alrededor de la base de la pirámide. Me incliné hacia atrás, pues sobresalía demasiado, y sufrí un vahído. Cerré los ojos, me acerqué al muro y me sostuve con fuerza en unos calados. Me imaginé como el acróbata del acto central de un circo.

Los que estaban en el piso aplaudían. Me volví a estirar y vi a Clocló intentando disparar telarañas con sus muñecas. Siguió cantando. Lo ayudé con el coro. Me dolían las yemas de los dedos de las manos y los pies. La cara, la espalda y el pecho me ardían por los golpes y arañazos recientes. Ojalá Haru estuviera cerca. Cuán útil sería contar con una Lady Armoroid. “Si yo fuera Cobra ya habría liquidado a más de uno con la psicoarma: a Frida, a la Silla Coja, a Clocló”, pensé.

Sentí la pantorrilla izquierda acalambrada. A casi cincuenta metros sobre el piso, ya no podía subir más. Tenía varias raspaduras en los brazos. Clocló terminó de cantar y habló:

—Hay mucha bruja, mucha mariposa arquitecto. Viniste a las torres gemelas, arquitecto. A Clocló se lo lleva la bruja. La mariposa se lo lleva. Se lo va a llevar la bruja. Hombre Araña no salva a Clocló. No salva, arquitecto. No salva.

No le comprendí. Le dije que me correspondía hablar. Utilicé un argumento sencillo para convencerlo de bajar. Se lo expuse con calma y delicadeza; con un dolor punzante en la nuca y los omoplatos. Le hice varias promesas y lo invité a regresar a tierra, pues la Sillita y la señorita Frida lo esperaban. Se oía una sirena. Un carro de bomberos pasó cerca a la catedral llevando una pancarta que promocionaba los carnavales. Clocló se soltó entonces de la cruz y yo alcancé a ver cómo el terror le colmaba el rostro cuando dio un paso en falso. Me azotó el vértigo. Él miró hacia abajo y empezó a descender de la cima de sus torres gemelas, mientras las personas que estaban en el piso lo alentaban. Yo también lo animé y, como un pulgarcito de 40 años, él encontró el sendero de regreso. Bajó paso a paso por la escalerilla metálica sobre el campanario, se apoyó de nuevo con manos y pies en las salientes de las aristas de la pirámide. Una vez en el bordillo, agachado, asomó la cabeza entre los balaustres de la baranda y trató de asirme por las muñecas. Ahí fue cuando más me aterró: no me había percatado antes de que los dedos medio e índice de su diestra estaban atrofiados. “¿Cómo diablos pudo llegar tan alto?”, me pregunté. Yo le dije que se calmara, que ya pronto íbamos a bajar, y él me respondió:

—Sí, sí. Clocló baja ya. Baja enseguida. Pero no por camino de arquitecto, no. Clocló baja por dentro. Por escalera de las torres gemelas. Por dentro. Por escalera retorcida —dijo él, riéndose.

Sí, mi amigo. Como un pendejo, yo había arriesgado el pellejo subiendo por los muros externos, cuando él había llegado a la base de la pirámide a través de las escaleras de caracol dentro de la catedral. Entonces me estiré, hice un esfuerzo, quise colgarme del bordillo, pero fue imposible. Hecho un guiñapo, me tocó volver a arriesgarme y devolverme por el mismo camino y de la misma forma que subí.

Al llegar al piso ya la noche se abría paso. La Silla Coja reprendió a Clocló y le dijo que era un niño tonto y borracho. Él lloró, confesó que había perdido su matamoscas, pidió perdón y también otra botella de ron. La brisa hacía revolotear el improvisado turbante en la cabeza de Frida y las telas fragorosas del vestido que traía. Había recuperado un poco el colorido de su rostro. Una vez los indigentes que me alzaron en hombros me pusieron en tierra, ella se me acercó, me abrazó y me dio un beso suave.

—¿Cómo lograste que bajara? —preguntó.

—Fue sencillo —respondí—. Le hice notar que aunque vestía trapos rojos y azules, éstos no correspondían al disfraz del Hombre Araña.

—¿Sino? —continuó ella.

—Pues al de Papá Pitufo —afirmé yo.

La Silla Coja apartó a los curiosos que me palmeaban la espalda y se me colgó en el cuello. Acto seguido le quitó a Clocló el gorro que traía puesto y me lo puso en la cabeza. Me guiñó el ojo y me dijo:

—Tú si eres un héroe de verdad verdad.

Luego se fue con caminado entrecortado y rodeada del centelleo de su tanga de estrellas hacia el andén donde ya Clocló empinaba otro trago. Frida los llamó, los condujo hasta la tienda, compró comida y otro matamoscas, y le recordó a la Silla que la Mujer Maravilla (ese era el disfraz que vestía) no tenía bigotes.

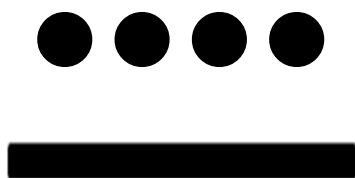
Frida y yo regresamos a su apartamento.

—¿Qué fue todo ese *show* que armaste? —pregunté— Estabas fingiendo, ¿cierto? —Ella respondió con otra pregunta.

—¿Crees que hay poder humano capaz de ultimar un historial de celos femeninos de más o menos 15 millones de años? —suspiró—. Eso es como pretender que Camila Parker gane *Miss* Universo. Aunque con Donald Trump, todo es posible —rectificó—. Sin embargo, ya sabes que las apariencias engañan. Sea que mis celos hayan sido ciertos o simulados, no te confundas; de cualquier modo no se trataría de amor, tal vez de principios. Si quieres, de estúpidos principios femeninos. Pero ya tendremos ocasión de volver a hablar de ello. Ahora prefiero estar sola —me dijo en el umbral de la puerta.

Acepté y fingí irme. De repente salió. Me entregó la libreta donde yo anotaba los pormenores de mis vivencias junto a Haru y los pedazos de las hojas donde estaba escrito lo de El Salado. Me miró con cruel satisfacción y yo apreté la libreta y los restos de las hojas. Sentí heladas las pantorrillas y caliente el paladar.

—Las cosas que desconoces son las que cambiarán tu vida —fue lo último que me dijo esa noche. Cerró la puerta y con el golpe tembló la lámpara que medio iluminaba el pasillo. Nervioso y dolorido me senté a armar pieza por pieza las hojas. Al terminar, los restos de un silencio roto se desgajaron por los muros, por las escaleras, por el foso del ascensor, gracias al estruendo de las carcajadas que se escapaban del apartamento de Frida.



No imaginas lo jodido que me sentí después de ese patético espectáculo. Por un lado, no sabía si todo lo que Frida expresó fue sincero, o si era, como mencionó en algún momento, un *performance*, un montaje a través del cual se burló de mí. Por otro, la rabia y el resentimiento me carcomían como el óxido al cascote de un barco encallado en una playa. El odio, mi amigo, ese que no necesita demasiado abono para brotar.

Fíjate que tras darle la cara al mundo siempre tardamos para expresar la risa y la alegría; mientras el odio —o la rabia, si quieres— es el primer sentimiento que incubamos. Quizás se forja mientras nos obligan a abandonar la tibieza del líquido amniótico, crece cuando nos nalguean para confirmar si estamos vivos o muertos y se afianza al no recibir a tiempo la teta de nuestra madre. Y si un rasgo curioso tiene, es que entre más lo experimentamos más aviva nuestra dependencia de la persona odiada.

Ahora bien, como quiero serte franco, debo decirte que aunque en ciertas ocasiones aborrecía a Frida, o quise romper con el convenio y largarme sin explicaciones; algo en ella había comenzado a interesarme. Ya te mencioné los beneficios que me prodigaba su celebridad; ahora te contaré algo más. Tras haber vivido bajo el cómodo y adormecedor amparo de las normas (legales, religiosas... Las que sea), más por mediocridad que por un sincero sentido de la obediencia, estar con Frida era mi manera de romperlas. Sí, mi amigo, ella era algo así como un monigote a través del cual yo conjuraba mi inercia y mi frialdad. Tal vez, ella había comenzado a cumplir la misma función de Carla Bruni para Sarkozy, de Borges para Bioy Casares o del guepardo con el que se paseaba Dalí por los restaurantes de New York. Ella, para exponértelo de la manera más clara posible, era una extravagante obra de arte con la cual yo le enseñaba el dedo medio a los demás.

También, si piensas que en esa aceptación... que en ese acatamiento había algo de masoquismo, seguro no estarás del todo equivocado.

Mucho, mucho tiempo después, mi amigo, cuando ya la demencia comenzaba a recorrermme —o yo fingía que comenzaba a recorrermme— llegué a comprender que además del tal convenio entre ambos, la causa de mi espuria dependencia de Frida era tan simple como poderosa: yo lograba existir a través de ella.

Estuvimos un par de días sin hablarnos, y al tercero, sin más, se me acercó para proponermme replicar la instalación Cama sin hacer. Una cama en desorden a cuyo alrededor reposaban medias veladas, cajas de cigarrillos, una botella vacía de vodka, tampones, condones usados, ropa interior con sangre de menstruó y otras cosas más. Un símbolo de la libertad y las limitaciones a las que el hombre se ve sometido a lo largo de toda la historia, leyó Frida en una página web, y yo no encontré la relación por lado alguno. El montaje fue un fracaso. La gente pasaba de largo y no decía un carajo. No demoramos ni una hora en la plazoleta de la facultad.

Frida no desistió, se le ocurrió entonces ir en busca de algo más salvaje y la alternativa fue replicar otra instalación. Una en la que se encadena un perro callejero en la esquina de una sala de exposiciones, en cuyos muros está escrita la frase *Eres lo que lees*, con comida canina. El montaje incluía, además, la prohibición de alimentar al animal, hidratarlo o liberarlo de su desgracia.

Según Frida, el autor quería protestar porque en Costa Rica o Nicaragua unos *Rotweilers* destrozaron a dentelladas a un tal Natividad Canda sin que los testigos hicieran algo para impedirlo.

—En cambio, nuestra réplica será una metáfora viva sobre la indiferencia —indicó ella—. Con eso vamos a callarle la boca a Eve y a otros tantos que nos critican.

Buscamos a la Silla Coja y a Clocló para que nos consiguieran el perro. La Silla se entusiasmó con el asunto, pero Clocló nos respondió irritado que él estaba de vacaciones. Frida

trató de convencer a Clocló de que al perro no le ocurriría nada malo. Él no quiso escuchar razones.

—Perro yo. También yo perro, flaco perro —repetía, y se estiraba los arrugados y sucios pellejos sobre las costillas. La Silla nos guiñó el ojo para señalar que algo haría.

Como te dije, estábamos salados de remate. Imagínate, la noticia del perro se filtró y de inmediato varios amarillistas del diario local, El Mercurio, nos apuntaron con sus plumas. El conocido Anacleto Cienfuegos entrevistó una noche a Frida en su programa de Telecurramba. Al día siguiente, el auto de ella apareció destrozado en el parqueadero de la U con un recuerdito pintado en aerosol: Con amor, para la perra asesina perros.

Por dónde íbamos aparecían los de la C.I.A. —el Consejo Internacional Animalista— armados con cadenas y acompañados por una jauría de dobermans; los del Partido Verde montaron una huelga de hambre en la cafetería de la Universidad (era un secreto a voces que la pasaban con chicha de maíz y hamburguesas vegetarianas de *McDonald's*); los de la Alianza Zoofílica distribuyeron, por internet, fotomontajes en los que Frida y yo aparecíamos sodomizados por mulos. La fresa sobre el helado fueron las amenazas de muerte enviadas por Las Águilas Negras al correo electrónico de Frida. Al principio creímos que se trataba de otro grupo ecológico, pero no, era una nueva banda criminal formada por antiguos paramilitares y narcos, desmovilizados tras los acuerdos de paz con el gobierno del Ubérrimo. Frida ni se inmutó.

—Siendo así, entonces con más razón la exposición se debe hacer —dijo. Y la diarrea no se me paró en dos días.

La mala hora había llegado para quedarse, hasta el Ubérrimo fue víctima de ella. La Corte Constitucional le negó la posibilidad de aspirar a un quinto periodo presidencial y él prometió arreciar la guerra contra LAFAR, en el poco tiempo que le restaba como mandatario.

No había pasado un día y ya el rector nos había citado a su oficina. Nos amenazó con echarnos de la U si insistíamos en lo del perro.

—Doctora, recuerde, usted está recién contratada, aún no acaba su periodo de prueba —le dijo a Frida, y luego se dirigió a ambos—. Y no olviden lo que dice el manual de convivencia sobre las relaciones amorosas entre maestros y estudiantes.

Aprovechamos para comentarle lo de las amenazas y respondió:

—Con el respeto que se merece la izquierda, ese siempre es el argumento que esgrimen sus miembros —se retiró los lentes, su cara de foca se hizo más vehemente y concluyó—: De cualquier forma, en este país todos estamos amenazados de muerte.

Salimos. Frida no ocultaba su rabia.

—En últimas me vale madres cualquier amenaza. Si me echan, me largo a México o a cualquier otro lugar. Ese tipo quiere evitar cualquier escándalo que entorpezca su candidatura para reelegirse como rector —aseguró ella—. Por lo visto quiere seguirle los pasos al Ubérrimo.

Sin embargo, independiente de toda la joda política, el hecho es que ya me estaba fastidiando lo de las réplicas. Frida insistía en el poder y el significado que tenían. Yo, a decir verdad, ya no les estaba encontrando sentido. ¿Qué diversión puede haber en algo que se tome en serio?

En todo caso, Frida le ganó ese pulso al rector. La gente de la UEPA le dio su apoyo, y lideró una jornada de protesta a favor de la libertad de expresión. En el cierre de esa jornada participó Eve, quien dio un soberbio discurso, mientras abrazaba a Frida o levantaba en alto el brazo izquierdo de ella.



En fin, a pesar de las dificultades la exposición se concretó y del perro callejero que nos consiguió la Silla apenas quedó la cadena con que lo amarramos.

Y paciencia, mi amigo, porque se acerca lo mejor. Un día después de la clausura de la réplica, el informativo del mediodía de Telecurramba abrió con otra de esas noticias típicas del país. El Chanchi, el indigente de la Cachacal que en sus delirios se creía rey, aparecía en televisión dando una entrevista:

—Uno de los vigilantes, ya. De la Universidad. Nos invitó pa que entráramos. Dizque había bastante cartón, ya. Y vidrios. Y entonces cuando entramos, ipam, pam, pam! Duro y a la cabeza, ya. Nos levantaron a garrotazos, a mí y al compa que me acompañaba. Y entonces después, ipum, pum, pum!, después nos dispararon, ya. Y nos encerraron en un cuarto. Pero a mí apenas me hirieron, ya. Y yo me escapé. Me encontré un policía, pero el *man* era bueno, se portó como un príncipe, ya. Allá adentro había como siete difuntos, sobre los mesones y en tanques de vidrio, ya. Y eso es todo. Yo creo que a este pecho lo salvó San Pepurrón, ya, sancocho, pepa, puta y ron, ¿sí o no? —dijo, y empezó a llorar.

Al poco rato, La Feria —el semanario sensacionalista— mostró en una edición extraordinaria las imágenes de cuatro de los cadáveres flotando en una alberca de formol, dentro de uno de los laboratorios del programa de medicina de la universidad. Dos parecían sonreír, uno estaba verdoso y el otro tenía los ojos abiertos. Ninguno se parecía a la Silla o a Clocló, pero La Feria anunciaba que las víctimas superaban la docena y que al día siguiente publicaría nuevas imágenes. Verás, sin pensarlo mucho le insistí a Frida para ir de inmediato a averiguar por ellos.

Pasamos por el programa de medicina. Era un revuelo. Nos fuimos a la Cachacal. Como lo imaginamos, era un mercado de lágrimas y desgarros. Nadie nos dio razón de nuestros amigos. Los buscamos como hasta las ocho de la noche y al no encontrarlos nos devolvimos al apartamento de Frida para comer algo. Volvimos a salir y ya las calles estaban desiertas.

Indagamos con los pocos vagabundos que encontramos en los andenes o en los salones de maquinitas, también dentro de la catedral y por los lados del Hospital.

Ya casi a medianoche, alguien nos avisó que a Clocló lo habían visto poco más temprano en El Balcón, el metedero de droga más antiguo y peligroso de la Cachacal.

De verdad estaba preocupado por la suerte de ese par de locos.

Fuimos hasta El Balcón. Lo conformaban varias casonas conectadas entre sí. Avanzamos por pasillos pegajosos y estrechos, nos extraviábamos y repetimos en una nauseabunda oscuridad, rebuscamos sin fortuna en habitaciones ahítas de desperdicios. En eso oímos la música de unos versos. Guiados por ellos alcanzamos un traspatio. En él se reunían por montones: hombres con rostros deformes y piernas de ratón, muchachos con la mitad del cráneo hundido y testículos como papayas, mujeres que se arrancaron la carne a dentelladas al pelear consigo mismas, ancianos con tres gibas... Y los pocos seres “normales” parecían anticristos caídos en desgracia o cuerpos recién resucitados. Casi todos estaban de rodillas, sobre el piso o trepados en los balcones apolillados o en los viejos listones que sostenían la techumbre. Mientras, en las ramas de un gigantesco roble reseco, como racimos de frutos agusanados a punto de reventarse contra el suelo, se agitaban docenas de niños y niñas.

Esos muertos en vida, quizás más muertos que los aparecidos en La Feria, participaban de una liturgia dirigida por María y Magdalena. Un par de ancianas gemelas que compartían la mayor parte de un mismo cuerpo. Siamesas en público y millonarias en secreto, opinaban muchos; curazaleñas o guajiras, creían algunos; brujas herberias o pixidiarias, decían otros; farsantes y proxenetas, unos cuantos. Entre pausa y pausa, María le enseñaba a los presentes unos fetos de perro a los que primero elevaba al cielo, después cortaba en pedazos y luego echaba en un enorme caldero hirviente; mientras Magdalena cantaba con voz de soprano:

*Junto al mar dame el último adiós
porque sólo sabe Dios, si volveré
Pero yo, ¡ay, qué triste me voy!
porque sólo sabe Dios, si volveré
Ya tu pañuelo
se va agitando entre la inmensidad
como bandera de la soledad
que dice adiós...*

Frente a ellos, en el fondo del traspatio, en un muro como de veinte metros de alto por cinco de ancho, recién pintado en cal viva, aparecían garabateados con carbón vegetal los rostros y nombres de los indigentes hallados en la universidad: la Chiqui, el Pali, la Deisy, el Chacarita, el Rabbitomocho, la Sietelenguas...

Los allí reunidos elevaban plegarias a quién sabe qué dios sordo, ciego y mudo, y los últimos restos de sus almas marchitas se evaporaban con el humo y las chispas que ascendían desde los centenares de pipas y cigarrillos, en los cuales parecía quemarse todo el bazuco, el patraseo y la marihuana del mundo.

Allí nos encontró Clocló a Frida y a mí, abrazados, ateridos y arrodillados al despuntar el alba.

—La Sillita está en cementerio. Me dijeron. Sillita en el Cementerio Popular. Me dijeron. Dijo alguien. Sillita brava con Clocló. Yo no quería perro. No quería que Sillita diera perro a señorita Frida. No quería. Perro culpable. Perro, yo —decía él.

—Mejor esperemos hasta que aclare más, puede ser peligroso —sugerí a Frida. No me respondió. Conseguimos un taxi. Tuve que ir con ella hasta el cementerio. Clocló nos acompañó. Frida le dio dinero al celador para que nos dejara explorar.

Buscamos despacio, respirando el tufillo a claveles podridos en el agua espesa de los floreros. En medio de murallas de tumbas o sobre playas de sepulturas en la arena: sin cruces, con cruces, de madera, metálicas, de plástico. Nichos con margaritas, hicacos, rosas, todas

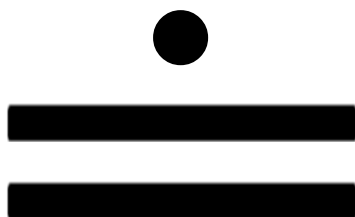
podridas. Lápidas con nombres apenas visibles, Filibertos, Benildas, Eustorgios, Casimiras. Otras de ellas mudas, vacías de identidad, repletas de huesos y secas de recuerdos, muchas de ellas con la marca, casi siempre opaca; otras, algo desconchada, y otras tantas clarísima:

N.N.

Frida se llevó la mano al pecho cuando vimos unos pies cubiertos por unas medias rosa colgando sobre el borde de una de las tumbas. Clocló se desvaneció. Lo atendimos. Nos acercamos a las medias. Dios tiene la costumbre de hacerse el marica con cierta gente, mi amigo. Era un sepulcro doble cuya pared frontal se había desmoronado. En el suelo se veían los nombres de una pareja sobre una lápida de metal. La Silla Coja yacía en medio de los dos ataúdes. De uno, apenas quedaban varios pedazos de vidrios rotos, restos de madera y algunos clavos. El otro, dejaba ver unos huesos amarillos a través del podrido maderamen. La piel de la Silla Coja estaba helada y verdosa, y ella estaba boca abajo, con la cabeza descansando sobre el brazo derecho. Le halé varias veces los pies y no respondió, le arranqué unos pelos de la pantorrilla, y tampoco. Sólo cuando le pellizqué la nalga, reaccionó. Levantó un poco la cabeza y el rostro emergió de las tinieblas del fondo de la tumba y lo rozó un poco de claridad. Al entreabrir los ojos y descubrirme, frunció los labios, me tiró un beso y esbozó una sonrisa. La Silla volvió a dejar caer la cabeza sobre el brazo. Permaneció así unos segundos y empezó a deslizarse hacia atrás, sobre el piso de la tumba. La ayudamos a salir y se derrumbó sobre la blanda y negra arena de un entierro reciente. Volvió a dormir. Clocló sacó su matamoscas y se fue a cazar su imposible mariposa. Sin pensarlo dos veces agarré la cara de Frida y le planté un beso. Luego le cogí la mano y crucé mis dedos con los suyos. Ella me devolvió el beso, pero en la oreja, y me dijo:

—En toda felicidad siempre repta una herida.

La Silla Coja estaba atravesada por la más cruda de las borracheras, pero viva, iviva! Y te juro, lo podría jurar cien veces, mi amigo, no sabes cuánto me alegré de que así fuera.



Ese día, en la tarde, hallamos un sufragio y una corona mortuoria fuera de la puerta del apartamento de Frida. Lo enviaban Las Águilas Negras. Discutimos qué hacer. Pensamos llamar a alguna autoridad. Desechamos la idea. No lográbamos ponernos de acuerdo y terminamos peleando. Frida llamó a Eve y le contó lo que pasaba. Eve nos ofreció irnos por un tiempo a una cabaña suya en Palmar de la Bahía.

Íbamos a subirnos a un bus interdepartamental, cuando Frida cambió de parecer y decidió quedarse.

—Ninguna idea vale un muerto —le dije.

—Esas palabras no son tuyas. Son de Rojas Herazo. Ese viejo zorro no entendía que si un muerto contribuye a que muchos otros estén vivos, entonces habrá valido la pena —replicó, y a mí me pareció que era ella la que repetía palabras ajenas.

Se bajó y seguí con la vista el alboroto de su cabello hasta que desapareció en un andén repleto de vendedores ambulantes. Yo me largué. Caí dormido casi de inmediato. Soñé con una chica que flotaba de espaldas en un lago rodeado de neblina. Soñé con una gallina negra y ciega y con un bebé ahogándose en una bañera. Cuando desperté vi llamas a lo lejos.

—Son los manglares, los jodió la carretera nueva —dijo un pasajero que cargaba un pollo en el regazo.

—Se resecaron y ahora son candela —replicó una señora que amamantaba a su crío. Algo moría para renacer en otro cuerpo. El brillo del incendio se apagaba a medida que se extendía la carretera. Sin embargo, a veces, aunque tenue, yo redescubría su brillo del otro lado de los kilómetros. Como el amor, aquel incendio podía ser tormentoso o minúsculo. Quizás podría ser inmune a un diluvio o, tal vez, apagarse con un simple escupitajo. Fingir, huir, evitar lo incierto, mi amigo. Vivir como un cobarde.

Terminé en la cabaña de Eve. Solo. En Palmar de la Bahía.

La cabaña era amplia, estaba algo sucia y tenía pocos muebles, pero, al menos, contaba con acceso a internet. Lo primero que hice la mañana siguiente a mi arribo fue oír la radio. En una entrevista, el rector y el decano de medicina afirmaban que los cadáveres encontrados en el anfiteatro habían sido adquiridos de manera legal para usarlos en las prácticas médicas, y que si hubo indigentes heridos fue porque habían entrado a robar en la universidad. En sus declaraciones enfatizaron en el historial delictivo del Chanchi —el sobreviviente que denunció los crímenes—, atracador de esquina, vendedor de droga, carterista. Se había fugado tres veces del manicomio y una de la cárcel modelo.

Compré El Mercurio. Por ningún lado mencionaba la masacre de los indigentes. De pronto, me di cuenta de que no había revisado el editorial:

Crimen en la Universidad del Caribe

>> (...) nuestra venerable *Alma Mater*, cuna de distinguidos prohombres que brillan y brillaron en el firmamento del progreso del país y la región Caribe, es hoy día, en contravía de los derroteros a los que ha obligado el advenimiento de un nuevo siglo, escenario de ejercicios marcadamente anti-ambientales.

>> (...) Desde esta humilde tribuna de la comunicación, nos declaramos en contra de los atentados contra la dignidad animal. Experimentos mediocres desde lo académico y cuestionables desde lo estético, relacionados con ese vicio, hoy tan de moda, de copiar el trabajo ajeno.

Presentaban varias estadísticas y citaban una investigación inglesa sobre el plagio universitario. En particular, se referían a:

>> (...) La macabra, inhumana y pseudo-artística exposición en la que se dejó morir de hambre a un perro, la cual no es más que el remedo de un trabajo largamente criticado en una Bienal de Arte Centroamericana.

El editorial terminaba convocando a un foro:

>> (...) En él deberán participar todas las fuerzas vivas de la ciudad, y se discutirá civilizadamente acerca del olvidado tema de los derechos animales. Desde ya, esta casa periodística se compromete a invitar al premio Nobel de la Paz, Mr. Albert Arnold Gore y a demandar del congreso de la República una reforma a la ley ambiental para prevenir futuros desafueros.

De cualquier modo, nunca hay mal que por bien no venga. Porque si una consecuencia de ese viaje fue el distanciamiento con Frida, la otra fue mi compenetración con Haru. Te digo, mi amigo, internet, como José Arcadio Buendía, va más allá de la magia y el milagro. A través de él se puede comprar un bebé, armar una bomba casera o poner a tambalear una candidatura presidencial.

Permíteme un corto desvío. No olvides que para aquel entonces estaba en su furor la campaña para ocupar la presidencia del país. Bien lo sabes, el Ubérrimo no pudo aspirar a gobernar el país por quinta vez, y John Templar —su ex-ministro de Defensa— emergió como candidato. Las encuestas comenzaron a mostrar un descenso constante en su favorabilidad, y los líderes de la campaña iniciaron una labor de desprestigio contra Mockos, el candidato opositor. En la web comenzaron entonces a circular desde los rumores más triviales: Mockos no creía en Dios; hasta los más horrendos: Mockos pondría a leer a todos los habitantes del país. Imagínate, si ya viendo telenovelas venezolanas teníamos en promedio cuarenta y cinco asesinatos diarios por cada cien mil habitantes, que tal cuando escucháramos en las escuelas: ¡niños abran La virgen de los sicarios en la página 36!

Pues bien, los días pasaban, y todo con Frida era: llámame luego, ya te devuelvo la llamada, hoy no tengo tiempo para conectarme, de pronto más tarde, deje su mensaje después del tono, llámame luego, ya te devuelvo la llamada... De repente un día le dio la gana de

contestar y me confesó, entre pausas y silencios, que casi no tenía tiempo, pues se había comprometido de lleno con un nuevo grupo político de la U.

—Bien —le dije, y volví a advertirle—: Fri, sal de eso por favor, déjate de cosas, sal de eso, no juegues con tu vida.

Mis palabras le entraron por un oído o más bien ni siquiera le alcanzaron a entrar. Mientras tanto, con Haru todo era hable y hable y hable, vía internet: y ¿cuándo vas a venir por acá y cuándo vas a regresar a Curramba? Y volvemos a hablar a medio día y volvemos a hablar en la noche... Así que de ahí a concretar la idea del sexo virtual no hubo sino un paso.

Y mira qué paradójica es la vida, las veces que tuve a Haru frente a mí (el día de la primera cita en El Embudo, cuando estuvimos en la capilla de los mártires...) ella me pareció casi imaginaria, irreal; y cuando su cuerpo apareció deslizándose sobre una pantalla de cristal líquido, entonces confirmé en qué consistía esa sensación que llamamos realidad. A veces, mi amigo, nos faltan palabras para nombrar tantos y tan extraños sentimientos.

Cualquier tarde nos conectamos y empezamos a hablar de manga erótico. Haru me dijo que coleccionaba revistas de Barbarella, Valentina y Almas Perversas. La conversación nos calentó. Ella me propuso tener sexo virtual. Yo nunca lo había hecho, y además me parecía inseguro pues estaba en una casa que recién conocía. ¿Quién sabía si ese hijuemadre de Eve tenía cámaras u otros dispositivos instalados por ahí?

En fin, ella empezó por encomendarse a varios dioses y espíritus; mientras mi Mussolini se irguió hasta reproducir en cámara lenta los latidos de mi corazón. Haru tenía axilas blancas y cubiertas por pelusillas grises, similares a las que bordeaban sus casi imperceptibles areolas. Nalguitas flácidas y escurridas. Ella estimuló con el dedo meñique los finos bordes de su *Madonna* y, mientras yo babeaba como un chacal hambriento, me pidió que le cantara la canción de La chivita. Luego sacó un hueso de santo —ese dulce de mazapán relleno con almíbar de yema y azúcar— como de 15 centímetros de largo y 3 dedos de ancho, le puso

encima compota de duraznos, lo agarró con delicadeza y lo besó desde la base, alrededor, por el medio, volvió a bajar, subió, se metió más de la mitad en la boca; sin dejar de buscarme los ojos, de mirarme para que yo recibiera cada lengüetazo, cada roce de sus dientes, cada sube y baja de sus orejas de este lado de la pantalla y bien adentro de mi perversión.

Haru chupó la cabeza del huesito una y otra vez, y éste se derritió entre sus labios hasta dejarle en las comisuras un líquido espeso y lechoso; ahí fue cuando yo masajeeé a *Benito* y, ante la inminencia de la catarata, surqué por un instante el espacio sideral convertido en el Súper Agente Cobra, listo a disparar su temible y precisa psicoarma.

El alma me escocía, el ombligo se me estiraba. Yo le indiqué a Haru, con palabras dolorosas y ojos revueltos:

—Para, para, para, que me voy a venir o a ir, ¡para, carajo!

Y era que yo quería explorar el concepto chino de la ralentización del orgasmo; pero a ella, por falso, le disgustaba todo lo chino, y yo tampoco encontré el momento justo para detenerme y la epifanía terminó entonces con una mano caliente y trémula sobre la que se derritió una plasta cremosa que a los pocos minutos se volvió blanca y luego transparente y luego agua; hasta devenir en un tufillo a camarones asoleados cuyo olor me penetró la conciencia y me hizo sentir culpable.

Por suerte ese sentimiento marítimo demoró muy poco. Al poquito rato volví a ser feliz: ¡y no es paja, mi amigo!

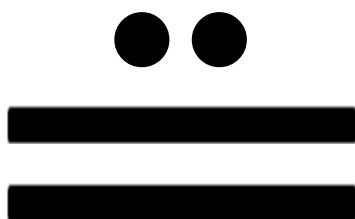
En este momento te lo puedo confesar, aquella fue la primera vez que el cuerpo frente, debajo o encima de mí y la imagen que tenía en la mente coincidieron. Las pocas veces que había hecho el amor con Frida, por ejemplo, el contacto había sido muy mecánico, como cronometrado, como muy definido en cuanto a pulsaciones y embates; y quizás un poco sobreactuado en cuanto a gemidos. Y siempre, siempre, mi amigo, pensaba en otra mujer.

Sigo. Luego, Haru llevó su cámara hasta el centro de su cuerpo y ofreció un primerísimo plano de su *Madonna*. Del fondo vino tinto brotaron unas fuentecillas que precedieron el surgimiento de una gotita que se infló y se infló hasta devenir en gigantesca pompa de aceite. Cuando la perlilla escurrió sobre las carnes de Haru y yo creí haber rebotado varias veces entre el cenit y el nadir del desenfreno; ella se alejó un poco de la cámara hasta mostrar las piernas abiertas subidas en los brazos de una silla, el abdomen plano, los pezones estrábicos, el rostro absorto, y lo que vino a continuación tiño de púrpura intenso la brillante calva de *Mussolini*.

Aparecieron en pantalla una zanahoria y un hámster negro. El animalillo merodeó un rato sobre el abdomen de Haru y ella cubrió de crema dental a su *Madonna*. Cebó al roedor dándole pedacitos de zanahoria, le sobó los bigotes, el cuerpo peludo y blando, y luego arrancó otros pedacitos a la zanahoria, que pegó de uno en uno en la crema que se había untado. Al terminar, azuzó al animalito:

—¡Vamos Aznarcito, vamos Chemita!, —dijo. Y el Chemita comenzó a roer el alimento, a fagocitarlo, a revolver la crema dental con sus bigotitos, a escarbar con la nariz los nervios más frágiles de las carnes; y Haru entreabrió los ojos, se le marcó el esternón, apretó los labios y unas gotitas amarillas le brotaron de los pezones. Entonces, mientras el Chemita rumiaba con empeño en las crestas de la blanda y, seguro, cálida arcilla; ella me pidió que la torturara con cualquier poema de Jaime Sabines o con cualquier canción de Ricardo Arjona; hasta llegar a implorarme con los restos de una voz dolida y exhausta, que por favor, por favor, por favor, por Buda, Mahoma, Cristo o cualquier dios; le devolviera la vida, le insuflara el alma, le removiera los huesos, con los arrullos alegres de:

*sal de ahí chivita, chivita,
sal de ahí de este lugar,
sal de ahí chivita, chivita,
sal de ahí no vuelvas a entrar...*



La presencia de Haru, así hubiera sido virtual, había copado buena parte de los días en la cabaña. Pero mira los tremedales en que uno se mete, con o sin intención. En vez de que esa cercanía incentivara mi interés hacia ella, lo que logró fue remarcar la ausencia de Frida. Porque si algo me torturó, mi amigo, debo confesártelo, fue la lejanía. La lejanía y el silencio de mi mujer payaso.

Para matar el tiempo decidí escribir. Pero de ese escrito sólo me quedó un principio.

■
■
■

Marcelina estira los dedos de las manos para disminuir la rigidez que le causa la artritis, pues ofrecerá un malabar con esferas para el primer acto. Abre el telón y mira por un instante las graderías antes de pisar la arena con sus zapatones raídos. Sopla una brisa tibia, pero ella siente frías las orejas y calor bajo la ropa de payaso. Se dirige al centro de la pista, alborota los flecos de la peluca y da forma al sombrero de retazos. Con torpeza arroja el morral lejos de sí y del bolsillo frontal del bombacho saca tres naranjas resecas. La rodea una luz acaramelada y opaca, como la que flota en los sueños o cubre el lecho de las ciénagas. Detrás de ella viene un perro cojo, que se echa al lado del morral. Al ver al animal, Marcelina siente que sus piernas también flaquean, mas sonríe al percibir sus propios suspiros y los hilillos de sudor frío resbalándole por la cerviz.

En el instante en que la primera naranja circula en el aire, el chirrido constante de un grillo cambia de súbito a una intermitencia distractora, y el temblor de las piernas de Marcelina se transforma en un líquido agrio que le inunda la garganta. El perro levanta la cabeza, arquea las orejas y mira a su ama. Ésta traza círculos y tréboles invisibles, filigranas que esculpen la penumbra; y, al tiempo, danza torpemente, menea su voluminosa cadera, camina hacia adelante y hacia atrás, recorre con gracia toda el área de la arena, y con cada movimiento de manos y brazos logra que el fin anteceda al principio, como replicando en el vacío un grabado de Escher.

Marcelina regresa con precisión cada una de las naranjas al bolsillo del bombacho, pide un fuerte aplauso, se prosterna, cierra sus miopes ojos, piensa que las manos del público se mueven como aletas en un cardumen; y se siente alegre, escondida tras el oscuro silencio de sus párpados. El perro se levanta, menea la cola y resopla varias veces sobre el grillo hasta obligarlo a huir hacia las gradas.

Marcelina inicia el segundo acto. Se sacude el bombacho y con voz chillona reclama la atención del público. La pintura blanca que le cubre la cara se le derrite a la altura de la peluca. Con ademanes exagerados, Marcelina narra un chiste vulgar; y luego, cuando nota que los aplausos se han agotado, cuenta otro de bajo calibre:

Una madre le dice a la hija:

— Hija, ayer el sinvergüenza de tu marido vino de nuevo borracho, tanto, que se confundió de habitación y se metió en la mía.

— Madre querida y ¿qué pasó?

— ¡Pues hija, me hizo el amor!

— ¡¿Madre querida y tú qué le dijiste!?

— Mijita, pues no le dije nada. ¡Tú sabes que yo no me hablo con él!

Marcelina abre entonces los brazos para escuchar el estrépito de las risas, gira lentamente el cuerpo con la cabeza erguida y dirige su atención a las graderías a las que ansía ver temblando con los nuevos aplausos. Sin embargo, en esta ocasión la imaginación prefiere no abrir las alas y permanece sorda e imperturbable ante el llamado del anhelo.

Marcelina Barreras, quien ha vuelto a llamarse así hace tres días, después de haber sido Rasquiñita la payasita durante más de 50 años, sólo recibe el croar desangelado de las ranas, el flojo ronquido del tigre ciego y los gemidos apagados del perro que, mirando de soslayo a su ama, se rasca el trasero arrastrándolo sobre la arena.

Marcelina sabe que toda ceremonia es eslabón que ata fin y principio, pero concluye que, en su caso, este espectáculo que su perro ha visto a medias y un grillo casi interrumpe es simplemente un último rito frente al cual sólo continuará la incertidumbre.

Recoge su morral, arroja al piso el sombrero y la peluca, se quita los zapatones y camina a través de los haces de luz que penetran por los orificios de la carpa y reverberan en su nariz anaranjada. Se quita también el bombacho y queda vestida como cualquier espectador. Cruza la entrada principal del circo y atraviesa con dificultad el cerco protector de alambre de púas hasta alcanzar la calle. Detrás de ella revolotean los trocillos de crispetas, papas fritas y empaques de dulces, como muertas extensiones del efímero tránsito de hombres y mujeres.

El perro la sigue, pero se rezaga al descubrir una rana. Marcelina saca del morral un par de pantuflas y las calza. Antes de llegar a la esquina de la primera cuadra, se quita la nariz de plástico, se limpia el rostro con un trapo y lo arroja al suelo. Los postes del alumbrado la iluminan, aprieta los párpados y, mientras imagina caminar en medio de una calle de honor, comprende que para ella la alegría ya no es una opción sino el único sentimiento al que en adelante debe aferrarse. Las arrugas se propagan lentamente sobre su rostro, y uno de sus ojos se inunda en lágrimas. Marcelina lanza tres naranjas inexistentes al aire y comienza a gesticular como un paquidérmico arlequín, hasta que los postes del alumbrado desaparecen y ella se convierte en una silueta difusa que engulle la madrugada.

El perro abandona la rana y se dirige hasta el trapo que rueda en la tierra. Lo olisquea, esculca el aire con la nariz en alto, suelta un ladrido opaco y, apremiado por el penetrante rastro de Rasquiñita, con ritmo anhelante y pasos entrecortados regresa al circo en busca de ella.

■
■
■

Unos días más tarde fui a almorzar a un restaurante de Palmar y vi a Frida por televisión, en una marcha, con los senos al aire y el cuerpo pintarrajeado. Fue por unos segundos igual a la que yo conocía y, por otros, distinta. Fruncía el ceño y levantaba los puños:

—La nuestra es una marcha pacífica —vociferaba. Al fondo se veía un tumulto de personas enmascaradas, con pancartas, encaramadas en zancos o tocando trompetas, panderetas y tambores—. Buscamos que en Curramba y el resto del país se sepa la verdad sobre la masacre de los indigentes —afirmó.

El periodista le preguntó si era cierto lo del mercado negro de órganos humanos en el programa de medicina.

—Es una información que deben confirmar los organismos competentes —dijo ella, y durante un instante miró el fondo de la cámara y sentí que se dirigía solo a mí. Detrás de ella, como si fuera escolta de celebridad, estaba Eve.

El periodista dijo que más adelante ampliarían la noticia y yo almorcé dos veces, me aguanté todas y cada una de las secciones del informativo, a la espera de otra aparición de Frida. ¿Y para qué, mi amigo?, ¿crees tú que era para saber más y más sobre marchas, muertos y blablablá? No, suficiente con los restos del cadáver de la vaca que marchaba por mis intestinos. Lo que me mantuvo pegado a esa pantalla fue la acuciante necesidad de volver a ver los redondos y provocativos senos de Frida teñidos en azul, con los pezones coronados por un margarita violeta, el de la derecha; y un girasol amarillo, el de la izquierda.

Al día siguiente, pensando en flores e imposibles salí temprano para Curramba. En el camino de regreso vi los manglares arrasados por el fuego, un rastro negruzco y deforme que contrastaba con el mar plácido y resplandeciente. Más o menos así estaba yo, mi amigo. Quizás fue ese efecto demoledor que produce todo viaje; quizás fue el vaivén de ver transitar sin descanso lo minúsculo y lo inmenso que habita en todo paisaje, lo que me llevó a preguntarme si, como creía, había extrañado tanto a Frida o si era apenas la costumbre de andar con ella de un lado a otro la que me impelía a verla.

Frida me recogió en la terminal. El cabello anaranjado y opacos los colores del rostro. La sonrisa alrededor de sus labios persistía, pero estos se veían rectos e inexpresivos. El verde alrededor de sus ojos lucía como un pantano oscuro y algo arrugado en el que sobresalían las ojeras. Aunque había adelgazado, su cuerpo se asemejaba al de un globo desinflándose. La piel oxidada por un sol de trajín. Pero eso sí, lo que le faltaba en brillo le sobraba en locuacidad:

—La manifestación de ayer había estado del carajo... Fulanito iba a pagar todas las que hizo... Zutano es un tipo verraco... Hoy iba a ser el día... —repetía sin cesar.

Curramba se preparaba para el carnaval. Los colores vivos refulgían al contacto del sol y los acordes de la música llenaban andenes, balcones y terrazas. Llegamos al apartamento de Frida. La noté intranquila.

—Me vi con Haru —le dije—. Bueno, la vi por internet —rectifiqué, y Frida sonrió maliciosa.

Le entregué la libreta donde llevaba los registros de mis encuentros con Haru.

—Luego lo leeré —fue lo único que dijo, volvió a sonreír y dejó la libreta sobre una mesita.

La habitación que siempre permanecía cerrada estaba entreabierta. Mientras Frida preparaba un bocadillo en la cocina, me levanté del sofá y me hice el loco para chismorrear. Sólo vi algo pegado sobre las paredes. Eran recortes de revistas o algo así, aunque todos parecían iguales.

Frida regresó con un par de sánduches.

—Me ha dado mucha alegría verte, Rob —yo seguía masticando y evitaba su mirada—. Tienes el cabello más quemado. Te queda bien el candado alrededor de la boca —dijo con melancolía.

Le cogí la mano y la besé. Luego fui al baño. Me cepillé los dientes y salimos del apartamento.

Ya en el coche, encendió un cigarrillo y me dijo con picardía:

—Hoy hay fiesta en la U.

—¿Desde cuándo fumas? —pregunté extrañado.

—Lo había dejado. Con todo lo de estos días volví a necesitarlo —ella golpeaba el timón con la base de la mano y apresuraba con la vista la luz roja del semáforo. Me quedé un rato pensando y de pronto le pregunté:

—¿Qué me decías de una fiesta en la U? ¿Es por la cercanía de los carnavales?

Me miró con cara de misericordia y agregó:

—Me refiero a que va a ver un tropel. Va a ser fuerte. La Toma Total de la Universidad.

—Ayer te vi en televisión —le dije.

—Hay que apropiarse de los recursos del contrario —respondió, se pasó la mano por la nariz y con la colilla de un cigarrillo encendió el siguiente—. Hay un grupo. Es secreto o medio secreto, qué diablos importa: maestros, trabajadores, estudiantes. Hay gente dura detrás de él —dijo, y me explicó parte de “la estrategia y las tácticas” de la toma.

Llegamos a uno de los parqueaderos de la universidad.

—¿Y todo esto es por lo de los indigentes? —pregunté y ella suspiró.

—La verdad, ese es el pretexto. La pieza que necesitábamos para sacar a todos esos lagartos que gobiernan en la U.

Frida parqueó su coche. Bajamos.

—¿Puedo ayudar en algo? —respondí, nada más por educación.

—Con que lleves la cámara y tomes unas fotografías basta y sobra. Ten esta bolsa de leche, es por si sueltan lacrimógenos. Cuídate —respondió y se fue con un cigarrillo en la boca.

Como en ocasiones anteriores, el tropel era un secreto a voces. Lo diferente era que las murmuraciones en las aulas, los gestos en los parquecitos, las pintas raras en las cafeterías o los visajes en los pasillos anunciaban la proximidad de una furia de bombardeo. Esa mañana, el oficio común de la gente era resolver los jeroglíficos inscritos en los rostros ajenos.

La primera detonación se oyó como a las diez y media, y la onda casi me alisa las orejas. Sus resonancias se multiplicaron por uno y otro muro y quebraron a su paso las delgadas láminas de vidrio sobre los tableros informativos. Las nuevas y variables descargas transformaron los alaridos de la gente en el bramido único de una bestia con la angustia esculpida en sus innumerables rostros. Yo accionaba la cámara y captaba cada instante de ese arrasador maremágnun revuelto en la nube azulosa y el olor áspero de la pólvora.

Superado el nudo en el portal de la universidad, un pedazo de la bestia huyó hacia el oeste y otro al lado contrario para terminar así desmembrada en asustados, maltrechos o exultantes individuos. En el centro de la plaza frente a la U, sólo quedaron los tropelistas encapuchados y con camisas manga larga, algunos con voluminosos morrales a cuestas. Pronto armaron una hoguera con llantas, troncos y viejos muebles de oficina, y la utilizaron como barricada; mientras coreaban arengas y daban voz a los muros pintándoles proclamas con aerosol.

Al norte de la plaza, a todo lo largo del andén que la separaba de la avenida Jaime Bateman, ya se apelotonaban las Fuerzas Especiales de la Policía. Los negros uniformes se cubrían con cascos, pecheras, coderas, rodilleras y botas —todos sólidos y relucientes—, además de acompañarse de enormes escudos y gruesos bolillos.

El primer objetivo táctico de los tomistas —me había explicado Frida— sería apoderarse de la avenida. Ocho carriles de ancho; unía sur, centro y norte de Curramba; y conectaba con la autopista hacia el interior del país y la recién construida carretera al mar. Sin embargo, su mayor valía radicaba en que, por tradición, el domingo de carnaval era escenario de un desfile representativo e imprescindible: El Reventón Currambero. De taponarla, provocarían un caos vehicular que alteraría la normalidad de la ciudad, y lo más determinante: pondrían en jaque el desarrollo del carnaval, con lo cual incrementarían el impacto de la toma y darían mayor resonancia a las demandas.

Los de las Fuerzas enviaban sosos mensajes a través de las bocinas:

—Muchachos, por favor regresen a las clases. Nosotros no somos sus enemigos, estamos aquí para garantizar su seguridad, para proteger sus vidas y la tranquilidad de la “suidad” y de la universidad.

Los tropelistas respondían con arengas cada vez más ácidas en las que rechazaban la fuerza pública y pedían verdad y justicia por los indigentes muertos. Alguien arrojó desde

alguna ventana una lluvia de panfletos amarillos. Atacaban al gobierno del Ubérrimo y cuestionaban la negligencia de los directivos universitarios, a los cuales les pedían la renuncia inmediata.

Al cabo de casi media hora, las botas y los bolillos apuntaron a la universidad, los manifestantes les permitieron acercarse un poco y, con el resguardo de las barricadas, los bañaron de piedras. Las Fuerzas retrocedieron, reposaron unos minutos y se prepararon para una segunda embestida. Los conductores de camiones y busetas comenzaron a cambiar de ruta entre ronquidos de cláxones, olor a caucho quemado y la espesura del humo.

Los policías volvieron a cargar contra los manifestantes. De nuevo, éstos los recibieron con piedras. De pronto un grupo de honderos emergió desde las ventanas de los pisos superiores de la universidad y arrojó bolas de cristal del tamaño de limones. Al rebotar contra los escudos y los cascos sonaron como los dedos de un ágil percusionista sobre el cuero de un tambor. Las Fuerzas se dividieron ante al imprevisto ataque y los tropelistas en tierra sacaron las papas explosivas de los morrales y las dispararon contra el rival hasta obligarlo a replegarse.

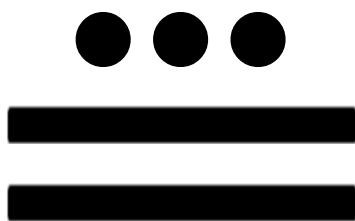
El tráfico escurría y, mientras una parte de los manifestantes ahuyentaba a las Fuerzas dispersas, otro colmaba las cuatro primeras calzadas de la avenida. En los carriles restantes aún se apeñuscaban algunos carros, buses y camiones.

Detonación tras detonación, muchos curiosos aplaudían y animaban a los tropelistas y les lanzaban salvas de victoria; subyugados, quizás, por el heroísmo que proyectaba la protesta; y, al tiempo, tal vez ansiosos ante la inminencia de la desgracia ajena.

Había pasado casi otra media hora cuando alguien anunció la proximidad de refuerzos policíacos. Venían desde el este y su número parecía triplicar al anterior batallón; a sus espaldas, casi ocultas por el humo y la reverberación del sol, el rugido de las tanquetas y la amenaza de sus cañonazos de agua.

Los tropelistas se alistaron para enfrentar el nuevo ataque montando una barricada perpendicular a la avenida. Algunos de ellos sacaron a la brava al chofer y a los pasajeros de una buseta y la condujeron hacia los carriles liberados. Al notarlo, los de las Fuerzas corrieron hacia ellos. Golpeaban los bolillos contra los escudos a fin de aturdirlos y vencerlos con mayor facilidad.

Fue entonces cuando descubrí a Frida a lo lejos, de pie, al resguardo de una de las columnas que flanqueaba la entrada a la universidad. Aún encapuchada, por su silueta y ademanes era fácil de reconocer. La miré tanto que no supe en qué momento el sol se desgajó del mediodía para arremolinar-se entre los fierros de la buseta retenida poco antes. No acababa de comprender esa visión, cuando el agua arrojada desde los cañones de las tanquetas la evaporó. Cuando me liberé de aquel fugaz impacto volví a mirar hacia la columna y ya Frida había desaparecido.



Una neblina ácida y ponzoñosa me obligó a cerrar los ojos. Yo me subí la camiseta y me cubrí la mitad del rostro. No podía ver. Saqué la bolsa de leche que Frida me dio, me la eché en la cara y con la vista adelgazada noté a algunos de los manifestantes huyendo hacia la universidad. Traían bolsas plásticas transparentes en la cabeza, cogían los cilindros de los gases y los lanzaban de vuelta a las Fuerzas.

Las tanquetas comenzaron a acercarse a la entrada principal de la U y cuatro potentes chorros tumbaron a algunos de los tropelistas que relanzaban los cilindros. Uno de ellos fue a estrellarse contra el borde de una jardinera. Varios miembros de las Fuerzas llegaron hasta el muchacho, le dieron patadas en el estómago y la cabeza y lo arrastraron al interior de la tanqueta. Yo salí detrás de la banca desde la que estaba fotografiando y corrí hacia la columna donde vi a Frida. Un miembro de la Fuerza también corrió para cortarme el paso. Sentí en la nuca el frescor de su garrote tras fallar el golpe que me lanzó. Una papa-bomba le reventó el escudo. Yo tambaleé y apenas alcancé a verlo de reojo al rebotar en el pavimento. Varios tropelistas le aplicaron la misma dosis que minutos antes recibió el estudiante de la jardinera.

Llegué hasta la columna. Apoyé la espalda en ella y al retirarme me vi dibujado sobre la pintura. Estaba hecho una sopa. La cabeza me dolía y sentía náuseas. No sé cómo me fijé en alguien que levantaba los brazos para indicarme su posición. Llevando a rastras el aturdimiento corrí hacia allá. Era Eve, traía puesta una capucha. Entré a la universidad. Frida estaba cerca. Yo me derrumbé en el suelo. Frida siguió hablando por celular y dando y recibiendo información. Las detonaciones continuaron.

Estábamos en el pasillo de acceso y desde allí se veían a medias las carreras y persecuciones en la avenida y se escuchaban los gritos, las sirenas, las alarmas de los coches. El viento traía consigo el picor de los gases. Un estudiante tenía abierta la cabeza y una corriente de sangre, entre púrpura y negra, le chorreaba el rostro. Estaba lívido. Lo atendía una chica menudita que supuse era de enfermería o medicina. Una muchacha de contextura gruesa tenía

rota la pernera del jean. Una herida en siete tonos de rojo le caminaba desde la rodilla hasta el tobillo. Un chico flaco respiraba con dificultad y se succionaba el sudor que le colgaba del labio superior. Otro me miraba con angustia mientras apoyado en una palmera vomitaba de rodillas. Frida ignoraba mi presencia y caminaba de un lado a otro, preguntaba, indagaba, daba órdenes y aquietaba a quienes lucían nerviosos o descompuestos.

De nuevo la llamaron al celular. Quién sabe qué poderosa fuerza detrás de ella movía los hilos de aquella pesadilla para ojos abiertos. En ese instante se puso la capucha, su rostro quedó cubierto por completo y me miró. Yo estaba tirado en el piso, recostado en una pared y, sin dejar de verla, preparé la cámara y accioné el obturador una y otra vez, una y otra vez, mi amigo, una y otra vez. Al principio sólo por un impulso y luego porque me entró un intenso afán por eternizarla, por retenerla, como si ella fuera la Scherazade que debía permanecer junto a mí las mil y una noches o el genio al cual debía encerrar para siempre en la lámpara maravillosa.

Frida cerró el celular, se retiró la capucha y dijo:

—Ya es suficiente.

Su nariz parecía próxima a estallar y el brillo hacía resaltar el color de sus ojos. Me levanté, me acerqué para besarla y me respondió con un beso desabrido. Eve pasó a mi lado con varios fajos de panfletos.

—Quien no va a ayudar que tampoco estorbe —manifestó en voz alta. Miré a Frida y ella alzó los hombros.

El silencio que se había asentado por unos instantes volvió a quebrarse con nuevas detonaciones. Avisaron que a uno de los policías le habían cercenado los dedos con un papabomba. Seguí fotografiando cuanto veía y de pronto oí sucesivas explosiones, gritos y más lamentos. Me detuve y vi algo como un poema escrito en aerosol rojo en uno de los muros. Por

casualidad, apenas empecé a leerlo, lo entonaron desde algún punto de la universidad, la plaza o la avenida:

*De pie, cantar que vamos a triunfar
Avanzan ya banderas de unidad
Y tú vendrás marchando junto a mí
y así verás tu canto y tu bandera
florecer la luz de un rojo amanecer
anuncia ya la vida que vendrá.*

Sí, mi amigo, la vida. Los de la protesta hablaban de la vida. ¿Y qué carajos sabían ellos de la vida? Fíjate que algo parecido mencionaban los de las Fuerzas Especiales: defender la vida, ¿la vida de quién, coño? Y así, mientras todos ellos habían hallado un punto de encuentro en la vida, yo subí hasta el quinto piso de uno de los edificios y desde allá contemplé siete busetas atravesadas a lo ancho de la avenida, algunas ya carbonizadas y otras evolucionando hacia la nada a través de espesas volutas de humo. Estuve a punto de borrar cada una de las fotografías que tomé. ¡Idiota! Como si con eso pudiera borrar la rabia que comenzaba a sentir. Una rabia que no sabía qué la producía, si la ceguera de los policías, la sordera de los manifestantes o quizás otra cosa más definitiva: la constante cercanía de Eve y Frida.

A media tarde, la plaza, la avenida y las calles aledañas eran un basurero de carbones, tarros de aerosol y gases lacrimógenos. Siete tanquetas apuntaban hacia la universidad, varios miembros de las Fuerzas se apostaban en esquinas, tras las jardineras o sobre los techos; y los locales de fotocopias, ventas callejeras y librerías de segunda permanecían cerrados.

Casi al atardecer se conformó la primera mesa de diálogo. Debían reunirse representantes de las directivas universitarias, el defensor del pueblo, delegados de la organización de los carnavales y representantes de los manifestantes. Ese primer intento de diálogo fracasó porque, a poco de iniciar, avisaron que un policía herido en la toma acababa de

morir en el Hospital Militar tras la amputación de un brazo, producto de los destrozos causados por una papa explosiva.

La segunda se intentó el jueves, como a la una de la tarde. El defensor del pueblo dijo que con un muerto de por medio, con más razón había que negociar.

Esta reunión ni siquiera empezó porque detectaron un incendio en una de las papelerías cercanas. Se averiguó luego que dicho acto no tuvo nada que ver con la toma. Quien provocó el incendio dijo que se lo ordenó el dueño del local para cobrar el seguro.

La tercera, que fue el jueves en la noche, estaba por terminar y parecía que iba a poner fin al conflicto, cuando se supo que al hermano de uno de los manifestantes lo encontraron ahogado y con signos de tortura en una de las playas cercanas a Curramba. Con eso se congeló cualquier posibilidad de diálogo.

Frida participó en cada uno de los intentos como vocera de los nuevos maestros. El Mercurio, el diario local, le dio garrote duro y parejo a la protesta en su edición del jueves, pero el viernes ya la había borrado de sus páginas tal como hizo con la masacre de los indigentes. Ese día, a media mañana, los tropelistas salieron poco más de una hora a la plaza para dar a entender que seguían en pie de lucha. Lanzaron más arengas, detonaron algunas papas-bomba y, a través de un comunicado de prensa, anunciaron su disposición a pasar carnavales dentro de la U si los directivos no renunciaban, si no se aclaraba lo de los indigentes, si la policía no devolvía a los que se llevaron y si no se resolvía lo del muchacho muerto en la playa. La mitad de la avenida seguía cerrada, custodiada por cuatro de las busetas quemadas, dos ambulancias y las siete tanquetas.

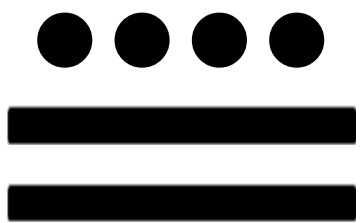
Antes de mediodía la mayoría de maestros y trabajadores participantes en la toma había dejado la universidad con uno y otro pretexto. Los líderes estudiantiles convocaron una asamblea interna y acordaron desarrollarla como un banquete colectivo. Ahí comenzaron las desavenencias entre cada una de las once facciones agrupadas en torno al tropel. Cada una

proponía un tipo de comida diferente: que si mote de queso, que si arroz con sardinas, que si comida vegetariana. Por fin, tras un par de horas de debate, acordaron la preparación de un sancocho con carne de res, cerdo y pollo. A esta decisión la favoreció que una comisión exploratoria hubiera hallado carnes y vituallas en la cafetería central. A poco de servir la comida, otra comisión encontró ginebra en la oficina del rector. Hubo un corto debate en el cual se aprobó un brindis por el esfuerzo desplegado en la toma. Se esfumó el sancocho, se acababa la ginebra y pronto apareció whisky en las oficinas de los vicerrectores. La joya de la corona no tardó en caer: veinticuatro garrafas de vino de corozo en los laboratorios de ingeniería de alimentos.

Una comisión conformada por directivos universitarios, representantes de derechos humanos y personal judicial entró a la universidad la mañana del sábado y encontró manifestantes que aún bailaban ebrios al son de las canciones de Diomedes Díaz, después de que, era probable, algún infiltrado informara que la toma se había transformado en una verbena universitaria pre-carnavalera. Todavía no era el medio día cuando La Feria imprimió una edición extraordinaria en la que aparecían imágenes a todo color del fin de la denominada Toma Total; y en el noticiero de mediodía de Telecurramba pasaron, sin editar, las mejores escenas de los videos grabados por celular: un fasto que casi termina en una contra-toma ya que, ni siquiera con argumentos sustentados con Derrida, Lacan, Sartre o Kant, los jurados —representantes de cada una de las facciones de tropelistas— pudieron llegar a un acuerdo para escoger la ganadora del concurso de *Miss* camiseta mojada que tuvo lugar en las piscinas del polideportivo; y mucho menos el vencedor del *Mister* Curramba, que se había llevado a cabo en el auditorio Macondo del programa de Literatura.

Todo el tiempo estuve dentro de la universidad, pero casi no vi a Frida. Nos encontramos en la madrugada mucho antes de que la policía entrara y desalojara a los borrachos perniciosos. Salimos a tiempo con Eve y otros más que sospecharon el dionisiaco desenlace que tendría la toma. Nos largamos a una cabaña, como a media hora de Curramba. Durante el trayecto, algunos dormían, pero la mayoría ponía la vista en un lugar indefinible, hacia dentro, tal vez, y la dejaban allí colgada, como si les doliera volver a entregarse a sus sueños, a cualquier tipo de sueños. Frida era una de esas.

Por mi parte, mi amigo, en la penumbra de la madrugada, agradecí al dios o al demonio que me había puesto en el camino de Frida. No obstante sus cambios de ánimo, su cuerpo y su cara, me causaba una conmoción inexplicable el saberla tan segura de sí misma, tan contraria a la mediocridad que yo era. Me dolí, eso sí, porque sabía que yo jamás estaría a su altura; y en especial, porque aunque estuviera al lado o dentro de su cuerpo, jamás ocuparía un lugar en su corazón.



El domingo en la mañana fuimos a un pueblo cercano a que Frida se tiñera y cortara el cabello.

—Es cierto que cometimos algunos excesos y también que los periodistas informaron a su acomodo —insistía ella. Por mi parte, mi amigo, aunque me entristecía un poco por Frida, algo dentro de mí se complacía por el fracaso de esa pantomima. Es obvio que delante de sus amigos me hice el bobo y les di palmaditas en el hombro y respaldé su parcializada visión de aquella rotunda vergüenza. También me deleité al ver la amargura en el rostro de Eve, pero la verdad fue el único que se refirió al resultado de la toma con sinceridad y precisión:

—Somos una mierda.

Antes de mediodía, volvimos a Curramba; y como a las dos de la tarde nos fuimos a ver las comparsas del Reventón. La brisa sacudía el corto cabello siena de Frida y los flecos de la blusa y la minifalda. El desfile trepidaba por la avenida Jaime Bateman. De las ofensas y las carreras se había pasado al coqueteo y el contoneo en las danzas de cumbia y mapalé; de la agitación y las lágrimas a las piruetas y el éxtasis entre saltimbanquis; de cascos negros y capuchas sucias a los disfraces exuberantes de congos, toritos, garabatos y marimondas; de las detonaciones y el fuego a las percusiones de la música folclórica y al ardor de maracas o clarinetes. Ya sabes que Curramba siempre ha sido cosmopolita y libertaria y que su éxito nace de una ecuación simple: un buen porcentaje de sus fecundaciones ocurre en carnavales, en el mes de febrero; por lo que un gran número de curramberitos nacerá en noviembre y los acompañará de por vida la implacable lujuria de los signados por Escorpio. De ese modo se garantiza un sagrado y perdurable círculo de parranda, derroche, lujuria y goce.

Sigo con mi relato. Cuando acabó el desfile nos fuimos empapados, medio ebrios y empolvados de harina Maizena a comer butifarras y beber cerveza del barril en los restaurantes cercanos a la desembocadura del río Sucio, en Bocas de Ceniza. Contemplamos el soberbio

empuje del río hendiendo el mar, los buques anunciando su arribo al puerto con exhalaciones de huracán acezante y su transformación en una silueta parda al cruzar frente a la luna fosforescente que abrevaba en el río y dejaba flotar sobre sus aguas un cardumen de candelas que se ensancharon, recogieron o multiplicaron cuando las cortó la sinfonía del filo de la proa. Fui un momento al baño y, al regresar, Frida y Eve ya no estaban en la mesa. Los busqué a lo largo del restaurante y los encontré juntos en el mirador.

Echamos gasolina al carro de Eve y nos fuimos al apartamento de Frida. Primero nos dimos un baño, reposamos, y cada quien se inventó un disfraz para no desentonar en la noche carnavalera. Nuestro destino fue La 84, la calle de la rumba brava en Curramba. La noche ardía, pero el frío acumulado en los huesos por el agua de la tarde quemaba por dentro la carne.

Nos ubicamos en Quiebrapata, un barcito con una terraza sabrosa del tamaño de una cancha de baloncesto. Frida ordenó una botella de tequila y fue al baño. Eve destapó la bebida con los ojos puestos en las rollizas nalgas de Frida. Una vez ella cruzó la puerta, me le acerqué a Eve y le dije con tono cómplice:

—Está gordita, pero es un mujerón, ¿sí o no? —y apenas se bebió el primer trago, respondió:

—Ella lo que está es solladísima. Quédate tranquilo, ya no me interesa —afirmó.

Mucho desgraciado, pensé. Cuán peligroso puede ser un miserable adverbio. Un *ya* con sabor a: hay algo que tú no sabes.

—¿Hoy sí te le mides? —me preguntó Eve, mientras me mostraba un cigarro de marihuana.

—No pierdas tu tiempo. Éste es un mojigato —advirtió Frida al regresar. Se sentó y miró a Eve.

—A ver, ¿cuál es el misterio con la yerba? —dije, a fin de quebrar la opinión de Frida. Eve me alargó el porro.

—Nada más aspira profundo y mantén el humo por unos segundos y luego expúlsalo —me dijo.

No aguanté la pitada y los dos celebraron mi tontera.

Frida se veía descompuesta. Como una máquina a la que le faltan piezas, pero no fui yo, sino Eve, quien le preguntó:

—¿Te pasa algo, corazón de otro?

Frida tomó un trago y respondió:

—Nada, bobadas mías.

—Fresca, aquí todo queda aplazado por carnavales. Hasta la muerte —dijo Eve.

—A esa es mejor no tentarla —respondió Frida, y se sirvió un trago.

No terminaba de beberlo cuando ya Eve le sacaba brillo a la hebilla de su disfraz de vaquero con el colorido bombacho del disfraz de payaso de Frida. Los vidrios temblaron con el repicar de la música champeta. Era increíble el zangoloteo de las caderas de ella a pesar de su contextura.

Las ranuras entre las baldosas de la pista se ensanchaban con los bajos. Frida dobló las rodillas y Eve se arqueó sobre ella sin dejar de menearse, con los labios de ambos casi juntos y sudando en forma copiosa. De vez en cuando se detenían para meterse un trago. El *Alien* que acompañaba a una Sigourney Weaver con una bazuca terciada, me sacó a bailar.

—Estoy esperando al Depredador —le dije. Me empujé otro trago, me quité el sombrero rasta de mi disfraz de Bob Marley y me ventilé con él.

Un mesero trajo la segunda botella. Yo seguía solo en la mesa, alerta al baile de Eve y Frida. Ella se puso de frente y se fue deslizándose por el cuerpo de él hasta quedar abrazada a sus caderas, con el tórax pegado a su bragueta. La Sigourney retiró la máscara del *Alien*, le abrió las

fauces, le metió unas pepas doradas y dos tabletas de Sal de Frutas Lua y comenzaron a sacarse chispas y espumas. Frida se fue agachando y agachando hasta dejar el trasero a una cuarta de las baldosas, mientras Eve se abrió la camisa y removi6 el abdomen de arriba abajo como imitando el baile de Shakira. Yo habitaba en medio de la ciudad de la m6sica, en el reino de la danza, con Eve sentado en el trono, pero prefería permanecer impávido y abúlico como un puerco en una charca escuchando el crepitar del sol. Imaginé el traqueteo de sus vertebras y los silbidos de los m6sculos al estirarse para tensar la piel. Los brazos de cada cual se abrían y seguían el rastro de los ojos del otro. Cada gesto de Eve, movimiento o intención, me envenenó como la ponzoña de un alacrán. Algo entre la tráquea y la vesícula biliar se me vació al verlo redondear las cejas, recogerse los puños de la camisa y, en especial, cuando apretaba a Frida cada vez que giraban sobre sí mismos. No encontré la palabra precisa para definir la mezcla de cólera, envidia, impotencia, cariño y resignación que me embargaba.

La botella estaba a punto de acabarse y los chismes de los absurdos que ocurrían a lo largo de La 84 llegaban camuflados entre la m6sica y el baile: en un bar cercano, un tipo se rompió tres costillas al caer del caballo mecánico al que quería llevarse para ir a comprar ron a otra tienda. De un restaurante, un Conde Drácula sacó aullando a la clientela porque encontró ajo en su comida. En la esquina, un tipo se subió a un poste de energía eléctrica para bajar la luna llena que, según él, no lo dejaba dormir a causa del chillido que emitían las nubes al pasar sobre ella.

Eve y Frida regresaron, parecían un chorro de tinta arrojado al agua.

Pedimos otra botella.

Los fuegos artificiales rpiaron la noche y, al tiempo que silbaban las luces de girasoles y amapolas, se oyó un grito:

—¡Cambien esa puta música de negros o le prendo fuego a este chuzo, pongan al Joe Arroyo, maldita sea! —pidió un tipo con fisonomía de mosquito y cara de puñal, que por la pinta parecía de los *Skinheads* curramberos.

Eve se metió un trago doble y dijo en tono alto y provocador:

—Mucho animal, no quiere la champeta porque es música de negros, pero pide las canciones del Joe.

Retumbaron las notas del Joe, y el flacuchento *Skin* se levantó del puesto, se acercó a Eve, se puso frente a él con un brazo en cada brazo de la Silla, y le espetó:

—¡Si no te gustó lo que pedí, pedazo de marica, entonces lárgate de aquí!

No bien el tipo acabó de poner el acento en la i, cuando ya estaba desparramado del otro lado de la pista con la cara encima de un charco de sangre y dientes. Eve se sobaba el puño y me miraba con cara de dolor. De inmediato notamos que se levantaban una a una varias cabecitas rapadas.

—¡Pilas!, que se vienen los cabezas de calabaza. Vámonos —le dije a Frida.

Eve ni siquiera me miró. Se regazó las mangas de la camisa, escupió el cigarrillo y avanzó hacia el grupo de matarifes.

—Regresa, devuélvete —le grité y me acerqué a él.

—¿Qué pasa?, ¿Te entró el miedo o qué? —respondió con cara de fastidio.

Yo tenía claro que debía huir para salvar mi cuero cabelludo. Huir y dejar que Eve saliera de aquel percance por sí mismo. ¿Y qué crees?, vamos dime, mi amigo, ¿qué crees que hice?: hice lo contrario. Quizás fue por aparentarle a Frida, quizás fueron los tragos. Quién sabe. Mi lengua era una piedra pómez; los párpados, papel de lija. Sin pensarlo más me acerqué a Eve, le di una palmada en la espalda y, mientras miraba de reojo a Frida, le dije:

—Si nos matan, nos matan a los dos, pendejo —pero la verdad, las únicas partes del cuerpo que no me temblaban eran las orejas.

Eve me abrazó. Yo me sentí extraño, como una puta en un convento. Agarré una silla, Eve agarró otra. En aquel momento habría sido capaz de agarrarle las nalgas al Ubérrimo o escupir en la cara a Kim Jung Hil.

—¡Hace unos días un tropel, más tarde un desfile, después un baile y ahora una pelea! ¿En qué momento nos subieron a la montaña rusa? —dijo Eve.

Oí el grito de Frida cuando le quebré la silla en el codo a un grandulón. Cuan inmenso me sentía de saberla cerca de mí, al lado de mi falsa valentía. Reventamos copas, aplastamos latas, quebramos varias costillas, dejamos en astillas varios muebles y yo terminé con una pierna quebrada y sangrante. Y aunque el dios de los carnavales se olvidó de nosotros, casi a punto de que nos volvieran papilla, aparecieron los del Frente Rojiblanco —hinchas furibundos del Junior de Curramba— a darse garrote con los desgraciados *Skins*, los cuales lucían orgullosos las camisetas albiazules de la selección argentina de fútbol.

Íbamos rumbo a la clínica. Eve, herido en un brazo, me daba aliento. A esas alturas la marihuana que él y yo compartíamos me relajaba y por momentos me ponía a pensar en mares de papel, en sirenas con cabellos de malvavisco o en lámparas que se descomponían en enjambres de cucarachas. Frida conducía. Parados en un semáforo, Eve me agarró por el cuello, me hundió los nudillos en la cabeza y me dijo sonriente:

—Gracias, hombre.

Yo le respondí con un abrazo y le dije:

—Fresco, pero no me aprietes tanto. Cuidado nos calumnian.

Frida nos miraba por el espejo retrovisor. Traía los ojos hinchados y llorosos. Se dio cuenta de que la mirábamos.

—Dejen de ser pendejos, si estoy llorando es por culpa del tequila —dijo, ya con la vista en la carretera.

Yo sospeché que mentía.



El miércoles volví en muletas a la universidad y con la pierna derecha enyesada. En la plaza y la avenida rodaban los restos materiales de las carnestolendas. Un cura imponía la cruz de ceniza en la entrada de la U. Frida no quiso recibirla, y yo, quizás por algún banal convencimiento, hice la fila y dejé que me tachonaran la frente y me anunciaran como un macabro augurio: polvo eres y en polvo te convertirás.

Los estudiantes cotilleaban sobre los mejores desfiles, la orquesta ganadora del Congo de Oro, o en último caso sobre las travesuras sexuales que abundaron durante la toma. El asunto de los indigentes parecía jamás haber ocurrido y el único muerto que mencionaban era Joselito Carnaval, a quién siempre se entierra el martes para cerrar la fiesta.

Dejé a Frida con sus ocupaciones y me quedé en uno de los parquecitos de la U. A esas alturas, mi amigo, Haru era una mujer tan difusa y etérea que ya casi parecía más una idea. Me senté un rato en el bordillo de una jardinera, dejé las muletas a un lado y vi a miembros del JODE pegando carteles de John Templar. Me distraje palpando la textura del cemento sobre el que estaba sentado, agradecido por la temperatura tibia que me recorría. Volví a mirar los afiches y en la mayoría ya aparecía el rostro impreso de Templar con un mostacho a lo Hitler pintado con marcador negro.

Me fui hasta la sede de la UEPA. Todavía se sentía el hálito de la toma: grafitis en las paredes, restos de papel aluminio para envolver papas-bomba, empaques de condones. Algunos de los presentes me saludaron con efusión. Me preguntaron el porqué del yeso y las muletas; otros, si las amenazas por lo del perro habían seguido; y uno, por las fotografías que tomé durante la protesta.

Les entregué una USB. Se emocionaron y en un dos por tres instalaron aparatos, apagaron luces y proyectaron las imágenes. Por casualidad, en el momento en que pasaron aquellas donde Frida llevaba la capucha, me miraba a los ojos y hablaba por celular, ella entró al salón y todos gritaron al unísono. Me pregunté qué celebraban con su algarabía, ¿la idiotez

de saberse derrotados?, ¿la consumación del ridículo? Frida puso sus bolsos y papeles sobre una mesa y me rodeó con los brazos. Yo giré la cabeza buscándole los labios, ella se paró frente a mí, y bañados de aplausos, rechiflas y silbidos nos dimos un largo y delicioso beso, con los ojos cenizos de Frida rodeados del verde perejil, mirándonos con severidad desde la pantalla, como si tratara de alcanzarnos con su silencio, de hablarnos desde el otro lado de las cosas.

A la conversación que siguió no le presté mucha atención, preferí leer una versión en cómics del manifiesto comunista en la que un Marx cabezón y paticorto la explicaba de manera didáctica. Cuando terminaron, Frida me convidó al muelle de Playanegra. Fuimos en su coche.

Parqueamos en la zona de bares y restaurantes y caminamos hacia el arco de concreto que marcaba la entrada del muelle. Era poco lo que iba quedando de él. A principios del siglo XX Curramba fue el epicentro comercial del país gracias a la actividad mercantil que tenía lugar en Playanegra; pero al inaugurarse en 1936 el puerto sobre el río Sucio, en el muelle sólo quedó anclado, y para siempre, el barco de la ruina.

El vestido enterizo y amplio de Frida por momentos le ceñía el cuerpo, por momentos revoloteaba a su alrededor. Yo paré para soltarme el cabello y dejarlo al albedrío de la brisa. La pierna me dolía. A punto de llegar al acceso, a instancias de Frida nos desviamos unos metros. Paramos frente a un monumento en forma de pirámide invertida, tan alto como una mesa, que me pareció un altar o una tumba. Frida lo contempló palmo a palmo y su rostro sereno fue mudando a uno adusto y de ojos vidriosos:

—Es un cenotafio. Un monumento funerario en el cual no está el cadáver de la persona a quien se dedica. Muchas veces los construyen donde alguien falleció o fue asesinado. Me escalofrían cuando se usan para recordar a una persona cuyo cuerpo jamás apareció —dijo Frida y, tras soplar el polvo acumulado sobre la placa, apareció un nombre escrito en cursivas:

Nadja

Permanecemos allí un rato más. Frida limpió la placa y el nombre se aclaró, luego nos adentramos en el muelle.

Los trozos de barandal que no se desmoronaban sobre sí, amenazaban con caer al mar, y éste resoplaba su furia a través de los vastos cráteres abiertos en la calzada. De los carcomidos pilotes y vigas asomaban tendones oxidados y de ellos pendían pedazos de concreto.

—De esos monumentos que me dijiste debe haber muchos en el país —respondí, algo conmovido, y continuamos el recorrido.

—¿Te imaginas un camino cientos de veces más largo que éste viejo muelle, con una luz eterna encendida por cada uno de nuestros 50 mil desaparecidos? —afirmó ella, mirando el horizonte.

—Yo lo llamaría El camino de las ánimas —respondí, y seguimos caminando en silencio.

Los cráteres aumentaban en número y tamaño, y a veces sentíamos el leve oscilar de la calzada. Me sobé la frente para retirar el sudor y en el dorso quedó el rastro de la cruz de ceniza. El dolor en la pierna aumentaba.

—Aunque a veces parezca desdibujarse, el Dios cristiano es una valiosa obra de arte —me dijo.

—¿Cómo así? —pregunté y ella me apretó los dedos cuando la punta de sus sandalias chocó un fierro. Miró hacia atrás y yo también. Sobre un cerro lejano innumerables casitas temblaban bajo el sol.

—Ese Dios, el Dios trino, el que al tiempo es padre, hijo y espíritu santo, es una de las más grandes creaciones colectivas de la humanidad. Cuando Cristo dice que Él está en Dios y Dios en Él, si acaso no logra embaucarte, por lo menos te aturde. Sus publicistas logran

confundirnos y convencernos con ese tipo de enredos y también con el marketing que han armado a su alrededor —seguimos caminando.

—Me parece mágico creer en algo imposible dentro de cierta lógica. Es como tener un amor imaginario —afirmé.

—El amor siempre será imaginario, aún cuando algunas veces el objeto amado sea real —concluyó.

Una gaviota sobrevolaba cansina la piel del agua. El siguiente tramo de la calzada se veía muy destruido.

—Es mejor regresarnos, ya hemos avanzado mucho —dijo Frida y miró la pierna maltrecha. Yo me negué, molesto por su compasión.

—Si ya comenzamos el recorrido, entonces tenemos que terminarlo. Las muletas y el yeso no son problema —dije.

—Siempre va a ser indispensable completar el cuadro, armar todo el rompecabezas, llegar hasta el final del camino. Muchos sentimientos destructivos se asocian con una carencia, sientes nostalgia, porque hay algo perdido o ausente; envidia, porque alguien tiene o disfruta algo que tú no; celos, porque sospechas que pierdes atención a favor de otro —dijo ella.

—Entonces con más razón debemos ir hasta el final —insistí.

El viento arreció y ella se unió a mí hasta que aquel transformó su brío de caballo salvaje en la fragilidad sobre la que levitan las cometas. El dolor de la pierna me subía hasta la nuca. Sin embargo, seguimos caminando. Le pregunté acerca de Eve y ella. Sorteamos una pila de escombros. Recorrimos la cuerda floja que representaba un filo en medio de dos vacíos y respondió:

—Eve es un viejo amigo. Lo conozco desde hace muchos años. Incluso cuando yo estudiaba en México, nunca dejamos de estar en contacto. Fue por él que regresé. Es decir, él me avisó lo de la vacante en la universidad. Al llegar a Curramba vivimos juntos un par de

meses. Compartimos apartamento. La pasamos bien al principio, nos divertíamos mucho. Tú sabes, el tipo de solidaridad que surge entre dos personas extrañas a la vista de los demás. Pero luego la convivencia se tornó incómoda. Por suerte el punto de hervor de la mala leche coincidió con mi nombramiento en la U.

—Es un tipo raro, no solo por sus facciones —le dije.

—Su historia es un poco... escabrosa. Nació con testículos internos y un pene incipiente. Lo operaron. La cirugía fue un desastre. De su padre nunca se supo y su madre, socióloga, decidió criarlo como niña. En la adolescencia, Eve renegó de ese género impuesto y comenzó a vivir como hombre. Sin embargo, nunca lo logró del todo. Así las cosas, se construyó una identidad andrógina. Su reto diario no es atreverse a salir del closet, sino saber hasta cuándo va a ser capaz de contener el hombre que sigue siendo. No olvides que es líder de la comunidad gay de Curramba. Quién sabe cómo reaccionarían si se sienten traicionados por Eve.

—Yo siento que le caigo mal. La verdad, me fastidió apenas conocerlo, pero desde el día de la pelea con los *Skinheads* he cambiado de parecer —dije con honestidad.

—Es territorial. Ya sabes.

—Pensé que ustedes tenían o tuvieron algo.

—En algún punto de nuestra relación, de nuestra amistad, también creí que eso pasaría. Pero si antes no fue, ya no creo que ocurra —respondió, y tuve la impresión de que ella le hablaba a alguien diferente a mí.

Llegamos a la caseta central del muelle, donde antes funcionaron oficinas y bodegas. Era apenas un entramado de muros sin puertas, ventanas ni techumbre, cagado por varias generaciones de hombres y pájaros. Habíamos caminado como 1000 metros y todavía faltaban como 500 para alcanzar el final.

Nos detuvimos un momento. Un chico estaba sentado en uno de los pocos espacios en buen estado. Sostenía una caña de pescar. Acucillada a su lado, una anciana destripaba los

peces y los echaba en un cesto mientras espantaba a los perros y les arrojaba algunos restos a las gaviotas. A una de las aves le faltaba una pata y las otras la picoteaban para alejarla de la bandada.

—La rechazarán hasta que la infeliz se muera de hambre —afirmó Frida, con algo de satisfacción en la mirada—. La saben atrofiada y anormal, por lo tanto: inútil. Si pudieran, ellas mismas dirían: “no nos quites comida, al fin y al cabo pronto vas a morir”. Llegará el momento en que la destrocen a picotazos, sólo para repartirse lo poco que encuentren en sus entrañas.

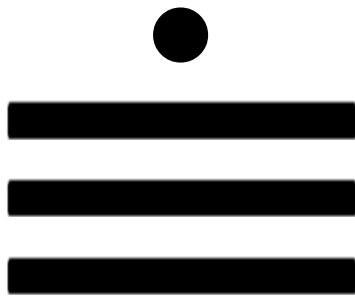
La anciana miró el rostro blanco y colorido de Frida, y sonrió: le faltaban los incisivos.

Yo podía sentir la longitud del hueso quebrado en mi pierna, a ratos frío a ratos caliente. Del punto donde estaba la fractura parecía gotear una savia ácida que a su vez se replicaba en los oídos en forma de punzadas. Continuamos y a los pocos minutos no aguanté más y pedí a Frida sentarnos a descansar.

Ella intentó encender un cigarrillo. El viento no la dejó. Siguió con el tubillo en la mano. Miré hacia el final del muelle. Nunca antes había estado tan decidido a cumplir una meta. Te juro que estuve tentado a pedirle a Frida que siguiéramos, pero no pude. Un dolor intenso me taladraba la pierna y la conciencia. Frida se dio cuenta de mi desespero y prometió que ya tendríamos una nueva ocasión de volver al muelle. Su cabello me rozaba los párpados. Yo no me atreví a confesarle el enredo en el que estaba, mi necesidad de romper nuestro convenio para decirle, para confesarle que sentía algo por ella. Que la amaba o que, al menos, eso creía. Y que me importaba cinco que fuera gorda. Y mucho menos que tuviera cara de payaso. Pero, una vez más, quien agarró al toro por los cuernos fue Frida. Porque tras largo rato en silencio contemplando el paso de un buque mercante que se dirigía a quién sabe qué lugar del mundo, me dijo:

—Es posible que Haru no vuelva.

Ya de regreso a la universidad, me reconcomía al pensar en la probable desaparición de Haru y, aún más, el comprender que la contraparte del mensaje de Frida incluía también el velado anuncio del fin de nuestra relación, de nuestro convenio. Y al llegar a esa conclusión, mi amigo, comencé a recorrer un calvario más torturante que las centellas que fustigaban mi malograda pierna. A pesar de todo, lo último que deseaba en aquel momento era perder a Frida, así nuestra relación hubiera sido siempre un maltrecho parapeto, una osadía reglamentada que todo el tiempo estuvo pegada con saliva.



Tres días más tarde fuimos a la universidad. Llegamos a la sede de la UEPA. Frida describió a sus amigos las condiciones en las que estaba el muelle. Ellos resolvieron protestar mediante un acto simbólico.

Después de una intensa deliberación acordaron que Eve y Frida elaborarían una propuesta base para discutir con más precisión. Los tres nos quedamos solos en el cuarto. Trabajé con ellos largo rato, bromeamos y reímos de lo lindo al recordar los pormenores de la pelea con los *Skinheads*. Eve todavía llevaba vendaje en uno de los brazos. El resto de gente salió a mirar las presentaciones de una jornada cultural y a coger fuerzas, ya que en la noche sostendrían una reunión. Yo decidí salir y Frida me anunció que tenía algo que decirme. Eve agarró sus cosas, se despidió de Frida con un beso en la mejilla y de mí con un choque de puños.

Frida se me acercó y continuamos discutiendo la propuesta. Yo le di mis puntos de vista, mientras dibujaba en un papel. Luego me ofreció café y se sentó a trabajar en el computador. Se oían los tambores, gaitas y acordeones de un grupo musical. Estaba amarrándome los cordones de los zapatos cuando Frida se levantó de la silla y verificó la cerradura de la puerta. De inmediato descubrí en sus ojos la lujuria acumulada durante varias semanas. Al saber sus intenciones me entusiasmé.

Frida me soltó la ropa con avidez y lo que vi fue la ansiedad de Haru con el alma abierta sobre una silla. Frida me apretó las orejas mientras me besaba y yo vi una imagen que entremezclaba los rasgos japoneses de Haru y los payasescos de Frida. La boca de Frida se deslizó en busca de *Mussolini* y fue a ella, sólo a ella, a quien sentí frente a mí. La carne le vibraba al son de los tambores y yo comencé a vibrar con ellos. Las voces y los cantos de la gente me llenaban de una cálida tensión. Los pezones estaban rígidos y las areolas oscurecidas. El rostro luminoso y bello: un arco iris de tres colores. Se acomodó en el borde del escritorio. Tuve que apoyar en el piso la pierna quebrada. Frida apretó los labios. Yo empujé, me retiré. La

pierna enyesada se me acalambró. Encontré y volví a empujar. Al ella abrir la boca, vi la marca de los incisivos en el labio inferior. Le dejaron dos hendiduras que empezaban a sangrar. Esa sangre cruzó sobre la amplia mancha vinotinto que rodeaba sus labios y escurrió sobre la piel blanca. Ella puso su trasero sancocado y humeante encima de un afiche en el que brillaba el rostro sonriente de John Templar con un bigotillo a lo Hitler derritiéndose sobre él.

Tras el bamboleo de sus caderas y los embates de *Benito*, no tuve que hacer mucho esfuerzo para que el cuerpo de Frida correspondiera con el que yo tenía en mi mente. Empujé con suavidad a Frida y quedó un poco más atrás, le indiqué que se recostara sobre el escritorio, le subí las piernas, me las puse sobre los hombros y me apoyé en el borde. Entonces, mi amigo, aunque la pierna herida me dolía, penetré a Frida con furia, con rabia, pensando en ella, sin sacarla un solo instante de mis ojos cerrados. La miré tanto dentro de mí, me concentré con tanto desnudo en su rostro, grabé con tanta saña cada uno de sus gestos, que sentí como si aquella fuera la última vez que haríamos el amor, como si ese fuera el orgasmo definitivo al que se aferraría mi memoria en la víspera de su naufragio.

Todavía las rodillas me temblaban cuando regresaron varios de los amigos de Frida. Trajeron perros calientes, hamburguesas y refrescos. Yo comí más de la cuenta. Antes de irse a la reunión programada, Frida me dijo que no tardaría y me dejó un pequeño envoltorio en el bolsillo de la camisa.

Se trataba de un origami en forma de llave. La observé un rato, luego la guardé, retomé el cómic del manifiesto comunista y, a poco de reiniciar la lectura, me fui sumergiendo en la aterciopelada penumbra que cubre los sueños profundos...

...Demoré para abrir la puerta azul de la casa de Haru. No sólo entraría en ella por primera vez sino que la llave parecía de papel. Dentro, a un costado, un salón con una mesa

baja, una cortina sobre un vano al fondo y paredes con innumerables replicas en varios tamaños de auto-retratos de Frida Kahlo. A la única ventana del recinto la cubría una lámina de pergamino.

El ambiente se enfrió y oscureció de súbito, y emergió un olor a mandarina y tierra mojada. Me sobrevino un retortijón. Necesitaba con urgencia un baño. Corrí. Tropecé con la mesa baja. Al intentar levantarme halé la cortina sobre el vano. El tubo metálico que la sostenía repicó en el piso de cerámica. Quise devolverme. Los intestinos no me dejaron. Fue imposible abrir la primera puerta que encontré. Un nuevo retortijón. Otra puerta, más pequeña. La abrí: un closet repleto de trastos. Sobre el mesón de la cocina una olleta, en el piso un balde plástico y en una esquina un hámster negro pudriéndose en una jaula. Una puerta chirriando. Era un cuarto. Entré. No olía a mandarina sino a moho, y en él: un camastro, un escritorio, una laptop, cables, una mesita, libros, revistas, calzones, un baño, inodoro, tapa cerrada, cinturón terco, calzones abajo, inodoro, tapa abierta, borde helado...

Con razón Gabo afirmaba que los síntomas de la diarrea son similares a los del amor. Ese era el cuarto de Haru. El mismo del encuentro virtual. ¿Con qué materiales se construyen los puentes que acercan la duda y la certidumbre? Estaba a sólo un paso de recorrer un territorio que, aunque era real, hasta entonces sólo había sido posible en forma virtual. Era más o menos como encontrarse, al despertar, en el lugar que acabamos de soñar. Corrí una cortinilla azul y una luz como buril remarcó vértices y aristas. Afuera la lluvia repiqueteaba sobre la cubierta.

Apiladas sobre una mesa, revistas de Barbarella, Valentina, Kiss Comic, Almas Perversas, Hentais, y la copia escaneada de la primera edición de ¡Oh, gloria inmarchitable!, una historieta política que se convirtió en objeto de culto y era editada y difundida en forma clandestina cuando El Ñato Turbay impuso el estatuto de seguridad.

Recorrí con la punta de los dedos el lomo de Ciudad de Cristal, de Paul Auster; El doctor Jekyll y el señor Hyde, de Stevenson; Niebla, de Unamuno. Corregí la posición del afiche que replicaba el cuadro Los Amantes de Magritte. Encontré en una repisa la serie completa en DVD de los videos del Súper Agente Cobra.

Abrí puertas tras las que descubrí jeans y ropas deportivas, vestidos elegantes, bufandas, zapatos pequeños como de muñeca, todo envuelto en un halo a mandarina. Encontré un sinnúmero de pelucas, vestidos de lugares lejanos a Curramba, instrumentos propios del sadomasoquismo. Un disfraz de payaso colgando como marioneta de un gancho de ropa.

Rastreé rincones y archivadores y hallé papeles escritos en japonés, inglés y español. En un esquinero tras la puerta, sobre una mesa redonda había estatuillas de Buda y Jesucristo, y símbolos orientales que no supe cómo interpretar. Hallé varios folders al fondo de un cajón que me costó desencajar: parecían ensayos y trabajos universitarios, documentos de pago de servicios. Había también varias fotografías a blanco y negro de unos señores, y un álbum con dos columnas de imágenes: a la izquierda, casas y edificios en buen estado, a la derecha las mismas casas y edificios, pero destruidos. La secuencia terminaba con otras más en los que se veía elevarse el hongo atómico.

Tuve que volver corriendo al baño a causa de otro retortijón. Regresé y vi una postal con el título de la obra de Tennessee Williams: hálame como la lluvia y déjame escucharte, escrita en el respaldo. En el cajón inferior, al fondo: otro álbum. Lo abrí y las dos primeras páginas estaban pegadas. Intenté despegarlas y sólo al oír el ruido de los plásticos separándose, me percaté de que la lluvia había cesado. Despegué esas dos páginas y seguí haciéndolo con las siguientes. Una vez terminé, abrí de nuevo la primera página: fotos de dos niñas caminando en un parque, debajo en letras negras: Nagasaki, 1980. Seguí curioseando y, a poco de alcanzar las últimas páginas, un CD se deslizó desde la parte trasera de una

fotografía. Se me aceleró el corazón. Me sobrevino otro retortijón. Entonces me sentí en el centro de una de las singularidades físicas de las que habla Stephen Hawking —aquellas excepciones o accidentes donde cesan las leyes que fundamentan el universo—. Metí el CD en un reproductor, un proyector se encendió en forma automática y a los pocos minutos, sobre una de las paredes de la habitación, vi una mano tratando de dibujar con un pincel embebido en agua los principales rasgos del rostro de Haru sobre un muro gris, liso y expuesto al sol. La mano terminó de dibujar y empezó un segundo rostro al lado del primero. A medida que éste se iba perfilando, el rostro anterior se diluía hasta desaparecer, y así una y otra vez, una y otra vez...

Acababa de regresar del baño, cuando oí los fuertes golpes en la puerta del cuarto rojo. Eran Eve y Frida.

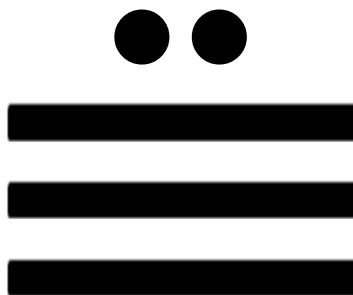
—Siéntate, tengo algo urgente que contarte —dijo ella.

En ese momento, no sé si porque seguía con telarañas en los ojos, porque aún me seguía el rastro de la ausencia de Haru o por intuir que su recuerdo se diluiría hasta desaparecer de mi memoria, me pareció notar que agonía y euforia se alternaban en el rostro de Frida.

—Veíamos las noticias mientras esperábamos la reunión. Anunciaron que el ejército había abatido varios guerrilleros cerca a Guarepa.

—¿Guarepa? —pregunté.

—Es un pueblo como a doce horas por tierra de Curramba. En fin, mostraron las imágenes de los guerrilleros y uno de ellos era muy, muy parecido a Clocló.



La muerte, esa fabricante de calaveras, nos había dado su tétrico beso. Para colmo, mi amigo, en el momento justo en que yo me convencía de lo que estaba sintiendo por Frida. ¿Por qué diablos había tardado tanto en confirmar lo que ella representaba para mí? Tal vez fue simple y llana cobardía o quizás, aunque lo negara, me seguía limitando su gordura y su extraña fisonomía. O pudo ser también que su fortaleza, esa antípoda de mi temperamento, me impidiera enfrentarla.

Uno de mis escasos consuelos era saber que, al menos, con todo y lo creciente de la incomunicación, seguíamos juntos. Sin embargo, a diario me martirizaba el pensar que, nuestra relación, además de ser tan falsa como las instalaciones que habíamos montado, era también un animal moribundo en espera de la misericordia de la eutanasia.

En fin, mi amigo, ni yo encontraba la manera o el momento de confesárselo, pues, en definitiva, frente a ella me veía como un vulgar paramenio; ni ella tenía tiempo para hablar de eso, pues si una cosa trajo consigo la muerte de Cloclo fue que se convirtió en el nuevo caballito de batalla de Frida.

Una tarde, por pura casualidad, la encontré en el apartamento. Me contó que había tratado de buscar información en la Cachacal sobre Cloclo y la Silla Coja, pero muchos de los consultados se negaron a hablar, ni siquiera con dinero de por medio. Algunos, incluso, aseguraron no conocerlos.

Tal vez a causa de lo desanimada que se veía, tuve un insólito arranque de creatividad y sugerí a Frida consultar a María y a Magdalena, las siamesas que dirigían la ceremonia de los indigentes en El Balcón.

—No seas tonto —me contestó Frida con indignación—, esto es serio. No es cosa de brujería.

—De brujería no, pero de chisme sí —repliqué—. Esas viejas deben estar enteradas de todo lo que ocurre en la Cachacal.

En principio Frida dudó, pero no tardó en fijarse que mi sugerencia tenía sentido.

Al día siguiente fuimos con las ancianas. Vivían en una casita repleta de objetos en miniatura, junto a un gato monstruoso y rubio —mono como decimos en Curramba—, y con dos caras: a una la llamaban El Mono Mancuso (ese había sido un sangriento comandante paramilitar, mi amigo) y a la otra Mono Jojoy (un temible comandante guerrillero).

—Porque son caras de la misma moneda —nos dijo con solemnidad la vieja Magdalena.

—Sin tanta elegancia, damas y caballeros: los dos son la misma mierda —replicó María.

Quiso hacer gala de sus dotes de médium y nigromántica, pero Frida le salió al paso con un fajo de billetes. María, quien manejaba el brazo derecho del cuerpo, agarró sólo los que terminaban en números impares, los pasó a Magdalena y ésta los contó once veces. Una vez terminó, María comenzó a informar lo que sabía.

—Unos tipos uniformados, de organizaciones humanas...

—Humanitarias —corrigió Magdalena, mientras sostenía un ovillo de lana. María prosiguió:

—Unos tipos uniformados, de organizaciones humanitarias, dijeron ellos, aparecieron por aquí, por la Cachacal. Mentaron un programa bueno: ¡rehabilitación, rehabilitación! en una casa-finca cercana aquí a Curramba.

—También dijeron que iban a dar plata, crédito para montar un negocio —dijo Magdalena.

—Sí, pa que ya no volviéramos a la calle —remató María, y continuó—. Al bobo grande del Clocló lo vieron subirse junto a otros dos vagabundos a una camioneta roja. Uno de los tipos que iba adelante era uno de los que mentaba el programa. Tenía el uniforme de esa organización de reclutadores humanitarios.

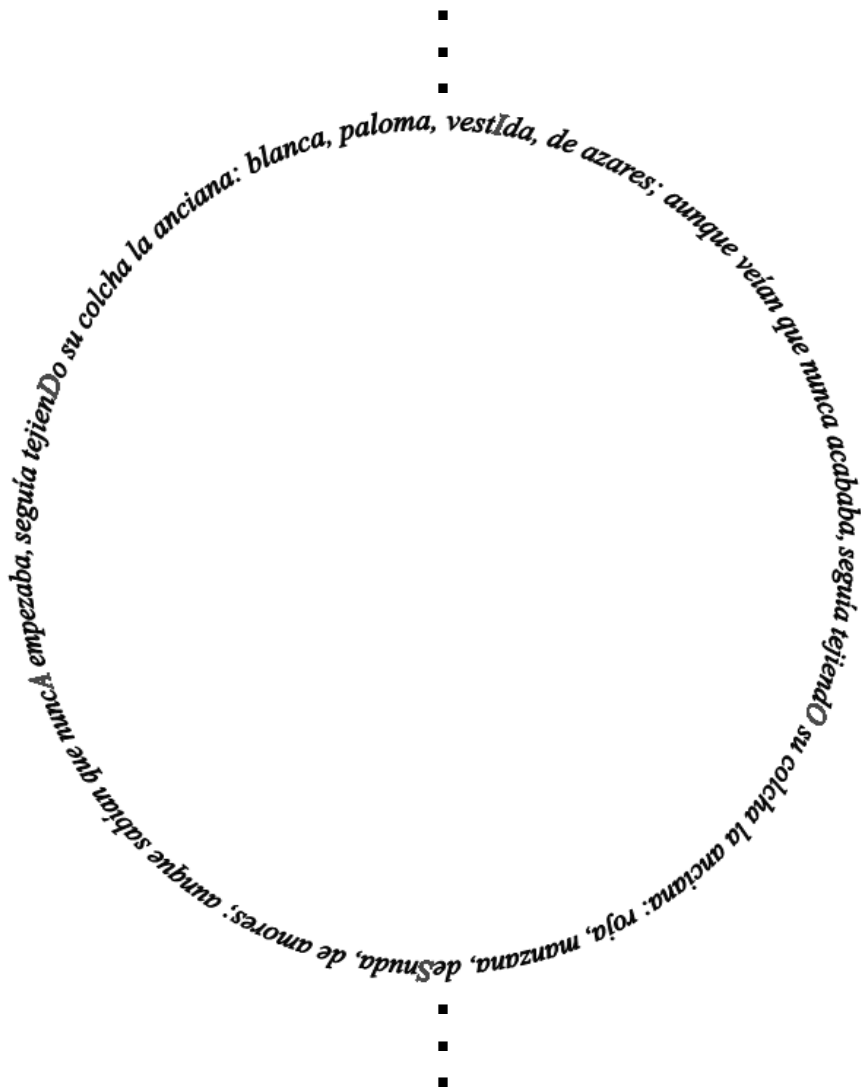
—Eso pasó poco después de la pelea con la Silla —concluyó Magdalena.

Frida y yo nos miramos extrañados. Magdalena, quien hasta entonces había estado tejiendo, con el apoyo del brazo que usaba su hermana, detuvo su labor, miró de reojo a María, y nos advirtió con su voz de soprano:

—Cuídense del agua salada.

Y la fugaz visión de unos ánimes circulando por los antebrazos de ambas me heló la nuca.

Después de la visita traté de escribir un relato. El resultado fue uno sin principio ni final.



Frida encontró a la Silla Coja casi un mes después de que la noticia de Clocló apareciera en el noticiero, recluida en el hospital psiquiátrico de un pueblo cercano a Cangreja City.

Estaba rasurada, rapada, con las uñas de manos y pies cortadas. Vestía una bata azul claro. No sabe cuándo perdió el conocimiento y mucho menos cómo fue a parar al hospital.

—Apenas supe lo de Clo se me dio por caminar. Sé que agarré por la Jaime Bateman. Pasé frente al Embudo. Por los barrios ricos y los pobres, los tugurios esos de lata y cartón. Si agarré por la carretera nueva, no sé. Tampoco me acuerdo de haber estado en Cangreja City. Sé que caminé mucho.

»Clocló no quiso que yo volviera a trabajar. Menos por los lados de la universidad. Dormía poco. Además habían abierto la recicladora grande. La de los hijos del Ubérrimo. Clocló a cada rato hablaba de una bruja. De una bruja que lo perseguía:

—Bruja. Bruja mala persigue a Clocló. Clocló no quiere bruja mala —decía.

A la semana, fuimos a buscar a la Silla para traerla de regreso a Curramba, y nos siguió contando:

—Me estaba rebuscando. Me rebuscaba con algunos trabajitos. Carteras, celulares. Las cosas no son del dueño, son de quien las necesita. Y yo necesitaba comprarle trago a Clo. Me la pasaba comprándole alcohol. Se acababa una botella y comenzaba otra. Peleaba con todo mundo. Clo se puso difícil.

»Una mañana entré a una tienda. Una vieja como desnutrida, con el cuello como una botella de vino y mirada de gato tísico, hablaba con la Gertrudis, la enana dueña de esa tienda. Yo me hice la boba. Me hice la que estaba pendiente de las maquinitas. Lo que hacía en verdad era oír de qué hablaban esas dos. La vieja flaca buscaba a alguien que hiciera un trabajo, uno fácil, decía ella. La cosa era con un bebé. La vieja flaca dijo que pagaban bien. Le pedía a la Gertrudis que la ayudara. Necesitaban esconder al bebé unos días. Lo iban a mandar para afuera. Para otro país. La vieja flaca dijo que había buen apoyo. Apoyo de arriba, dijo. Le dijo

también a la Gertrudis que por ese favor le iba a dar un cariñito. Un cariñito bueno. Buen billete, seguro.

La Silla detuvo su relato para beber agua. Quizás para dejar que el viento del olvido hiciera pasar aquella hoja que la atormentaba. Al rato continuó:

»Yo seguí jugando y las monedas se me acababan. Cuando se acabaron, me paré en la puerta de la tienda. Como estaba dando mucho visaje me escarbé los dientes. Para disimular. Para seguir oyendo, pero desde allá no oía casi nada. La vieja salió de la tienda al poco rato. Yo esperé. Esperé hasta que la vieja fuera lejos. Esperé también hasta que la Gertrudis estuviera sola. Me fui y al rato volví. Cuando estuvo sola me le acerqué. Le dije que yo había oído todo. Le dije que yo podía hacer ese trabajito, que el lugarcito donde vivía con Clocló estaba limpiecito y era cómodo.

La Silla detuvo su relato y se quedó pensando sin decir palabra. Miraba como miraría un ciego. Continuó:

»Lo que hizo la Gertrudis fue mostrarme un machete de tasajear ganado. Le sacó chispas contra el piso y me amenazó con él. Me lo puso en el cuello. Me dijo que me lo iba a cortar si le contaba a alguien más lo que sabía. Casi me orino. Las patitas me temblaban. Me fui de ahí. Me largué al palacio. Así le decía Clo a nuestra pieza.

La Silla paró de nuevo y, cuando se sintió capaz, continuó:

»Más tarde la Gertrudis fue hasta allá. Hasta el palacio. Yo pensé que me iba a matar. Ustedes conocen a la Gertru, ¿no es cierto? Esa cara larga que tiene asusta a cualquiera. Y si está rabiosa, pues asusta más. También parece que creciera hacia los lados y eso a uno le da más miedo, porque parece que siempre estuviera con los brazos abiertos, como si fuera un pistolero de película de vaqueros.

—La pistolera, vamos con la pistolera. Maquinitas donde la pistolera — decía Clo. Porque con esos brazos y ese andar parece una pistolera la desgraciada. La Gertru me dijo que en dos

días entregarían el bebé y que tendría que cuidarlo en su casa. Seguro la hijuemadre iba a pedir plata por alquilarla. Me hizo ir a su casa, atrás de la tienda. La Gertrudis tiene una pieza ahí. Es una pieza escondida en el traspatio de la casa. Me advirtió también que si soltaba la lengua, a Clocló lo iban a encontrar con la barriga abierta en uno de los caños del mercado público. Me dijo que si decía algo, a mí me iban a hacer un favor, que me iban a arrancar las güevas con cortaúñas.

La Silla se durmió.

Días más tarde completó el relato:

»Claro que le conté a Clo. Tenía que decirle. Tampoco lo podía dejar solo mucho tiempo. Si lo dejo solo iba a sospechar más. Pero no le dije toda la verdad. Le dije una parte. Se lo conté como si fuera algo que todavía no era seguro. Clo se puso rabiosísimo. Echaba espuma por la boca el Clo.

—Silla mala. Silla mala. Silla mala, —repetía—. No hacer con bebé. No Sillita mala, no, no, no. No. Clocló loco. Clocló es loco. No robaniños. Clocló es vicioso. No robabebés. No Sillita. No.

—Me armé de fuerzas y le hablé fuerte al Clo. Le dije que todavía estaba pensando ese trato. Le dije que si aceptaba, al bebé no le iba pasar nada. Le dije que era mejor que estuviera con nosotros que con cualquier otro de la Cachacal. Le dije que estábamos sin cinco centavos. Lo grité. Lloré. Le dije que él no me ayudaba en nada. Que el bazuco y el patraseo estaban caros. Me dijo que yo era mentirosa. Empezó a hacer berrinches. Rompió una botella y me puso el pico en la cara. Entonces me tuve que defender. Primero logré quitarle el matamoscas. Cuando me vio con él en la mano como que se asustó. Yo se lo partí en dos y le dije que se dejara de bobadas, que la tal mariposa que perseguía existía sólo en su cabeza. Él puso un rostro de tristeza, pero en vez de llorar empezó a reír a carcajadas.

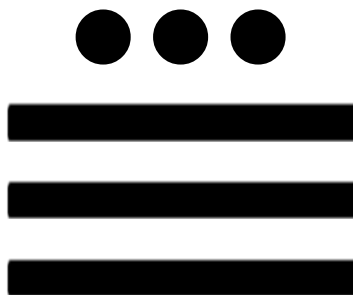
—Silla loca. Loquísima. Silla loca no creer en mariposas. Pero el huracán se viene Silla. Silla loca —me dijo. Entonces lo zarandeeé. Lo golpeé en la cara y en las costillas. Le saqué sangre.

La Silla se puso pálida y lloró a moco tendido. Tardó buen rato en calmarse.

»»Cuando lo zarandeeé, era como zarandear el tallo de una flor. El Clo era como una flor. Una flor sucia y borracha, pero flor al fin y al cabo.

—Clo te deja, Silla rabiosa, te deja. Silla Coja no ve más a Clocló. Clocló es el huérfano.

»»Me dolió haberlo golpeado. Pensé que esas palabras eran por la rabieta y mira que terminaron siendo como una de esas cosas que uno sospecha que van a pasar. La palabra tiene poder. Quizás por eso no se me hizo raro dejar de verlo tantos días. Aparte, el bebecito me ocupaba mucho. Lloraba mucho, y yo no salía casi de la casa de la Gertru. Tampoco me atreví a buscar a la señorita Frida porque me daba temor que se diera cuenta en lo que yo andaba. La señorita Frida es muy inteligente, y también valiente.



A pesar de varios contratiempos legales, Frida se encargó de los trámites para la entrega del cadáver de Clocló. Después del entierro, nuestros encuentros se limitaron a casi nada. Daba declaraciones a la prensa, lideró un nuevo cierre de la universidad y participó varias veces como exponente en foros sobre derechos humanos. Las pocas veces que la vi, transitaba de la más asombrosa euforia a la más aguda de las depresiones. Si yo sabía algo suyo era porque alguien me lo decía, porque por casualidad me enteraba o porque algunas veces encontraba el rastro de su presencia a través de los objetos que dejaba tras de sí: cabitos de marihuana, pepas alucinógenas, papeles, fotografías... Fíjate, mi amigo, parecía que Frida hubiera pasado a cumplir, con hechos, el significado que tenía el nombre de Haru. Frida se iba convirtiendo, a propósito o sin quererlo, en una difusa y lejana fragancia.

Una noche, como a las nueve o diez, yo estaba tendido en su cama. Dormitaba. Oí el chirrido de las bisagras de la puerta. Las palabras de Eve al despedirse. Las pisadas precisas de los zapatos de Frida. El lamento de los resortes del sofá cuando el peso de ella cayó sobre los cojines. El recorrido de un fósforo sobre una superficie rugosa. Nuevos quejidos de los resortes del sofá. Las pisadas imprecisas de sus pies desnudos. El ruido pegajoso de la puerta de la nevera al abrirse y al cerrarse. La supe dentro de la habitación frente a la suya y la imaginé recorriendo aquel lugar vedado para mí. La escuché cantar, con una voz distinta. Sentí los efluvios de la marihuana. Yo disfrutaba de una manera cercana al placer que la tortura trae consigo y, al tiempo, estaba nervioso por saberla tan cerca.

Me hice el dormido cuando noté que iba a entrar al cuarto. Ella se sentó a mi lado y jugueteó con mi cabello. No sé cuánto tiempo estuvimos unidos por aquel invisible lazo. Desperté, fuimos hasta la sala y ella abrió una botella de whisky. Empezamos a beber sin pronunciar palabra. Cuando ya habíamos bajado casi la mitad de la botella y acabado un porro de marihuana entre los dos, se levantó. Yo la seguí, cojeando y con la botella en la mano.

Encendía uno y otro y otro cigarrillo. Había bajado de peso, se veía como una gallina muerta a escobazos. Las ojeras pronunciadas y el cabello reseco, los colores del rostro apagados.

Sobre el mesón del comedor distribuyó decenas de fotografías y papeles.

—Son cosas que he ido reuniendo. No sólo sobre la muerte de Clocló, sino también sobre casos parecidos, ocurridos años atrás —dijo.

Primero vimos parte de las fotografías y documentos más viejos y luego pasamos a los de Clocló. Había imágenes de conjunto, acercamientos y varios primeros planos. En la primera fotografía que vi, Clo estaba tendido boca arriba sobre un terreno abierto, a orillas de una carretera.

En ese momento, mi amigo, ocurrió algo particular. Frida cambió de gesto y se concentró en esa fotografía. Parecía que la preocupación se le transformaba en una leve agonía. Entonces repitió unas palabras que ya alguien —algún pensador francés o alemán seguramente— había dicho. Unas palabras que todavía recuerdo y que siempre traen consigo esa mirada de dolor amansado que marchitaba despacio la cara de Frida:

—Como una suerte de burla —dijo pausadamente— “cualquier fotografía es una especie de simulacro. Una emanación de lo real. En ella se repite en forma mecánica, aquello que jamás podrá repetirse existencialmente”. “En la fotografía se sustituye al ausente, se le da presencia y al mismo tiempo se confirma su ausencia”.

No imaginaba yo lo que de profético tendrían esas palabras.

Frida calló y al poco rato sacó un papel con cuadrículas y dibujos:

»»Esto que estás viendo es un mapa de combates. Por criterios militares, los guerrilleros no transitan por las orillas de las carreteras. Los enfrentamientos allí son poco frecuentes. En un lugar así encontraron a Clocló —dijo ella.

En las fotos se veía que Clocló tenía puesto un pantalón militar, una camiseta negra con el ícono de Manuel Marulanda Vélez, más conocido como Tirofijo.

»»Los otros cuerpos encontrados junto a él también llevaban la misma pinta. Como si se tratara de un escuadrón de adolescentes que asistió a un congreso de izquierda. Les faltó ponerles boinas para completar ese cuadro tan mal montado —dijo ella.

Salta a la vista la amplitud del pantalón de Clocló, en relación con el cuerpo esquelético.

»»Fíjate en esta foto —era una de primer plano—. ¿Notas que lo rasuraron? Eso lo hicieron, tal vez, para que no fuera tan sencillo ubicar su fisonomía. Mira que lo hicieron a la brava. Dejaron partes llenas de vello, otras limpias y unas más entrepeladas. A leguas se nota que es un burdo montaje.

A medida que analizaba los detalles de las imágenes, su fluidez se atascaba y su rostro empalidecía.

»»Lo más absurdo es esto, mira —era una fotografía en la que Clocló aparecía de cuerpo entero con la mano asiendo un fusil.

»»En otro caso que conocí, un tipo apareció agarrando el arma con la mano derecha. Eso sirvió para comprobar la idea de engañifa, ya que él tipo era zurdo. Lo de Clocló es otra cosa. Él jamás habría podido accionar un arma: recuerda que tenía el índice y el medio agarrotados por una atrofia en los tendones.

Frida se descompuso con la siguiente foto. Se bebió de un golpe medio vaso de whisky, mientras me indicaba el tiro de gracia que recibió Clocló: un punto oscuro y violáceo en la parte baja de la oreja derecha.

—Me confunde un poco ese término de Falsos Positivos —dije.

—Es fácil —respondió ella lanzando volutas de humo—. Un positivo en términos militares ocurre cuando se liquida o neutraliza al enemigo. Es decir, un falso positivo no es más que una baja o neutralización fraudulenta.

—¿Y ese escándalo no se destapó cuando Templar era Ministro de Defensa? —pregunté.

—En su momento, él afirmó que había tomado las medidas del caso y destituyó 27 oficiales del ejército. Sin embargo —dijo ella y sacó varios papeles de un maletín—, algunos grupos de Derechos Humanos confirmaron que los comprometidos entre militares, policías o el Departamento Administrativo de Seguridad llegaban a los 250. Y aunque se lograron algunas condenas, exoneraron el 70 por cien de los implicados.

—¡Carajo!, más de 3000 víctimas, dice en este periódico.

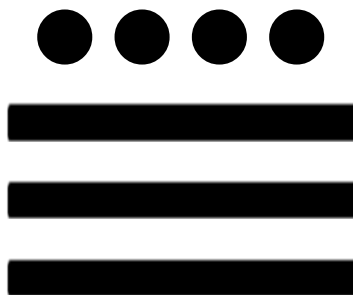
—Con cada muerto ganaba el gobierno porque incrementaba sus estadísticas y con ello fortalecían la idea que iban ganando la guerra; y por otra, los del ejército y la policía obtenían ascensos, dinero o vacaciones. Los casos superan los muertos en Chile durante los 17 años de la dictadura de Pinochet.

Estuvimos hasta bien tarde revisando documentos. Su empeño era casi viril, respiraba fuego, quería encontrar un culpable y hacerle pagar la muerte de Clocló, o al menos eso me transmitía. Dentro del abundante material, me enseñó, por ejemplo, varios partes militares que le facilitó un amigo periodista y más tarde fueron publicados en una revista semanal, y los resultados de una compilación de un investigador de apellido Gutiérrez:

Al menos, 46 muchachos de diversos puntos del país fueron encontrados en fosas en Ocaña (Norte Santander), dados, supuestamente, de baja en combate por el Ejército. Primero, se dijo que habían sido reclutados y luego asesinados por LAFAR en acciones disciplinarias. Luego, se descubrió que el Ejército ya los había declarado muertos en combate, y se desprendió que desde su desaparición pasaron sólo un par de días, como para

que hayan sido reclutados, entrenados y mandados a combatir por parte de algún grupo insurgente.

Todo apunta a la Brigada 30 del ejército, la cual ya había sido denunciada en otras ocasiones por ejecuciones extrajudiciales, incluso de una persona con problemas mentales. Muchas de las madres de los muchachos dicen que, antes de desaparecer, varios de ellos habían comentado que les saldría algún trabajo fuera de su localidad.



Frida fue a su cama y yo al sofá. Al poco rato me llamó y me pidió que la acompañara. Ninguno de los dos podía dormir. Frida ojeaba una revista. Me levanté, abrí la ventana de la alcoba y entró un vaho a detritus marinos. El cuarto menguante se hincaba en las curvas de la noche. Volví a la cama y Frida no estaba. La supe en la habitación de puerta azul. La oí llorar. Tras un largo rato regresó a su alcoba. Al entrar la abracé y estuvimos de pie un buen tiempo. En silencio. Por un momento pareció dormir. En realidad sólo tenía los ojos cerrados y se dejaba llevar por quién sabe qué pensamientos. De pronto me soltó y regresó al cuarto de la puerta azul. Yo la seguí.

Por primera vez desde que estábamos juntos, Frida me permitía entrar en esa habitación que siempre permanecía cerrada. Las paredes estaban cubiertas de arriba a abajo por fotografías. Olía a mandarina. En uno de los muros colgaban imágenes de Frida en cada una de las etapas de su vida: bebé de brazos cargada por una mujer negra, niña en triciclo guiada por un señor blanco y delgado, señorita triste sentada en el pupitre de una escuela. En las paredes restantes, la fotografía de una chica de rasgos indios se repetía decenas de veces.

—A veces me siento sucia, hipócrita —me dijo Frida.

Sus palabras azuzaron mi curiosidad, pero no la presioné a fin de que me siguiera contando. Sospeché que, como en muchas otras ocasiones, su ánimo acababa de sufrir un intempestivo cambio, al que tal vez había contribuido la mezcla de licor y marihuana. Tras largo rato en silencio volvió a hablar, pero era como si una mujer recién llegada o venida de otra historia estuviera junto a mí; hablándome con un tono, un carácter, sentimientos y motivaciones distintas. La Frida pública, la valiente y decidida se transformaba en la Frida privada, débil y dependiente:

—Mi padre trabajaba como maestro en el programa de contaduría de una universidad. Esa era su fachada. En realidad, era miembro clandestino del Ejército Popular Separatista. Pero tras la matanza de líderes, en la primera tregua, prefirió irse al monte. En la casa

subsistíamos con el dinero que él a veces enviaba y con lo que mi madre obtenía por copiar cuadros de artistas famosos. Tras 22 años de guerra tratando de independizar el Caribe del resto del país, el EPS dejó las armas y la clandestinidad. No obstante, una vez hecho el acuerdo de paz, el gobierno les incumplió varias de las promesas. Mi padre no pudo conseguir empleo. Nadie quería involucrarse con un delincuente. Él, mi madre, mi hermana y yo —que tenía diez años— supimos entonces lo que era vivir en las fronteras entre pobreza e indigencia. Y aunque muchas veces faltó comida, vestido, y las muñecas eran medias viejas de mi padre rellenas con pedazos de trapo; lo peor de todo fue experimentar la crudeza del desprecio. Sentir que te trataban como leprosa, apestada o seropositiva.

»Además, aquel desprecio venía por triplicado: el que recibía mi padre y nos transmitía en las peleas entre él y mi madre; el de los insultos que, en especial, a mí me prodigaba; y el que a diario yo soportaba fuera de la casa.

»Sin embargo, de un momento a otro las cosas cambiaron. Hubo más comida, más ropa, patines, bicicletas nuevas. Un buen día salimos de la covacha donde malvivíamos y nos mudamos a una lujosa mansión con sirvientes y piscina. Nos rodeó la opulencia y yo pensé que todo iba a estar bien. Me equivoqué, cuando estás condenada a ser marginal, ni siquiera tras el dinero puedes camuflarte. El desprecio me seguía acompañando. Yo era el ridículo encarnado, una adolescente gordísima que se las daba de pintora, conseguía las mejores calificaciones y además cargaba con una monstruosa cara de payaso.

»Como mi padre era muy bueno llevando cuentas, nosotras creímos que por fin había conseguido un buen empleo. De hecho, así fue. Comenzó a trabajar como contador de los paramilitares que antes combatió. Se bañó y nos bañó en oro, nos abandonó, y hoy día nada en una cloaca. Paga condena por narcotráfico en una cárcel gringa. A nosotras nos quedó muy poco de la fortuna y buena parte del estigma de sus acciones.

»Me largué a México. Sin suficiente talento artístico, estudiar fue mi medio para participar, para ser alguien en algún lugar. Entré a la UNAM y me aferré al cerebro. Participé en el movimiento estudiantil del 99. Fui parte de la Comisión General de Huelga. Ni siquiera vine al sepelio de mi madre. En ese entonces creía que mis compromisos ideológicos estaban por encima de todo. Me gradué y los buenos trabajos no aparecieron. Fui aseadora en un museo, mesera en un bar de mala muerte, me disfracé de elefante y, por supuesto, de payaso en muchas fiestas infantiles. Sin embargo, logré especializarme, terminé un máster y un doctorado; aunque, a pesar de todo ese bagaje, la casa y el pan me lo dio la fotografía: desde bautizos y matrimonios hasta las celebraciones extrañas. Viajé, conocí muchos países, mucha gente. Ya sabes. Pero jamás logré cuajar una relación sentimental. Me enamoraba como posesa. Me afanaba en complacer. Me entregaba en cuerpo y alma, y al poco tiempo un sonoro portazo me reventaba en esta nariz de durazno ¿Cómo crees que se sentiría una mujer a la cual le tocó pagar para perder la virginidad? Si quisieras, yo podría responderte esa pregunta.

»Burla tras burla, humillación tras humillación, decidí olvidarme de cualquier pretensión amorosa. Al principio sufrí porque, si bien me comprometí a fondo con esa decisión, me convencía de ella muy despacio y no podía evitar que las tripas se me retorcieran cuando alguien me gustaba, cosa que ocurría con frecuencia. Inventaba aventuras, me veía junto a ese aparecido y casi deliraba ante las infinitas posibilidades que imaginaba; pero luego, enfermaba tras aceptar que la sonrisa de coquetería que sospeché, había sido, en vez, una de conmisericordia.

»Hasta que Curramba apareció y con ello resurgieron las expectativas de todo tipo. Ya sabes el refrán: escoba nueva barre bien.

Yo estiré el cuello y suspiré. Fui por agua para ambos y regresé con el oído afinado:

» ¿Sabes por qué me acerqué ese día a tu réplica de las ranas? No fue por lo bonito que se veían ni por lo disparatado de los banquillos y las licuadoras. Tampoco por una razón

filosófica o algo similar. Fue muy simple: aunque tu propuesta no era original, sí era controversial. A tu alrededor había decenas de miradas y yo sentí un inmenso deseo por recibirlas. Al principio te envidié, pero una vez estuve a tu lado, frente a la instalación, supe que no me iría sin licuar las ranitas, para así ser protagonista y dar de qué hablar. No tanto en la jornada de protesta de ese día, sino en la eterna feria que es la universidad. Después, cuando fuimos con Eve, justifiqué con vehemencia las réplicas más por arrogancia que por un verdadero criterio estético. Y si me fijé en ti, espero no te ofendas, fue porque fuiste lo único, lo único que se me cruzó en el camino. También me motivó el que tuvieras la paciencia para escucharme hablar durante horas. Quizás lo hacías por compasión, no sé; pero, en últimas, probé contigo, y tú, sin mayores interrogantes, y seguro motivado por mis ofrecimientos, aceptaste el convenio que te propuse.

Frida detuvo su monólogo, encendió un cigarrillo y lo fumó despacio, achicando sus ojos, mirando sin mirar a través del pedazo de noche que era la ventana de su alcoba. Yo esperé, pensando en cada una de sus palabras, sintiéndome como el más insignificante de los mamarrachos, como el más desesperado de los cuadripléjicos. Apenas arrojó la colilla del cigarro, continuó:

» Vivir en la Cachacal es el recurso que he utilizado para aparentar que soy coherente, y por lo tanto, capaz de articular discurso y práctica. Esa coherencia me hace sentir superior a otros líderes. Muchas veces he sido humilde por fuera y me he relamido de placer por dentro cuando mis compañeros comentan el sacrificio que implica vivir en este barrio miserable. Así que si sigo aquí, se debe a una extraña mezcla de soberbia y masoquismo.

» Y si te preguntas cuáles fueron los motivos reales por los que participé en el movimiento estudiantil de la UNAM o en las protestas de la universidad, o por qué me empeño tanto en desentrañar la muerte de Clocló, cuando a él me unía más la lástima que un cariño verdadero; yo he de responderte que, lo cierto de todo ello, el verdadero móvil de muchas de

esas acciones, ha sido buscar la admiración, la inclusión, el evitar ser un cero a la izquierda. Para ser franca, así como me ocurrió en México; en Curramba también he sentido fastidio por los “revolucionarios” con los que me topo a diario; repulsión por gente como la Silla Coja y Cloclo. Pero soy capaz de soportar lo que sea, lo que sea, porque sé que a alguien con un cuerpo como el que tengo y una cara, sobre todo una cara como la mía, le toca esforzarse para no ser excluida, para poder ser un punto en el círculo de los escogidos. Le tengo pavor al desprecio, Rob. No imaginas cuan imprescindible es sentirse querido, sobre todo cuando tu corazón se ha convertido en un coco rancio, en una concha reseca que dentro guarda una carne babosa y hedionda... y casi nada de agua, de sangre.

Reposó un rato y me entregó una fotografía. Era Frida junto a otra chica. La misma que aparecía en la imagen repetida que colmaba tres de las paredes de la alcoba.

» ¿Recuerdas el cenotafio que vimos a la entrada del muelle? Pues era de mi hermana. Nadja era mi hermana.

Frida se levantó, rebuscó en un cartapacio de papeles y me entregó un recorte de periódico.

Desaparece chica invidente en Playanegra.

Primeras hipótesis apuntan a secuestro o suicidio. Responde al nombre de Nadja.

» Los secuestradores llamaron a mi padre para decirle que a Nadja “la habían retenido”. ¿Y tú crees que yo sufrí por eso?, ¿por saberla lejos, perdida, quien sabe si muerta? No, Rob. Por el contrario, sentí una satisfacción inmensa cuando supe que tal vez no regresaría a casa. Ella era la niña consentida, la princesa de mostrar; yo, el ente extraño al que había que

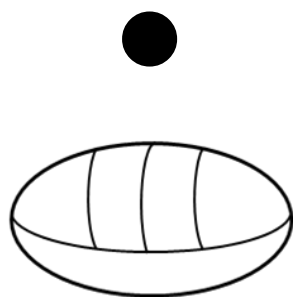
esconder y que se remordía de celos y envidia ante el rostro perfecto de Nadja. Mi padre ofreció pagar un rescate de muchos ceros, y en efecto lo hizo, pero a ella jamás la devolvieron. ¿Quieres saber por qué?, porque en realidad nunca la secuestraron viva. Nadja se suicidó. Se suicidó y alguien encontró su cadáver en una playa. Se aprovecharon de un cadáver, secuestraron el cadáver de Nadja y cobraron por él, cobraron por su cadáver. Eso sólo lo supimos mi padre y yo. Nunca fuimos capaces de confesárselo a mi madre.

»»Con frecuencia veo a Nadja en sueños y la alegría inicial se transforma en pesadilla. Nunca la he podido sacar de mis delirios. Nadja me persigue. La belleza también es terrorífica y, para una hermana payasa y envidiosa es, además, la peor de las torturas.

Yo recordé las últimas palabras que Haru me había escrito en su carta sobre el Súper Agente Cobra —*A veces la vida puede explotarnos en la cara con una simple epifanía o con la más trivial de las revelaciones. Hay dudas que siempre se deberían mantener, secretos que jamás deberían desvelarse.*

Casi al alba, cuando el río dejaba ver sus primeras cintilaciones, Frida me abrazó y me dijo muy quedo:

»»A cada momento pienso en cuántas Fridas han pasado, pasan y pasarán dentro de ésta piel; y entre más vidas encuentro, más me sobrecogen las muertes que las cegarán. En estos días, Rob, me he preguntado con frecuencia si acaso yo misma no soy otra versión... de uno de esos falsos positivos.



Después de la noche de las confesiones pasaron un par de semanas. A esas alturas yo había abandonado la universidad y Frida estaba a punto de ser despedida. Ella continuaba con sus indagaciones y seguía dando la cara en cuanto periódico y noticiero podía. Siempre junto a Eve.

Tras haberme enterado de tantas cosas ocultas, de tantos secretos guardados y comprender que ella, en el fondo o en la superficie, era tan básica, tan terrenal, tal vez tan falsa y tan mediocre como yo; decidí que apenas tuviera ocasión le confesaría mis sentimientos, esos que hacía cierto tiempo me pudrían la sangre. Y decidí también que por el significado que tenía, dicha confesión tendría lugar durante un particular evento en el que participaríamos.

Sí, mi amigo. Frida, Eve y yo viajaríamos a Cangreja City. Frida había hecho los trámites para asistir a un desnudo masivo en la vecina ciudad; aunque, según ella, su principal propósito era encontrarse con un informante que le entregaría un dato clave acerca del caso de Clocló.

Llegamos a Cangreja City como a las doce de la noche. El cerro de La Popa levantaba un horizonte que se estiraba con suavidad hasta quebrarse en casas de cartón, madera y latas, emparapetadas sobre la playa. Eve traía los ojos colorados y profundos, tal vez porque le tocó conducir durante todo el viaje. Frida dormía en el asiento trasero con la cabeza sobre su mochila arahuaca. El cabello de color azul celeste le colgaba hasta los hombros.

Al entrar a Cangreja City, por la vía al mar, la miseria hace florecer los intestinos y es imposible no pensar en Haití. Y una vez se superan los manglares que cubren una parte de La Boquilla, las decenas de hoteles de piel vidriada que bordean la playa evocan a Miami. Más adelante, después de recorrer la avenida junto al mar y dejarse llevar por el olor antiguo de esas aguas de piratas y bucaneros, se descubre la geometría móvil de las murallas y, tras penetrar su entramado, se desvela un tercer rostro: uno que respira bajo el frescor de madreselvas,

trinitarias o begonias en los viejos balcones colgados sobre las callejuelas a las que nunca golpea la reciedumbre del sol Caribe.

Ubicamos un hotelucho en el barrio San Diego, organizamos las pocas cosas que habíamos llevado, comimos algo y nos fuimos sin demora para el punto de encuentro del desnudo masivo. El centro histórico, el corazón originario de Cangreja City, bramaba por los tumultos que lo recorrían. Fuera en la calle Don Sancho, en la Estanco Del Tabaco, en la San Agustín o en La Factoría se notaba que algo nuevo sacudía aquellos añejos muros.

Caminamos hacia el sitio lo más ligeros posible. Frida estaba algo atontada a causa del viaje y, aunque yo cojeaba, Eve y ella eran quienes se rezagaban. Yo llegaba primero a las esquinas y esperaba sus lentos pasos, sólo para repetir la escena metros más adelante. La noche se escabullía y los muros se transparentaban en colores brillantes y rugosas texturas cuando llegamos a uno de los puntos de registro, a escasos metros de la Plaza de las Américas.

En los alrededores había miles y miles de personas, una urbe de nómadas que se asentaría en forma efímera con carpas, fogatas, guitarras, acordeones y canciones. Hicimos la hilera para entregar la ficha de registro, pasamos las mallas de protección y nos ubicamos bajo la arcada del edificio de la Aduana.

—Los cangrejeros parecen haber olvidado que durante la colonia, en Las Américas quedaba el mercado negrero más grande del Nuevo Mundo o que fue uno de los lugares que protagonizó la independencia del país. Ahora se contentan con vanagloriarse de que es la tercera o segunda plaza más grande del mundo —dijo Eve, con sorna.

—O mejor, que es el escenario en que cada noviembre se realiza el desfile en traje de baño del reinado nacional de la belleza —complementó Frida.

Eve preparó un cigarro de marihuana y lo compartió con Frida y conmigo. Ellos rememoraban viejos recuerdos comunes, y yo, ansioso por encontrar el momento oportuno para charlar a solas con Frida, caí dormido sin darme cuenta.

La mezcla de los primeros rayos naranja del sol y los efluvios azulosos del mar tiñeron el amanecer de verdores. Abrí los ojos, me vi rodeado de ese tono plácido y noté que mi sueño había durado más de lo que creí. Ya varios hombres y mujeres vagabundeaban sin ropa por todo lado, pero la mayoría aguardaba el famoso grito que ordenaba desnudarse. Algunos abrían los brazos y estiraban las piernas, parodiando el ballet. Tipos encueros hacían malabares con balones de baloncesto o fútbol, caminaban con las manos y, otros, aprovechando el rato de libertad, formaban trencitos alrededor de los policías.

Una de las expectativas era la aparición de Spencer Tunik, el creador de los desnudos masivos. Las camisetas negras de sus ayudantes respondían con manchas húmedas a la temperatura que se incrementaba, mientras amontaban plataformas, ubicaban escaleras y coordinaban con los miembros de la Cruz Roja y la Defensa Civil. En los balcones e incluso algunos tejados se veían enjambres de periodistas que cargaban desde sencillas cámaras digitales hasta lentes catadióptricos de largo alcance; simples curiosos o personajes de la farándula del país. Varias grúas estiraban sus cuellos sobre la muchedumbre como brontosaurios en busca de helechos frescos.

En eso, alguien con un megáfono pidió completa atención. Tunik apareció y emergió la algarabía. Era un tipo gordito de aspecto bonachón, cabello corto y entrecano, patillas y barba de tres días. Sabíamos que acostumbraba vestir de negro durante la sesión fotográfica, pero, ese día, si bien usaba jeans oscuros, traía una camiseta roja. La gente se aglomeró a su alrededor y los ayudantes intervinieron. Como pudo se reacomodó y esperó que la gente se calmara. Un ayudante le pasó un micrófono, él se dirigió a los participantes y sus palabras se

agigantaron a través de los amplificadores. Dio las gracias y demás, y, con una voz adolescente que se esforzaba por parecer adulta, nos pidió repetir en coro:

—Una multitud desnuda...

››Aunque silenciosa...

››Grita desde la piel...

››Más alto que...

››Cualquier manifestación.

Acto seguido indicó que había llegado el momento oficial de quitarse la ropa. El rugido de entusiasmo fue tal que podría haber sobrepasado el ruido de un transbordador espacial al despegar. No te negaré lo difícil que fue quedarme encuero frente a tanta gente, mi amigo. De nuevo se formó una hilera para dejar las ropas, pero pronto se desarmó y cada quien dejó su vestuario en cualquier parte del perímetro sur de Las Américas.

La primera fotografía la tomaron como a las siete y cuarto de la mañana. La posición indicada fue de pie con los brazos a los lados. Algunos parecían arrepentidos y se preguntaban riéndose y en voz alta: qué hacían allí. Tunik prohibió reírse mientras tomaba la foto, pues la imagen quedaría ridícula.

—Es fascinante poder mirar a los ojos a alguien tan desnudo como tú en el centro de un lugar público —dijo Frida.

—Es como si mil personas fueran una sola —dije yo.

—Pienso que es lo contrario —replicó Eve—. En este gentío es cuando más se siente la individualidad.

Para la segunda posición tocaba agacharse y juntarse de tal manera que los cuerpos semejaran el acoplamiento de los bloques de la muralla. Ahí el problema fue de los babosos o babosas que se negaban a poner el culo en el suelo. Por mi parte, a pesar de la molestia en la pierna, logré mantenerme en la posición indicada y aguanté mientras tomaban la fotografía.

Encontré varios detalles que la luz de la alcoba de Frida no me había dejado ver en su cuerpo, lunarillos rojos, oscuridad en la entrepierna afeitada, un poco menos café en las areolas. Parecía la Venus de Willendorf con la cara de Ronald McDonald. De las partes nobles de Eve, mientras tanto, sólo te diré, mi amigo, que eran perturbadoras.

Para la tercera posición cambiamos de sitio y nos fuimos al malecón. Eve y Frida se alejaron de mí. La multitud caminó casi un kilómetro por la callejuela paralela a la muralla, hasta llegar a un boquete entre dos troneras al fondo del cual se veía la playa y el mar. Debíamos acostarnos con los brazos a los lados. Entendí, para producir el efecto de convertir a los cuerpos en una extensión de la textura de las olas. A algunos les tocó acostarse en la playa y quedó un espacio con poca gente entre ellos y el borde del agua. Tunik dio entonces la orden de “rellenar lo de atrás”, y la gente estalló en nuevas risas, algunas bromas y fortuitos o deliberados agarrones de nalga o tetas. Sabía que la recompensa por participar sería una de las fotografías de la sesión. Se me ocurrió pensar que si esa última quedaba bien, sería la escogida.

Una bandada de gaviotas venía desde la playa y alguien gritó:

—¡Cuidado una cagada!

Regresamos a la plaza para la nueva fotografía e imaginé que a ojos de cualquier pájaro, nos veríamos como glóbulos de todos los colores transitando apretadamente por las venas de Cangreja City.

Llegamos. Algunos comenzaron a marcharse. Unos cuantos no encontraron su ropa y bramaron enfurecidos. Para la cuarta posición teníamos que agacharnos y acomodarnos en posición fetal. Eve y Frida se habían dejado tragar por el tumulto, ya no existían, se confundían con el resto de la horda. Yo me puse en la posición indicada, levanté un poco la vista y enfrente vi algo arrugado y oscuro. Volví a agachar la cabeza y, por un largo rato, estuve mudo, escondido dentro de mí; intrigado y ansioso por saber dónde estarían Eve y Frida. Esa

fotografía demoró más que las anteriores. Tunik paró un momento la sesión. Una popular canción vallenata comenzó a replicarse de un lado a otro en una oleada ensordecedora:

*Me voy pero ten presente,
que muy dentro llevo tu imagen grabada
eso fue lo que le dije aquel momento antes de partir
no olvides, que el amor cuando es del alma
aquel que se encuentra lejos, de allá se quiere venir*

Mientras buscaba un espacio libre para sentarme, sentí un aroma a playa húmeda y me pareció ver a Frida a lo lejos, de la mano con Eve. Traté de ir tras ellos, pero en el momento los ayudantes de Tunik anunciaron que la sesión se reanudaría. Las grúas se contorsionaban y sus puntas hacían pensar en gigantescos e invisibles espadachines que las manipulaban en cámara lenta.

La siguiente posición fue abrazados y de pie. Caminé despacio porque no sentía la pierna. Miraba en derredor a ver si volvía a ver a Frida. Algunos no estaban cumpliendo las órdenes. De pronto dijeron que en un extremo de la multitud estaba una actriz famosa. Una parte de los participantes se movió en masa hacia allá y la sesión se convirtió en un caos. Parecía que a Tunik se le salía el espectáculo de las manos. Rabió. Los ayudantes se multiplicaron y trabajaron con mayor ahínco. Yo me sentía mareado. Algo aburrido. Pensaba con tanto fervor en Eve y Frida que ya había perdido las ganas de estar desnudo en medio de toda aquella gente. Pensé en retirarme, pero el apremio por encontrar a Eve y a Frida en algún lugar entre los casi 15000 presentes lo evitó. Reposé y me reintegré sin demora, y *Mussolini* sufrió una erección cuando descubrí a una mujer gorda de cabello azulado, de espaldas, a la que abrazaba con fuerza un tipo de brazos gruesos. Mi cabeza se convirtió en un campanario dando las doce del medio día. Y en ese breve lapso, a medida que cada campanazo crecía en intensidad, yo pasé de tristeza, a llanto, a cólera, hasta llegar al desconcierto. Todo eso por dentro, mi amigo, en la posición de absoluta inercia que siempre me caracterizó.

Ahí fue cuando un interruptor comenzó a encender y apagar. De pronto me imaginé como el ridículo personaje de una novela y vi muchos ojos, ojos de distintas épocas y espacios que me miraban, que me leían, que hablaban en voz baja mientras yo hablaba, y que pensaban mientras yo lo hacía. De pronto toda aquella gente desnuda bailó a mi alrededor y miles de sátiros, payasos y saltimbanquis se burlaron al unísono. De pronto todos fueron gordos o flacos, niños, ancianos o parapléjicos. De pronto, todos los rostros fueron el de Eve y el de Frida y luego cada uno de esos rostros fue un único rostro y no hubo diferencia ni en las sonrisas, ni en las cicatrices, ni en los tatuajes, ni en los sexos, ni en los rictus de amargura. Y de verdad fue repugnante, mi amigo, verdaderamente repugnante contemplar aquella desnaturalizada humanidad.

Pero eso no fue lo peor. Lo peor vino cuando —quién sabe por qué fabuloso arcano— por un único instante conocí todos los seres, nombres, circunstancias, destinos, que se cruzaban, confluían, tenían raíces y echaban ramas a través de mí, como si fuera un paramecio absorbiendo una madeja de relámpagos. Y esa visión fue más aterradora que la de una humanidad homogénea. ¡Ay!, quién alguna vez podría cesar de preguntarse: ¿quién demonios soy? y aunque lo dudes, mi amigo, por un brevísimo instante yo pude llegar a saberlo, o creo que pude llegar a saberlo.



Tanto tiempo ha pasado desde entonces, que ya no sé si fue a Eve y a Frida, a quienes vi acariciándose. A ratos, creo que fue cierto y que esa visión marcó el inicio de mi real o aparente locura; otras veces, creo que me pasó como en el relato de El Salado: *El día que vi el muerto, un grupo fue a ver a la niña. No sé si nunca fui con ellos o si fue que de tanto desear acompañarlos llegué a creer que sí ocurrió.*

¿Cómo saberlo, mi amigo? Con tanta gente en ese desnudo masivo era casi imposible encontrarlos; aunque, por otra parte, un simple golpe de casualidad lo habría hecho posible. Lo que sí es cierto, lo que poco después comprobé, fue que esa repentina imagen, cierta o alucinada, fue la anticipación de una desgracia.

Te contaré.

La sesión fotográfica acabó como a las once de la mañana. Fui por mi ropa. Esperé por Eve y Frida. No aparecieron. Comí algo. Fui al hotel. Creí que allí los encontraría. Supuse que estarían enredados en la cama, uno encima del otro, riéndose de mí. Toqué, carcomido por el desespero. Volví a tocar. Abrí. No había nadie. Me bañé. Esperé. Abrí los closets. Busqué en las mochilas de cada uno. No había nada comprometedor. Me tiré a la cama. Entré en un sueño en el que yo cumplía el rol del Súper Agente Cobra y Frida el de Lady Armoroid. Seguí esperando. Fue en vano.

Regresé a Curramba, y, al llegar, el cuerpo me dolía y sentía como si las tripas me colgaran de un gancho de carnicero. La tarde se oscureció y amenazó aguacero. Subí al apartamento de Frida. Los chispazos de la lluvia esculpían las avenidas, los edificios, las catedrales, la naturaleza, y la apariencia de la ciudad mutaba o se distorsionaba. Iba dispuesto a buscar las otras verdades que, yo creía, Frida no me había revelado. Mientras el ascensor me llevaba al piso 59 me imaginé hurgando en todos los cajones, rompiendo bolsas, escudriñando

cualquier rincón. Me vi dispuesto a abrir a patadas la puerta del cuarto azul, lugar donde, suponía, seguro Frida escondía buena parte de sus secretos.

Mi primera sorpresa fue notar que la puerta del apartamento de Frida estaba entornada; la segunda, ver los destrozos dentro de él. Parecía que el viento huracanado que aullaba afuera, se hubiera ensañado con el estricto orden que reinaba en casa de Frida. Extrañamente, dos objetos seguían en su sitio: el cuadro de título insignificante —que Frida arregló tras haberlo quebrado—, y la mentirosa estatuilla de la Cultura Alzate. Pensaba largarme cuando cambié de opinión y decidí entrar a la habitación de la puerta azul; mientras afuera, los últimos restos de la tarde se crucificaban sobre los relámpagos.

No tuve que forzar la cerradura de la puerta. El pomo estaba desprendido y molido a golpes. Solo empujé un poco y del cuarto surgió un vaho a cangrejos y algas que me humedeció los párpados.

¿Con qué materiales se construyen los puentes que acercan la duda y la certidumbre? Sobre el piso de la alcoba, como montones de hojas resecas, estaban desperdigadas las fotografías que antes colgaban de las paredes. Entre dos de las puertas del clóset reposaba bocabajo un hámster de peluche, de color negro. Apiladas sobre una mesa, revistas de Barbarella, Valentina, Kiss Comic, Almas Perversas, Hentai, y sobre una repisa la serie completa en DVD de los videos del Súper Agente Cobra. Dentro de un clóset había varias pelucas negras y ropa interior del mismo color. Hallé varios folders con ensayos, trabajos universitarios y documentos de pago de servicios. También un álbum con dos columnas de imágenes: a la izquierda, la familia de Frida en una mansión, y a la derecha la misma gente, pero en una covacha.

Había una postal con el título de la obra de Tennessee Williams: háblame como la lluvia y déjame escucharte.

En eso levanté la vista y me encontré frente a una adolescente del color de la piel del mamey, los senos como dos guayabas biches y un cabello negro y lacio que le corría hasta las caderas. A pesar de su desnudez, no tardé en identificarla: era Nadja, la hermana de Frida, la misma que aparecía en las fotografías de la habitación. Ella salió y yo la seguí. Fue hasta la cocina tanteando el aire con sus manos.

—Buscaban a Frida —dijo. Aromó la sala con silencios y repitió—: esos hombres buscaban a Frida.

La visión fue tan estremecedora como la de un unicornio pudriéndose a la vera de un camino. Yo escuché la respiración de la tarde, la angustia de la lluvia, los silbidos de mis glándulas...

Dormí. Al despertar, me vi desnudo e iluminado por la luz de la luna currambera. A mi alrededor, la pérdida y el desamparo me hablaban en clave de sombras. Frida no había regresado, de hecho, mi amigo, ya nunca regresaría. Unas semanas después confirmarían su desaparición y la de Eve en el trayecto entre Cangreja City y Curramba. Como los manglares resecos que vi arder una tarde, ellos también se evaporaron. Viajeros de la nada, del aire, carne derritiéndose en un foso de ácido sulfúrico, huesos calcinados en un horno, cuerpos hundiéndose sin remedio en el fondo del mar; o quizás, sencillamente, vivos en cualquier lugar del mundo, escondidos de sus terrores y sus complejos.

Me levanté de la cama. Asomé el torso por la ventana de la habitación y el cuerpo se tensó al aguijonazo del frío. El cabello me escurrió sobre el brazo izquierdo, me erizó la espina dorsal y se columpió como nido de oropéndolas. La gravedad emergió entonces y anunció la profundidad de los 59 pisos que me separaban del andén; y tras el rastro de la ceniza que imaginé desprenderse de los hábitos de la muerte, apareció el vértigo y, casi al instante, el tono cristalino de una voz juvenil:

—Dicen que las ventanas altas son umbrales hacia el infierno —dijo Nadja. Parada al lado de la cama de Frida.

—También te podría mandar al cielo en el peor de los casos —le respondí, mientras recorría su cuerpo con la vista.

—Quédate tranquilo. Ya aparecerá otra mujer.

—Quizás —respondí, tratando de no mirarla a la cara.

—Los suicidas transicionales no resisten los cambios ni las transformaciones —me dijo y se acostó boca abajo en la cama.

—Entonces Hitler fue uno —contesté, mientras una canción que sonaba a lo lejos me explotaba en las sienes.

—Otros no soportan la disminución del placer sensual y pueden terminar empacándose un alijo de barbitúricos. Como Marilyn Monroe —anunció Nadja con los dos huequillos del coxis alumbrándole el trasero.

—¿Y Christine Chubbuck, la que presentaba noticias en vivo y en directo, y tras anunciar una primicia se dio un tiro detrás de la oreja? —pregunté, mareado y con el dolor concentrado en mi pierna maltrecha.

—Vicariantes. Sólo ven sufrimiento a su alrededor y por eso buscan acelerar su muerte —respondió.

—Vicariante suena a cielo arrugándose por el bramido de los truenos —le dije recorriendo con la vista el centro de su espalda—. Imagina reventar contra un mar de cemento y resurgir en islotes de carne y huesos molidos que terminan picoteados por una bandada de rabiosas gaviotas —le dije.

—Esa podría ser una buena imagen para una telenovela o el nudo de una pesadilla. Para la vida real no serían más que simples despojos, basura y mugre. La muerte no es más que otra forma de estar sucio.

—En mi caso, sucio y perdido —dije, y ella agregó:

—El cielo sólo lo alcanzas cuando eres polvo; la eternidad cuando te olvidan.

—Tú no te suicidaste, ¿cierto? —afirmé como quien dispara una ráfaga—. Frida te ahogó en el mar de Playanegra.

—Esos hombres buscaban a Frida —respondió ella sin dejar de sonreír. Esa fue la última vez que vi a Nadja.

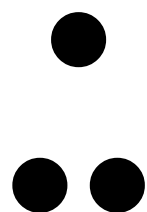
El punto final de la conversación lo puso una cascada agria que saltó desde mis entrañas y consteló la noche currambera. Me apoyé en los parales de la ventana, me senté sobre el alfeizar y sentí al aluminio hundirse en mis nalgas. El viento hablaba despacio y me rozaba con su aliento gélido. Yo me sostuve con las yemas de los dedos en el marco y me estiré para contemplar el firmamento. Me reacomodé y apoyé la espalda en uno de los filos verticales de la ventana.

Ya al amanecer, sentí que decenas de comejenes me horadaban la pierna herida. Entonces imaginé los caños prietos de Curramba entrando en el río, el río Sucio penetrando el mar Caribe, y éste esparciendo su detritus en el Océano Atlántico. Los suicidios, las grandes preguntas, el piso 59 de un edificio en ruinas, en una ciudad que brillaba como un diamante sin pulir en medio de un charco de vómitos. Los sueños rotos, los fracasos, la mentira. Miré a *Mussolini* exangüe y marchito, como Pinochet en sus últimos días. La luna, ese orificio o raja de las noches negras había desaparecido por completo.

Bajé de la ventana. Me puse la camiseta, el jean, las sandalias, me recogí el cabello, y los rostros de Frida y Haru pasaron frente a mis ojos cual murciélagos de fuego. Estrellé contra el piso la réplica de la pintura de Gauguin y llevé conmigo la estatuilla de la Cultura Alzate. ¿Por qué son más atractivas y esplendorosas las mujeres que un hombre jamás volverá a ver? Bajé por las escaleras y, casi en una sola pierna, los 59 pisos de mi derrota. ¿Por qué somos proclives a enredarnos en nuestros propios huesos? Llegué a la calle. La mañana se expresaba en el

marchito y pálido lenguaje que aproxima las desgracias. ¿Por qué siempre que tenemos la felicidad o el placer a escasos metros, decidimos obviarlos y encontramos más sosiego en ir a buscarlos a los sitios más lejanos, imposibles e impensados? Las moscas reposaban sobre las guayabas podridas en las carretas de los vendedores callejeros. ¿Por qué lo que nos golpea es lo que nos gusta y lo que nos ama lo mandamos al demonio? Sobre el estiércol de los caballos aleteaban las mariposas; los vagabundos se bañaban desnudos en los jardines solitarios de las casas ricas. Daban ganas de morir en un día así. De pronto me golpeó el frío y se abalanzó la oscuridad, enormes nubes negras merodearon en el sur. El cabello me olía a coco rancio. A la estatuilla de la Cultura Alzate la enterré en una fosa del cementerio central.

Entonces pensé, mi amigo, que ese cálido refugio que durante siglos hemos llamado amor, era, por el contrario, la más sórdida de las mazmorras.



Desde entonces siempre camino, y me creen loco o finjo serlo.

De cómo un par de días después de aquella mañana de salchichas, bananos y coco rancio me metieron a la fuerza en una camioneta y me llevaron a un lugar que me persigue cada noche porque puede ser cualquier lugar, no tengo mucho que contarte. Tampoco sobre las veces que me zambulleron la cabeza en agua helada, sobre los choques eléctricos en la lengua y los genitales, sobre los martillazos en las manos o los garrotazos en las piernas. Sobre la misma amenaza repetida una, diez, cien, mil veces:

—!Cuenta toda la verdad sobre la malparida de tu mujer o te vas a ir al gran carajo!

Esa amenaza que a pesar de todo me satisfizo, porque hasta ese momento no lo había pensado, mi amigo; en la mente y la retina de los otros, Frida y yo habíamos sido pareja. Una mentira había devenido en verdad, y esa, por lo menos, fue mi ilusoria y pírrica victoria.

Después de la desaparición de Frida todo se volvió pedazos. Tras un huracán colapsaron 300 metros del final del muelle y parte de su centro, y el viejo edificio donde ella vivía fue demolido. Como ellos, yo también soy otro, o eso creo. Me falta una pierna, casi todo el cabello y también muchos de mis recuerdos. En especial, los anteriores a la época en que conocí a Frida. Yo, el N.N., Rob Pilatus, Fab Morvan o el Súper Agente Cobra, soy un hombre incompleto, una anatomía y una memoria amputada.

Voy a menudo por la universidad sólo para oír los discursos de los estudiantes y estar cerca de marchas y tropeles. Cerca al busto de El Ñato Turbay, en la plaza Pepe Antequera, erigieron una estatua del Ubérrimo. Los policías del Comando Central le pintaron el cabello de caoba, el rostro rosado, los labios de rojo intenso y destacaron con negro los lentes y con azul los ojos. Fui yo quien le colgó del cuello un cartel con un poema, que tiene un mensaje escondido:

*Ubérrimo, eterno tú eres
Ricas batallas luchaste
Besaste el alma del pueblo
Palabra sabia, hombre gigante
Raíz en nuestra historia
Milagro tal tú sembraste
Lienzo sagrado, eres memoria
Tarea y trabajo nos heredaste.*

Has escuchado casi todo lo que me ocurrió a partir de la réplica de las ranitas y las licuadoras; y si también lo has leído es porque una parte de quien te habla es Fab Morvan, el escritor que inventé para Haru y que durante todos estos años se nutrió de los libros que recuperó del apartamento de Frida.

También frecuento la biblioteca, dentro del Embudo. La mayoría de los muebles y estantes siguen en su sitio, los escasos visitantes que encuentro más bien me parecen espectros. Me he acostumbrado a ver espectros. Siempre percibo las mismas resonancias de la primera vez que entré, la misma textura de la luz. Pero muchos de los anaqueles están vacíos y gran parte de las páginas de esos últimos libros están en blanco. Ahora puedo decirte que esas almas que imaginé guiadas por los cosiampiros de flama azul, tal vez ansiaban confirmar su muerte a los dolientes, a fin de desterrar en ellos la carcoma del posible regreso o la angustia de no saberlos en un sepulcro fresco y tibio, o esparcidos en cenizas a través de los silbidos del aire o los rumores de las aguas.

Y no lo recuerdo muy bien, y ya no sé si es cierto o lo he soñado, pero un día, mientras visitaba la tumba de Clocló en el Cementerio Popular, un tipo pulcro y muy bien trajeado se me acercó. A pesar de los ademanes impostados, la cojera era la misma. Nos abrazamos con efusión y hablamos sobre la desaparición de Eve y Frida:

—Tuvo que pasar mucho tiempo para que certificaran el hecho —le conté— pues en principio se pensó que Frida se había fugado con Eve. En una ocasión, El Mercurio anunció que ambos eran guerrilleros urbanos de LAFAR, y en otra dijeron que la víctima iba a ser Eve,

quien al parecer tenía problemas con un grupo homofóbico. Luego, en un noticiero, afirmaron que Eve seguía vivo y que había vendido a Frida a cambio de no sé qué prebenda. Después, los catalogaron a ambos como probables informantes al servicio del ejército, divulgaron la situación del papá de Frida, involucraron a uno de los *Skinheads* que participó en una pelea que Eve y yo protagonizamos durante los carnavales, y a partir de allí no se volvió a hablar del caso. Lo cierto es que, en una de las tantas audiencias realizadas a raíz de la ley de Verdad, Justicia y Reparación, un paramilitar desmovilizado responsabilizó a un sub-oficial del ejército por la desaparición. Otra gente, por el contrario, afirma que Frida está viva. Que cambió de identidad y vive en China o en Argentina o en Francia.

—No te alarmes —me dijo la Silla—, pero casi estoy seguro de que era ella la que hace tres años se escondía tras una máscara de marimonda, un domingo de carnaval.

—En una ocasión me enfermé, pues creí identificarla en un documental sobre las marchas de protesta de los adeptos a Hugo Chávez —dije yo.

La Silla también me contó que tras recuperarse de la muerte de Clocló, liquidó a un militar involucrado en el crimen, al que habían exonerado en un juicio.

—Nunca supe si el tipo tuvo o no que ver con el asesinato de Clo. Lo importante en ese momento era sacarme el clavo. Por esa gracia estuve varios años preso. Ahora me preparo para ser pastor evangélico —me dijo.

—Silla Loca, lo único que hiciste fue cambiar de vicio —respondí.

—Momento, varón. Ya no me dicen Silla Coja, ahora me llamo Elías; y pilas, mi hermanito, que con el de arriba no se juega —respondió la antigua Silla. Y con gesto de malicia, tono bajo y cubriéndose la boca con la mano, agregó—: además, tú sabes que los pastores evangélicos ganan bien, ¿o no?

El fin se acerca, mi amigo, y yo quiero dejar en tus manos la decisión de armar ésta historia como te plazca. Decidir si vivir como vivo, en medio de los desechos y escombros de la

Zona Cachacal —a la que planean convertir en un majestuoso parque— es prueba de mi locura o una manera de darle coherencia a las culpas que cargas, al cuerpo que arrastras y el lugar que habitas.

Decide también si Haru fue un personaje que Frida representaba, un fetiche al que acudía a raíz de sus complejos y, sobre todo, de su incapacidad para amar. Un disfraz al que yo he tratado de dar vida en este relato que ha ido mutando a fuerza de tanto narrarlo y reescribirlo. Y si acaso no estás de acuerdo, si acaso lo crees imposible, entonces asume que ambas existieron, que ambas fueron entes independientes eslabonados a través de mí.

No importa cuán difícil sea creerlo, pues las partes que faltan para construir esa verdad tú las puedes completar a tu criterio. Nada es lo que parece, mi amigo. Tampoco pienses cosas equivocadas porque uso esta ropa ajustada de color rojo, por mi cabello rubio o porque traigo ésta psicoarma en el brazo izquierdo.

Ahora quiero que veas algo. Camina conmigo sin temor, “sólo a mí suelo hacer daño”, leí en un poema que escribió otro aparente desquiciado. Ven. Ven y mira. Mira estos planos y contempla la nave espacial dibujada en él. Aún no la construyo, pero déjame mostrártela. Hela aquí y ahí, mi amigo. Aquí en estos planos y ahí en esa bodega. Esta nave espacial que tienes en un papel, esa enfrente de ti, esta que he imaginado a lo largo de todos estos años, esa que casi no cabe en este recinto —que también se convertirá en escombros y que sólo me responde con ecos—. Esta nave que fabricaré con latas, cartones, pedazos de aluminio y botellas, esa que se eleva hasta alcanzar aquella cubierta a través de la cual cuento las estrellas en las noches. Esta máquina que por más que he intentado aún no logro que emprenda vuelo, no creas que es producto de la demencia: es que alguien me espera en algún lado. Excusa si pido que acerques tu oreja. Fíjate, mi amigo, escucha y no repitas, escucha: un tal Theo Jensen copió una parte de mi creación y construye unas extrañas máquinas o animales con tubos y bolsas plásticas, a los

cuales pone a caminar con la ayuda del viento en las playas de Holanda, como si las playas de Holanda guardaran tantos secretos como guarda Playanegra.

Yo todos los domingos voy desde Curramba hasta Playanegra. Una vez allí, limpio el cenotafio de Nadja. Debajo de su nombre podrás leer:

Frida

Le pongo hicacos, veraneras o piedras marinas y al pisar la entrada del muelle me invade el desasosiego de saber que jamás, jamás, mi amigo, completaré el recorrido.

Una de las fotografías que conservo es la que me obsequiaron por participar en el desnudo masivo. Como imaginé, fue la de los cuerpos tendidos en la playa mimetizándose con la textura de las olas. En ella no aparece Eve o Frida, pero yo siento que ellos transpiran allí invisiblemente.

La otra que guardo es aquella en que Frida aparece encapuchada hablando por celular. *La fotografía es una emanación de lo real, en la que se repite en forma mecánica, aquello que jamás podrá repetirse existencialmente.*

Cuando llego al muelle, desdoblo la seda que cubre esa fotografía y la contemplo hasta que océano y cielo son un solo abismo color añil. Y aunque casi siempre lo único que responde a mi soledad y sus palabras son los crujidos del concreto, el lamento de los buques que pasan de largo, los resoplidos de las olas a través de los cráteres en la calzada del muelle; en algunas ocasiones, en algunas pocas ocasiones, siempre que veo una luz azul repicar en algún lugar del oscuro horizonte, percibo el soplo de la voz de Frida y, entonces, con el temblor en los labios, precedido por un rumor similar al de conchas de ostras estremecidas por la espuma del mar y

alucinado por el aroma de su fragancia, de su lejana fragancia, aunque te cueste creerlo, mi amigo: comienzo a hablar con ella.

El Paso, Texas.

Noviembre 11 de 2011.

Vita

Nació en Sahagún, Córdoba (Caribe Colombiano). Graduado en arquitectura por la Universidad del Atlántico, en Barranquilla. Premio Internacional de Microficción “Garzón Céspedes”, 2008 (España). Mención de Honor Concurso de Minificción “Antonio Mora Vélez”, 2008 (Colombia). Finalista del Certamen Internacional de Ficción Erótica, 2010 (España). Incluido en las Antologías: Cuento Corto del Caribe Colombiano, 2009 (Colombia), Cuentos hiperbreves con la palabra Mar, 2010 (España). Publicado en El Meridiano Cultural, Químicamente Impuro, Secrecía, Mi Natura, Río Grande Review, 4 Gatos. Colaborador de los medios digitales: Globatium y Termómetro Político. Finalista del I Concurso Interuniversitario de Novela Corta con Hombre Cero, la cual será publicada por la Editorial Paroxismo en el mes de abril. A partir de enero de 2013 iniciará estudios de doctorado en Literatura en Texas Tech University.

Dirección Permanente: Carrera 1A, No. 17 C-12 (Sahagún-Córdoba, Colombia)

Esta Tesis fue escrita por Julio César Pérez Méndez.